Vagabundeando en el Eje del Mal

Redescubriendo Irak, Irán y Afganistán
…a pie

Juan Pablo Villarino

Impreso en ruta
2007



Vagabundeando en el Eje del Mal
Redescubriendo Irak, Irán y Afganistán…a pie

Juan Pablo Villarino


Movimiento para la Salud de los Pueblos-Latinoamérica
Telefax: + 593. 7. 284 1865
Mail: msp-latinoamerica@etapanet.net
Cuenca - Ecuador


Frente Nacional por la Salud de los Pueblos del Ecuador (FNSPE)
Telefax: + 593.4.2276322
Mail: rmramireza@hotmail.com
Guayaquil - Ecuador

Comentarios bienvenidos a:
acrobat_of_the_road@yahoo.com.ar

Puedes seguir los viajes de Juan alrededor del mundo en:
www.AcrobataDelCamino.com

Los otros libros del autor, "Autostop en el Vacío", y "La armonía del caos", pueden ordenarse a través del mismo sitio Web, como también fotografías seleccionadas.

*Este libro esta dedicado a los
honorables y hospitalarios
pueblos de Turquía, Siria,
Jordania, Irak, Irán,
Pakistán y Afganistán.*

UN VIAJE DEL CONOCIMIENTO PARA COMPRENDER LA VIDA

Hay acciones que suelen ser calificadas como descabelladas. ¿Por qué meterse en áreas peligrosas? ¿Por qué ir allí dónde se dice que reina el mal? Juan Pablo Villarino, citando a Marcel Proust, nos dice que por la necesidad de nuevos ojos para lograr la exploración verdadera, diríamos que también para constatar personalmente si lo dicho mil veces se convierte en realidad o solo queda como una mentira insistentemente repetida.

Cuando Dante Aliguieri en la Divina Comedia describe su paso por el infierno, descendió al centro del mal, el lugar al que nadie quisiera ir, pero no encontró pueblos y culturas, países y geografías, sino a comportamientos representados en personas de levita y sotana, de traje y uniforme. Villarino nos llama ahora a acompañarlo a la distancia a un viaje por el nuevo "eje del mal", a adentrarse en su vida cotidiana, a tratar de lograr la búsqueda de la verdad en medio de la maldad. Pero, del mismo modo que Dante, constatará que esta no es cuestión de geografía ni de origen cultural.

La maldad misma ha cambiado de forma. Tantas cosas que en su momento fueron consideradas buenas y hasta santas, como la inquisición, ahora están sometidas al escrutinio público; "el factor dios", como lo llamara Saramago, está denunciado como el uso de

la idea de dios y lo religiosos para cometer los peores crímenes conocidos por la humanidad; la colonización y destrucción de otras culturas ha dejado de ser victoria de la civilización para convertirse en la más alta evidencia de la barbarie. Pero hay todavía los que se creen dueños de la verdad, la poseen como propiedad privada que les dará el mayor de los réditos, el poder absoluto, la capacidad de dominar, la justificación a todos sus actos.

La vieja contradicción entre el bien y el mal hoy pasa por las películas de moda y llega a la política ¿o es al revés? Nos la presentan sin más posibilidades y sin la opción a discutir si los empresarios de la verdad están en el lado de lo bueno o en el lado de lo malo. Así, es condenable que otro tenga armas de destrucción masiva, pero es bueno que la tenga el imperialismo; hay como demandar a Cuba por no tener ni un solo niño viviendo en la calle, pero con el sueño americano se esconden los millones de pobres que viven en allí dónde más se acumulan los millones; se puede identificar a culturas enteras con el terrorismo, pero no se puede señalar las injustificadas y tormentosas agresiones imperialistas. Y más aún, la lógica será puesta de cabeza y el mundo estará al revés, como lo demuestra poéticamente Eduardo Galeano.

¿Conocer el eje del mal es una aventura juvenil o una necesidad para quienes desean la verdad? La respuesta a esa pregunta hace que este no sea un libro de aventuras, aunque cada escena tiene el sabor que nos dejan los momentos en el que se bordea lo común y lo extraordinario. Pero ese límite, al mismo tiempo, es el límite de la verdad constatada de manera viva, directa, humana.

Historia tras historia, se conforma el viaje, recordándonos que la vida se compone de momentos que hay que saber aquilatar. Historia tras historia, el autor va estructurando el trayecto de apren-

dizaje y, al mismo tiempo, sin duda va cambiando sus percepciones, construyéndose a sí mismo, obteniendo sus nuevos ojos.

Al permitirnos compartir este trajinar, nosotros, los lectores, tenemos la oportunidad de aprender con él, de cambiar nuestra forma de ver, de ratificar que aquello que no sale en televisión es más cierto que las imágenes cuidadosamente elaboradas y escogidas para ratificar lo que los poderosos decidieron que se debía difundir. De pronto, se confirma que las características más humanas del homo sapiens, están regadas generosamente en todo el planeta, que no hay rey ni banquero que las hayan podido atrapar en su redes, que no hay ejército capaz de encerrarlas en las bóvedas de la reserva monetaria. Los valores humanos que se anunciaron en crisis, reaparecen en la solidaridad y la comprensión con el desconocido, en la confianza a pesar de las diferencias, en la preocupación de unos por los otros, como si solo fuera de buscarlos en lo profundo de los pueblos para sentirlos vivos. Allí, entre los pueblos, los valores humanos se esconden y protegen, se agazapan para burlar las agresiones de los guerreristas que invaden países, florecen en la sonrisa de los niños que portan la alegría aún en las peores circunstancias.

Y, ¿dónde quedó el eje del mal? Fue solo un invento. Ni el mal está allí, en esos pueblos, ni existe un eje. Bush también lo sabe, pero su cruzada, como él la llamó, sigue causando muerte y dolor en millones de inocentes. Villarino nos lo demuestra de una manera amable, entretenida y a la vez profunda. Le agradecemos permitirnos usar esa visión para reconocer la verdad.

Edgar Isch López
Quito, 30 de abril de 2008



¿Qué es el Eje del Mal?

George W. Bush en su discurso del 29 de enero de 2002, se dirigió al Congreso de Estados Unidos con las siguientes palabras: "Estados como estos (Irak, Irán, y Corea del Norte) y sus aliados terroristas constituyen un Eje del Mal, que intenta amenazar la paz mundial. Estos regímenes, que buscan armas de destrucción masiva, son un grave y creciente peligro. Podrían proveer estas armas a terroristas, dándoles medios para encausar su odio"

Introducción



EL MUNDO ISLÁMICO: UN CALEIDOSCOPIO EN LA OSCURIDAD

Marcel Proust solía decir que la exploración verdadera no consiste en ver nuevos paisajes, sino en tener nuevos ojos. La mañana del 1 de mayo del 2005, cerré por última vez la puerta de mi casa en Belfast, Irlanda del Norte, donde había vivido por un año, trasplantado desde mi Argentina natal. Tenía 27 años, el pelo corto y ninguna tarjeta de crédito. Presté atención a mi primer paso, y pensé en las futuras piruetas que sin asomar aún a la realidad estarían contenidas en ese acto inicial de movimiento. Como en cualquier otra mañana del calendario irlandés, la lluvia caía en cascadas. Esa tarde mi viaje sería bautizado por un velero llamado *Big Wamp*, que me llevaría a Escocia. Era el comienzo formal del viaje: iba en busca de mis nuevos ojos.

El desafío, que había germinado durante mis años de universitario: circunnavegar el mundo exclusivamente haciendo autostop, siguiendo la estrategia del caracol, quien lleva todo lo que posee a sus espaldas. En un sentido amplio, quizás hedonista, pretendía interrogar a la intemperie a lo largo del planisferio, fiel a la misión de relevar el orbe entero para conjugar mis suelas con los estoicos meridianos. Encontraba algo bello en hacer pie en la metáfora del barrilete, en catalogar los oasis de los desiertos y volverme catador de paradas de camiones, y no en secreto confiaba en reconciliarme con la humanidad a través de ese sufrido pastor del Sahara quien me preguntaría si fuera de Egipto también había estrellas. Más fundamentalmente, confiaba en la cuestionable alquimia de estar tomando un atajo hacia mí mismo, en que los pasos me dirían quien era y así pariría mi propia identidad a la vera de algún camino.

Aunque mi plan era vagabundear por todos los rincones del globo, la canción de sirena que más me seducía provenía de los chicos problemá-

ticos del mapa: Siria, Irak, Irán y Afganistán. Quería deshilar la inextricable rasta de mitos tejidos por los medios en torno a dichas tierras distantes y crear mi propia alfombra narrativa con las voces de los personajes conocidos a lo largo de las rutas polvorientas. Entiendo que algunos juzguen la idea de viajar a dedo en países bordados con conflicto como absurda o suicida. Pero éstas eran y son las naciones que más padecen los estereotipos mediáticos del *establishment*, que etiquetan a los pueblos de Medio Oriente como antidemocráticos y violentos, un griterío de barbudos enturbantados por culpa de los cuales la gente "decente y cristiana" tiene que pagar cada vez más caro para llenar el tanque de su Chevrolet V8.

¿Por qué a dedo? Como en ocasiones anteriores, el autostop, que padece su propia mala reputación, probaría ser un medio de transporte ideal. Siempre había disfrutado mecerme en esa puntuación involuntaria del camino que el autostop gatilla, y que en este viaje en particular me permitiría la máxima exposición al paisaje humano local, a las personas comunes que trabajan y sudan bajo cualquier bandera y que nunca (nunca) habitan los titulares. Tenía decidido dedicar mi pluma a darle algunos nombres a esas vidas anónimas. El resultado, luego de haber caminado durante dos años a través de todos los escenarios imaginables, es el libro que tienes en la mano.

No es un libro sobre política, aunque la política no está ausente. Por el contrario, es un libro sobre el mercader que subasta naranjas en el bazar de Aleppo, sobre los ancianos que baten ritmos en tableros de damas trazados con tiza sobre el pavimento en el Kurdistán Iraquí, sobre el camionero despreocupado y hospitalario que me hace espacio en su cabina, sobre los activistas políticos clandestinos de Teherán y los trabajadores voluntarios extranjeros en Afganistán, que alzan sus puños al miedo cada mañana, sobre los nobles maestros de Dowlat Yar que dan clase junto a las ruinas de sus escuelas. Es una muestra de un universo censurado. Un intento de rescatar un caleidoscopio olvidado en la vasta oscuridad. Aquí debo hacerme cargo del siguiente concepto: dado el

presente escenario de manipulación de la información por parte de los medios masivos, viajar se ha vuelto un instrumento de salud, en tanto otorga al viajero un conocimiento no distorsionado del mundo que lo rodea. La crónica de viaje, en consecuencia, tendría la responsabilidad de acercar a toda la comunidad estos mensajes que, lejos de provenir de centros de poder interesados, emanan horizontalmente de sus integrantes. Mientras la crónica periodística reverbera sobre caricaturas gastadas y tensiones políticas, la crónica de viaje se propone como un espejo apuntando furtivamente a los temores y esperanzas de la gente común que el viajero cruza en su periplo.

Una aclaración al lector: Quienes saben que he vivido en Irlanda me preguntan a menudo si la idea de cruzar Irak, Irán, y Afganistán a dedo fue acaso el resultado de una exaltada apuesta en un pub tras la enésima *Guinness*. La respuesta es… ¡no! De hecho, me aterra pensar que haya sido más el fruto de una meditación de ajedrecistas que de un rapto de ángeles. Porque de esta manera carezco del atenuante de los estados irracionales. El puro y premeditado impulso por vagabundear e indagar al infinito en cada banquina, por ejecutar el contundente acorde del movimiento en todos sus tonos posibles, es la razón de ser de este viaje y del libro que pretende reflejarlo. Otra aclaración, entre tapa y contratapa, no se aloja ficción alguna; suficientemente fantástica es la realidad.

Mi esperanza es que estas páginas te conviden algunas de las especias y aromas que encontré en mi camino, pero sobretodo, que sean precisas en compartir contigo la calidez recibida de parte de aquellos que viven del otro lado del horizonte.

Luang Prabang, Laos. Enero de 2007.





Breve arqueología de un sueño

De responsable estudiante de abogacía
a responsable acróbata del camino…

Este libro comienza con la frase: *La mañana del 1 de mayo del 2005, cerré por última vez la puerta de mi casa en Belfast, Irlanda del Norte, donde había vivido por un año*. En realidad, esta historia es la vanguardia de un espiral que tuvo su centro muchos años atrás. Para que sean buenos cómplices de mis pasos, es mi deber compartir con ustedes una breve arqueología de este ímpetu.

Una calurosa tarde de febrero de 1998, tomando dos días francos en el hotel en el que era cadete, decidí por primera vez hacer un viaje a dedo. Salí a la ruta 11, que conecta Mar del Plata con Villa Gesell, sin esperar nada, con asumido escepticismo y la remota esperanza de llegar esa misma noche para presenciar el programa radial de Alejandro Dolina. Caminaba con los campos verdes a un lado y el mar siempre a mi derecha, rompiendo sobre los acantilados. Había calculado que si nadie me levantaba iba a tardar unos tres días en llegar a Villa Gesell, pero en menos de media hora una familia con sus dos hijos se detuvo y me llevó a destino. Antes de irse, además, me invitaron una pizza. Me sentía pleno, triunfante, había roto con el mito de la maldad del mundo, y las posibilidades comenzaban a desfilar en mi cabeza como sombras chinas. Esos

viajes mentales no dejaban de parecerme entonces una locura, algo que yo, ese responsable estudiante de abogacía, nunca me iba a animar siquiera a intentar. Pero la semilla estaba en tierra fértil, y yo, cada vez más inquieto.

No aguanté mucho más estudiando abogacía. Obtenía muy buenas calificaciones pero, a diferencia de todos los que me rodeaban, permanecía inmutable. Ni festejaba mis éxitos académicos ni veía abismo alguno asociado a un hipotético fracaso. Comenzaba a darme cuenta de que, también a diferencia de mis compañeros, contemplaba la vida sin fatalismos. Había gente en mi facultad que realmente pensaba que si no eras abogado, entonces estabas desperdiciando tu vida. Yo en cambio llevaba siempre una hoja de ruta dentro del Código Civil, para las clases aburridas. Me parecía que había tanto por hacer en la vida, que obtener un título universitario era un accesorio perfectamente prescindible. Se me hacía difícil compartir opiniones con colegas, familiares y suegros… En la facultad se formaban parejas que a los dos meses ya estaban averiguando precios de calefones y soñando con comprar un Fiat Palio en cuotas, se entusiasmaban con la idea de llenarse de llaves y de créditos, y de llegar a la primera arruga con una serenidad financiera que les permitiera jugar con sus hijos sobre la alfombra hasta que el árbitro de la hoz tocara el silbato. Yo, por el contrario, dibujaba espirales por todas partes, un símbolo que había pasado a simbolizar el deseo que siempre se expande, el movimiento continuo, y escribía cada vez más poesías, que sublimaban viajes que no hacía, y soñaba con encontrar una princesa vagabunda con quien largarme a recorrer el bendito planeta, alguien con quien compartir esos raptos en los que se me hacía impostergable hablar de lo bello que sería recorrer Bolivia en un monopatín.

Al año siguiente abandoné la Facultad de Derecho y me inscribí en la Facultad de Psicología, y la vida siguió sin mayores cambios y al-

gún que otro viajecito ocasional por los pueblos de la Provincia de Buenos Aires, a lo sumo Córdoba o Entre Ríos, hasta el 2000. Con "el Conde" y Juan, mis dos primeros compañeros de ruta, encontrábamos cierto alivio de la cotidianeidad en rescatar automóviles antiguos que encontrábamos en pueblos olvidados de la Provincia de Buenos Aires. Eran pueblos perdidos en la maraña de rutas de tierra a los que el levantamiento de los ramales ferroviarios había arruinado, verdaderos moribundos de las Pampas. Los autos que resucitábamos también eran moribundos. Nuestra empresa más ambiciosa fue sin dudas la ´38, una Ford de ese año con motor V8 y poco más, que habíamos detectado en Ramón Santamarina. Ni frenos, ni luces, y con el radiador pinchado. Pensábamos llegar a Mar del Plata, pero los constantes desperfectos mecánicos y más sustancialmente un camión 1114 más rápido que nuestros reflejos nos dejaron tirados en La Dulce. Debo decir que nos divertíamos como locos con nuestros pequeños actos de vandalismo contra el sentido común. Había llegado el nuevo milenio y nosotros no hacíamos más que renovar nuestro pacto con lo trunco y obsoleto.

En el 2001 di un paso más: colgué la facultad por un cuatrimestre y me fui a Europa con Regina, entonces mi novia. Recorrimos unos diez países en tres meses, siempre haciendo dedo, y descubrimos que en la supuestamente fría Europa todavía había lugar para la hospitalidad. Algunas veces los conductores nos ofrecían dinero, cosa que entonces nos sorprendió muchísimo, y con más frecuencia, alojamiento. No podíamos creer que también se podía viajar a dedo en Alemania o Dinamarca. Conocimos mucha gente que treinta años antes había sido *hippie* y ahora se complacía en ayudarnos en nuestro viaje. Cuando creíamos haber descubierto la esfera apareció Sergio, otro viajero argentino. Lo conocimos en Praga, y nos contó que venía de Turquía, Egipto y Rumania, y que pronto abordaría el transiberiano para irse a China. Para mí fue como si Sergio, barbudo y contento, me hubiera entregado los

diez mandamientos. ¡De pronto todo el planisferio era zona permitida, terreno de juego, poesía, azar y búsqueda! Claro que todavía no me animaba a patear el tablero y confesarme que eso era lo que yo quería.

Fue al año siguiente cuando sucedió. Por entonces, los Estados Unidos daban su ultimátum a Irak, y la ocupación de Afganistán seguía en marcha. Era una lotería, algunos amigos del Centro Cultural Cortázar empezaban a apostar un cajón de cerveza a cual sería el próximo país acusado de esconder armas de destrucción masiva o misiles interestelares. Yo no había dejado de jugar con la idea de explorar por mí mismo ese Oriente que las 14 pulgadas del televisor del Cortázar mostraban como peligroso. Pero si hablaba lo hacía con cautela, acaso porque el Cortázar había visto nacer muchas ilusiones que nunca sobrevivían al amanecer, muchas vueltas al mundo postuladas desde la segunda cerveza que bien morían con un cambio de tema en la cuarta, o bien se trataban todos los viernes en la segunda como un ritual. Si bien los sueños casi nunca se concretaban, en ese lugar al menos uno podía rodearse de personas que soñaban. Como si entre las cervezas hubiera habido, escondidos, biberones cargados con utopías, en esa época todos soñábamos con caminos alternativos, con hacer teatro callejero en Catamarca o viajar sin rumbo por Sudamérica.

Y con esas alas, y una chica cuyo nick de internet era Bohemia pero que en realidad se llamaba Cecilia, me fui a recorrer el Noroeste Argentino. Era agosto del 2002 y ninguno de los dos sospechaba que ese viaje iba a cambiar nuestras vidas. Todo empezó cuando perdimos la carpa, exactamente en el primer día de viaje, la dejamos en la caja de una camioneta que nos había llevado, junto a un chancho que se llamaba Saviola. Nos dimos cuenta cuando la camioneta ya estaba levantando polvo en el horizonte, y nos miramos las caras para descubrir que ninguno de los dos estaba de-

sesperado. *Ahora empieza el rock n´roll*, dijo Cecilia. En Tafí del Valle intentamos encontrar alguien que nos vendiera una carpa y pasamos un anuncio por radio, pero en cambio apareció el intendente con una orden firmada para que nos alojaran gratis en un bungalow del camping municipal. Desde ese día en adelante, con una sincronía que delataba la complicidad del resto del universo, siempre íbamos a encontrar un sitio donde dormir bajo techo. Iglesias, monasterios, casas de extraños devenidos amigos, siempre aparecía alguna señal oportuna que nos llevaba a alguna persona amistosa, o al menos a un hospedaje económico.

Mientras observaba las ruinas del pueblo fantasma de Alemanía, en los Valles Calchaquíes, se desgranó del cosmos la pieza que faltaba. Como un conjunto azaroso de líneas que cobra sentido al agregársele una perspectiva, todas las pasiones, miedos e ideas que habían regido mi vida coexistieron en armonía. Comprendí que debía salir a recorrer el mundo y ver con mis ojos lo que estaba sucediendo. De ese viaje por el Noroeste regresé a Mar del Plata convencido de que pronto tendría el camino bajo mis pies, y de que ese camino sería muy largo. Aún así, tardé un par de años más en estar listo: pasé casi seis meses organizando el Primer Encuentro Nacional de Mochileros, en Argentina, y un año y medio más trabajando en Belfast, Irlanda del Norte, con el fin de ahorrar un presupuesto básico para el viaje. Cinco dólares por día durante veinte meses, era la fórmula mágica que manejaba. Sabía que no necesitaba más. Aquel viaje al Noroeste con Cecilia se había transformado en un librillo titulado La Armonía del Caos. Iría vendiendo mi libro por el camino para generar ingresos extras.

¿Cómo que vas a hacer dedo en Turquía y en todos esos países? ¡No tenés ni seguro médico! ¿Y si te pasa algo? ¡Ni siquiera hablás su idioma! Además, ¿cómo estás tan seguro de que allá se puede viajar de esa manera, y de que la gente te va a ayudar? Escuché los mismos

reproches de todo tipo de personas, y no siempre tenía respuestas para sus preguntas, pero ya había aprendido que hay infinidad de recursos que sólo aparecen cuando se presentan los problemas, cuando uno ya está en el terreno. Ya estaba viviendo en Irlanda, y en uno de mis cortos viajes a dedo por el país, una mujer había dicho algo que incorporé de inmediato a mi filosofía, porque sentí que reflejaba una verdad fundamental sobre la vida y los viajes: todo sucede por una razón, el universo cuidará de ti. Había escrito esa frase en la contratapa de los libros que pensaba vender, y esa era mi mayor armadura contra las tempestades pronosticadas prácticamente por todo el mundo. Claro que por lo general estas personas jamás habían visitado los países en cuestión, o siquiera salido de Europa. Como mucho habían ido de vacaciones a Tailandia o a las Pirámides de Egipto, pero en grupos organizados, con hoteles, autobuses y comidas cronometradas, sin chance alguna de interactuar con la gente que vivía en esos países. En muchos casos, esa gente no hacía más que proyectar sus propios miedos sobre culturas que no eran la suya, y lo hacía con discursos que les eran prestados.

Era marzo de 2005 y había reunido todo el equipo necesario, mochila, bolsa de dormir, carpa ultraliviana, una cocina de alta montaña que pesaba apenas 800 gramos, cámara digital y hasta un ordenador portátil. El pasaporte, recién tramitado, estaba flamante y vacío. Tenía un recorrido en mente, que básicamente era el siguiente: cruzar de Irlanda a Escocia, y descender a través de Inglaterra hacia Europa continental tras haber navegado el Canal de la Mancha. Planeaba visitar Francia, Alemania, Italia, y Holanda, donde tenía amigos y familia, antes de subir por Escandinavia en sentido horario viajando por Dinamarca, Suecia, Noruega y Finlandia. Desde Finlandia apuntaría mis velas hacia Estambul, cruzando primero toda Europa Oriental: los Estados Bálticos, Polonia, Hungría, Rumania y Bulgaria. Turquía sería el primer puerto en Medio Oriente.

Tras recorrer ese país confiaba en internarme en Siria, Jordania, Líbano e Irak, moviéndome luego siempre hacia el Este, con la mira en India. Primero debería cruzar Irán, uno de los países que me despertaba más curiosidad; Afganistán, la joya del itinerario; y Pakistán. Después de India la historia seguía por China, con un fuerte acento en Tíbet, y ahí terminaban los planes, porque al viaje le faltaba un moño, y no sabía si iba a terminar en Mongolia, el Sudeste Asiático o acaso iba seguir viajando por el continente americano. Sólo faltaba un detalle: no tenía el dinero para cubrir los gastos de visados.

Mientras algunos me sugerían que buscara un gran y único sponsor, como un fabricante de mochilas o zapatillas, decidí buscar cientos de pequeños auspiciantes que colaboraran con una libra esterlina cada uno. Una moneda dorada con la cara arrugada de la Reina Isabel que en el Reino Unido no alcanza ni para comprar un sándwich por la calle, pero que puede comprar un almuerzo en cualquiera de los países asiáticos. Salí con algo de desconfianza, llevando bajo el brazo una carpeta con el mapa tentativo del viaje, la foto del equipo listo y algunas tablas explicativas. Comencé a entrar a peluquerías de barrio, almacenes, gomerías, talleres mecánicos, estudios de arquitectos, prácticamente en todas partes. En un mapa de Belfast iba tachando las calles que iba recorriendo. Para mi sorpresa, eran muy pocos los que no me daban esa moneda con una sonrisa, y muchos los que por su propia voluntad me daban cinco, diez…veinte libras. *Por muchos años fantaseé con recorrer el mundo, pero primero por los estudios, después por la familia y el trabajo, lo fui postergando y ahora ya es tarde. Es algo que tenés que hacer cuando sos joven, después las responsabilidades te atan.* Fue un discurso que me acostumbré a escuchar, justamente de las personas que más colaboraban. En dos semanas había juntado el doble del dinero necesario, y estaba, ahora sí, listo para partir.

Camino a Medio Oriente...



El velero que me llevó a Escocia.



Cartel usado en Escocia.



Hospitalidad noruega.



Llegada a Finlandia.



Una boda en Maramures (Rumania)



Mi transporte hacia Estambul (Turquía)



Rengueando hacia el Kurdistán Iraquí

"Señor, ¿es Usted un terrorista? ¡Perdón!
Quiero decir… ¿un turista?"
(El oficial de migraciones)

Atravesando distancias simbólicas

Se ha dicho que el martirio es el camino más corto a la fama. No me impulsa, sin embargo, macabro placer alguno por atravesar líneas rojas o frentes de guerra. Tampoco hay verdadera necesidad de cruzar territorio iraquí en mi trayecto entre Turquía e Irán. Sólo me impulsa la fidelidad a esa idea que en mayo de 2005 me lanzó a las carreteras: el ser humano es intrínsecamente bueno.

Desde que dejé Belfast no he encontrado un sólo país donde la gente no esté convencida de que el infierno echa raíces en el país vecino. Los húngaros juraron que en Rumania sería asaltado y desollado por los gitanos rumanos. Los rumanos, por su parte, me advirtieron, mientras me obligaban a aceptar su ziuca, del gran peligro que implicaba cruzar la frontera búlgara. Por supuesto, los búlgaros preferían otorgarme la ciudadanía de su país antes que dejarme incursionar en el salvaje mundo islámico. Cada vez que cruzo una frontera me digo: "Bueno, aquí es donde efectivamente seré arrojado a los perros hambrientos" sólo para ver mis expectativas frustradas por una horda de alegres locales que agotan los

ademanes existentes para invitarme a sus casas. El viaje por Escandinavia y Europa del Este es impecable: siento que voy empujando los límites del infierno.

Ahora son los turcos quienes temen por mi bienestar mientras cruzo su país a dedo camino a Irak, la afamada cuna del arte del secuestro y del coche bomba. La distancia entre Europa e Irak es más simbólica que geográfica. Aunque el caos y la matanza parecen incompatibles con la proximidad, es preciso recordar que la Unión Europea e Irak tendrán plena frontera el día en que Turquía sea incorporada en el cóctel.

Viajando con sostenida rapidez entre Ankara y las provincias del Sudeste, soy conducido por una autopista que ostenta –o arrastra- la nomenclatura vial europea. Es la E-90, y continúa hasta la frontera iraquí en Silopi. En todo el camino, la señalización calla toda referencia al país vecino, como avergonzada de su destino. A través de pasturas de un verde intenso custodiadas por cumbres nevadas dejo atrás las ciudades de Diyarbakir, Sanliurfa y Batman.

En Sanliurfa, los sastres del bazar reciben la orden más inusual de sus vidas, a saber, confeccionar una bandera argentina para colgar de La Maga, como bauticé hace muchos años a mi mochila. Si me cruzo con fundamentalistas, que me sepan criollo desde lejos. Siendo también ciudadano italiano (en virtud del recurso de la doble ciudadanía, que yo prefiero llamar evocación selectiva de tatarabuelos) deposito mi segundo pasaporte en la caja fuerte de la municipalidad de una ciudad llamada curiosamente Batman. Mejor que me agarren con "el azul": un país tan fundido como el nuestro desalienta al instante cualquier esperanza de cobrar un rescate.

Llego a Silopi, el último pueblo turco, en un Scania amarillo cuyo conductor confiesa cuánto le gusto. Estratégicamente, sustituye las

noticias por música lenta en el dial de la radio. Estamos a metros de Irak, y entendería si Usted intenta secuestrarme, pero ¿qué es esto de seducirme?

Cuando llego a la frontera turco-iraquí es febrero de 2006, llevo diez meses de viaje, y he tenido la oportunidad tanto de familiarizarme con la cultura musulmana como de aprender árabe en Siria, Jordania y Egipto. Es un conocimiento básico, pero reconfortante, del paradigma local.

Presentando a los kurdos

¿Pero de qué frontera estamos hablando? Si le creo al mapa debería decir que estoy entrando en Irak desde Turquía. Esa es la versión oficial, pero el "turco" que me obligó a aceptar una limonada durante mi fugaz paso por Silopi me dio la bienvenida a la Mesopotamia, y me deseó buen viaje en el Kurdistán del Sur. No es que en estas tierras esté de moda llamar a los países con el nombre que tenían en los tiempos de Ramses II, sino que el pueblo kurdo, con poco resguardo por las convenciones limítrofes, se sigue considerando habitante del eterno suelo de sus antepasados: Kurdistán. A pesar de haber dominado los pasos montañosos entre los actuales Siria, Irak, Irán y Turquía, los kurdos nunca han sido capaces de constituir su propio estado, lo que los convierte en el mayor grupo étnico sin estado propio. Desparramados y reprimidos en cuatro estados que apenas los reconocen como una minoría molesta, siguen denunciando el Tratado de Sevres (1920) en el que los aliados triunfantes de la Primera Guerra Mundial prometían independencia a todas las ex-victimas del Imperio Otomano, como los armenios y los sirios. La soberanía prometida a los kurdos jamás se consolidó. Y me pregunto si el hecho de que hubie-

Los rostros de Turquía...



Viajando en el Kurdistán turco…



Influencia árabe en el bazar de Sanliurfa



Anciano en la mezquita de Sanliurfa.



Familia anfitriona. Osmaniye.



En Adana, tras el accidente.



Mezquita de Sanliurfa.

ra petróleo bajo sus pies haya tenido algo que ver. Hasta el corrector ortográfico del programa con que escribo estas líneas me señala a Kurdistán como una anomalía…

La respuesta de los kurdos a la pasividad de la comunidad internacional fue desde entonces la lucha de guerrilla. Sin embargo, lo que no se logró con décadas de patrullar las montañas, lanzacohetes al hombro, cayó del cielo, al menos para los kurdos iraquíes, cuando las tropas norteamericanas desalojaron a Saddam Hussein en 2003. Desde entonces, la pomposamente denominada Región Autónoma del Kurdistán empezó a perfilarse como una república casi-independiente, aunque formalmente atada a Bagdad, la capital de Irak. El viento conoció así otra bandera, el otrora prohibido tricolor kurdo, que de golpe salió de todos los roperos. Los Peshmerga (o Pesh), partisanos de montaña bajo el comando del héroe local Barzani, descendieron de la montaña para transformarse en una fuerza de policía completamente legal. Imaginen un día a las fuerzas del IRA patrullando las calles de Belfast y Derry en Irlanda del Norte…

Que no se entere mamá

"Bienvenidos a la Región Autónoma del Kurdistán Iraquí" anuncia un cartel en el puesto fronterizo. El amable hombre detrás del vidrio mal limpiado no oculta su sorpresa al ver mi pasaporte: *¿Argentina? ¡Maradona!* –proclama entusiasmado. Hasta allí es tristemente promedio, pero de improviso, y engañado por ese ventrílocuo que es el inconciente, añade un increíble: *Señor, ¿es Usted un terrorista? Perdón, quiero decir… ¿un turista?* Había comenzado a pensar que el Partido Democrático de Kurdistán era democrático hasta el extremo de habilitar un casillero para cada opción de vida.

En alevosa oposición a la embajada iraquí en Cairo (que me había requerido una visa de 50 dólares de costo y tres semanas de tiempo de procesamiento) estos tipos simplemente me preguntan: *¿y por qué vienes a Kurdistán?*

Bueno, –respondo con la cara más naive que logro coordinar- *ustedes son un país nuevo y quería visitarlos.* Cuando digo esto soy conciente de que Irak ha vuelto a presentarse en las ferias internacionales de turismo promocionando justamente las montañas kurdas. No olvido mencionar que acabo de recorrer el Kurdistán "bajo ocupación siria" (léase aquella zona de Siria con minoría kurda). Hasakeh, Qamislo, Malkya… recito melódicamente el nombre de los pueblos visitados. Después de tal medida populista de mi parte los tipos se vuelven los más complacientes guardias de frontera que he conocido jamás, sellan mi pasaporte y me saludan mientras doy mis primeros pasos en Irak. Lo he logrado y, lo más importante, ¡me he divertido lográndolo!

Imposible no recordar con una sonrisa la frase de Borges: *nadie lo vio desembarcar en la unánime noche.* Me creía capaz de semejantes torpes excentricismos sólo en países inofensivos como Eslovenia o Letonia, y sin embargo aquí estoy otra vez, dando mis primeros pasos en Irak de noche, sin moneda local, y con un mapa de mala calidad bajado de internet como toda orientación. Tanto mi abuela como Lonely Planet sacudirían sus cabezas en desaprobación. ¿Con qué autoridad moral voy a retar algún día a mis hijos cuando estos le arrojen petardos al perro del vecino?

Para describir mi entrada en Irak más gráficamente debo rescatar del pretérito un pequeño incidente sucedido en Adana, en el sur de Turquía, adonde había llegado una semana antes de ingresar a Irak. Tras un largo día de autostop desde Tartus, en el Mediterráneo sirio, había puesto un pie en la ciudad a las dos de la mañana.

Como no tenía intenciones de despertar a mi amigo Mustafá a tales horas, decidí esa noche buscar refugio en un edificio en construcción. La oscuridad maquillaba el hueco del ascensor abierto delante de mí, y pronto tramitaba en caída libre la distancia entre la planta baja y el primer subsuelo. Después de cinco días como inválido en la casa de Mustafá, decidí partir hacia Irak de todas maneras. En este momento tengo una venda en mi cabeza y aún estoy rengueando.

El puesto fronterizo dista un par de kilómetros de Zakho, el primer pueblo kurdo del lado iraquí. Me salen ronchas de las ganas de hacer dedo, y por un segundo el panorama es dantesco: parece que empezaré a rodar en las rutas iraquíes por la noche. Los pocos vehículos militares estacionados cerca del puesto fronterizo son buen condimento para la macabra conciencia de que he entrado a pie en un país en guerra sin plan alguno. Un disparate y, a la vez, una cosecha premiada. Desafortunadamente, un policía rompe la escalada de la adrenalina para ordenarme que aborde un automóvil que va en dirección a Zakho. Aprecio el transporte gratuito que me ofrece pero, traumado en mi infancia rutera por las averiguaciones de antecedentes de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, tiendo a insistir en hacer dedo por sobre cualquier observación de una autoridad vial o policial. Sabiendo que habrá suficientes puestos de control carreteros para poder reivindicarme, concedo a abordar el Opel Vectra. El conductor y sus dos amigos, incapaces de entender lo intrascendente del acto, están sobreexcitados. Se amontonan en las butacas delanteras dejándome todo el asiento trasero todo para mí. En ausencia de una mejor explicación, han supuesto que yo debo ser alguna clase de embajador.

Una impresión inicial de Zakho es la de una falta de balance. Autos relativamente suntuosos como BMW X-5 o Land Cruiser desfilan por una calle principal en la que se alinean comercios y vivien-

das más lindantes con la modestia. Por igual, los tricolores kurdos, adornan indiscriminadamente juguetes caros y casas en ruinas. Son banderas rojas, blancas y verdes, con un sol en la franja central que parece que está muy enojado o a punto de estallar porque sus exagerados rayos invaden las otras franjas.

Mientras deambulo en busca de una pensión barata, las masas de hombres bigotudos que mastican kebab bajo retratos del enturbantado Barzani me clavan su mirada como si fuese un perro verde. No es una mirada intimidante, sino una genuina mueca de sorpresa. Treinta años de conflicto sostenido han sepultado cualquier memoria de un turista. Los últimos extranjeros que han visto por aquí vestían uniformes de los Marines norteamericanos. Primero doy con un par de hoteles demasiado limpios para mi presupuesto, de unos veinte dólares por noche. Como eso era diez veces lo que pensaba gastar, continuo pateando las calles y preguntándole a los transeúntes: *¿fundu? ¿fundu?* Parece que se me ha perdido un perro llamado "Fundu", pero en realidad esa es la palabra árabe para "pensión".

Ya estoy bastante cansado y con ganas de cerrar el capítulo del día cuando encuentro una cama por dos dólares en un cuarto que comparto con tres trabajadores oriundos de Mosul. La recepción del hotel está adornada por dos posters pegados poco prolijamente con cinta adhesiva. Uno es la infaltable imagen de Meca, que bendice hogares y comercios como si fuera un talismán. En ella se pueden ver miles de fieles que han llegado hasta allí desde todas las coordenadas del mundo, para hacer esa peregrinación que se llama hadj, y que todo musulmán (que tenga medios para ello) debe hacer una vez en la vida. El otro poster muestra el perfil puntiagudo de Dubai, en los Emiratos Árabes: es la nueva Meca económica, un microclima de sueldos del primer mundo cerca de casa, la sucursal más cerca del sueño americano. Probablemente,

el dueño haya construido la pensión con los ahorros de algunas temporadas en Dubai. En síntesis, la decoración doméstica en Medio Oriente va reflejando los cambios de piel de la idea de Meca.

Aparentemente, mi búsqueda del tesoro ha generado como por arte de magia ciertas llamadas telefónicas, y un alto policía de civil que viste una chaqueta de cuero arrugada y camisa blanca no tarda en entrar a la habitación. Me saluda con un parco *Salam Alaikum* que más bien suena como un *¡ojalá no estuvieras aquí!,* y empieza con las preguntas habituales. Las preguntas habituales no incluyen la que estoy seguro se está preguntando: ¿qué hace un extranjero fuera del Hilton?

El segundo asalto con las autoridades kurdas resulta ser muy diplomático. El hombre quiere saber de dónde vengo y hacia dónde voy, pero no le interesa cómo pienso desplazarme. Parece apreciar que hablo un poco de árabe, aunque aquí sea el idioma del enemigo. Contra todo pronóstico queda obnubilado por mi carpa, pero al enterarse que no está en venta me mira con una cavilosa fijeza que apenas disimula la ofensa, redondea el interrogatorio y parte.

Mis compañeros de cuarto me advierten de lo peligroso que sería visitar Mosul, Tikrit o Bagdad. Cualquiera diría que se refieren al fixture diario de coche-bomba que aqueja a todas las ciudades grandes de Irak, y en cambio tienen en mente algo más quintaesencial: "*La gente allí es árabe*". Por supuesto, el infierno es un yuyo que crece siempre en el campo ajeno. Pienso en los muchos árabes amistosos y pacifistas que he conocido en Siria, Jordania y Egipto, pero aquí a la gente le sobran los motivos para estar resentida con los árabes, y decido callarme. Por otro lado, la idea de que los árabes no son fósforos que vienen en cajita, y la realidad de que hay "árabes y árabes", son nociones que están lejos de ser explicadas por mí básico dominio de la lengua árabe. Porque claro, como no hablo

kurdo a los kurdos no les queda otra que quejarse de los árabes en árabe. A pesar de que el racismo occidental tiene más prensa, (lo que delata que hasta nuestros defectos nos parecen más importantes que los del resto del orbe) en todo Asia la percepción popular está filtrada por el factor racial, sin lugar para diferencias interindividuales. Considerando la envidiable *performance* de su hospitalidad, uno sólo puede desear que se trataran entre ellos tan aterciopeladamente como tratan al caminante occidental.

Por la mañana espío por la ventana, el tricolor kurdo flamea fuera, el verde, el rojo y el sol dorado que parece una supernova poco antes del estallido, contrastando bravamente con la atmósfera nublada. Mi corazón se estremece como si me esperara una novia. Estoy a punto de ensayar un viaje a dedo en un país que ensaya existir.



El tricolor kurdo. Prohibido en los territorios kurdos de Turquía, omnipresente en el Kurdistán Iraquí.



Intentando hacer dedo en un país que intenta existir

"Por favor deje sus armas en recepción"
(Cartel en el Sheraton Hotel de Erbil, Irak)

Una invitación a bailar con una diosa

Con movimientos que combinan gentileza con velocidad un grupo de ancianos juega a las damas sobre un tablero trazado con tiza sobre el pavimento, no muy lejos del puente que durante al menos un milenio ha dado paso sobre el río Zakho, en el pueblo del mismo nombre. Turbantes blancos y negros se acaracolan sobre sus cabezas como torres de Babel. Es un patrón exclusivo, como las matriculas de los automóviles, e indica que los hombres provienen de las montañas del Nordeste. Apoyan las piedras enérgica y rítmicamente, como si ensayasen exorcizar la historia mediante una cadencia secreta.

Estoy en el Kurdistán Iraquí, y dicha calma aquí es tan forastera como yo. Por primera vez, lo que aparentemente se desliza irremediablemente por el pendiente de la guerra civil es el sur del país. Aunque desde el fin de la primera Guerra del Golfo los helicópteros de Saddam no incursionan en la región esparciendo su gas mostaza, sólo en los últimos cinco años los kurdos han sido capaces de sentarse a jugar a las damas sin temer con el rabillo del ojo

un vaivén fatal del este siglo infante. El umbral de una nube con porte de galaxia oscurece el sol con claras intenciones. Uno de los ancianos, el más apergaminado del grupo, poniéndose de pie, exclama con orgullo: *Viene tormenta desde Irak…* Dado que la conversación tiene lugar técnicamente en Irak, y especialmente frente a un extranjero, semejante comentario meteorológico hace las veces de declaración de independencia. En el mástil de una escuela cercana, la novel y otrora proscripta bandera de la Región Autónoma del Kurdistán, que no hace mucho ha reptado fuera de todos los armarios, da apoyo logístico al paladín de esquina.



Cambio diez dólares por dinares iraquíes, notando que la efigie de Saddam ha sido convenientemente evacuada de los billetes, los que a falta de próceres idóneos, ahora esbozan menos comprometedoras riquezas arqueológicas como los leones alados de Ninevah. Con tamaña fortuna saldré hacia Erbil, o mejor dicho hacia Hewler, como los kurdos llaman a la capital del Kurdistán, pero antes necesito un mapa. A la luz de esta exigencia, empiezo una escéptica búsqueda del tesoro que culmina en un kiosco. El único mapa a la venta exhibe camellos en miniatura cruzando los desiertos del Este, y pozos de petróleo en el Golfo Pérsico. Claramente apunta más a entusiasmar a un escolar con déficit de atención en sus lecciones de geografía que a guiar a un extranjero en el *postludium* de una guerra, pero aun así marca las rutas principales en un rojo sanguíneo. Si las rutas aún están allí o no, o si los pueblos que unen siguen todavía en pie son incógnitas que deberé sobrellevar: el mapa carece de fecha de publicación. Me gustaría tener conmigo una carta con la detallada ubicación de *checkpoints*, zonas de alto riesgo o campos de refugiados, pero estoy cien por cien seguro de que tal mapa simplemente no existe salvo en los expedientes X. No tengo la más remota idea de que tan fácil o difícil será hacer autostop en esta parte del mundo. Doy por dato que la gente no estará menos dispuesta que en Turquía, pero puedo predecir algo de interferencia proveniente de las autoridades, considerando que ya tuve dos encontronazos con ellos en sólo una noche. En todo caso, nada me distrae de un punto: estoy rumbeando hacia nuevos caminos, y cada ruta no viajada es una invitación a bailar con una diosa.

La multiplicidad de los Peshmerga

Camino en busca de ese feliz punto en que la urbanización queda a las espaldas y delante se tiende, insinuante pero latente co-

mo una ruleta quieta, la carretera. Llevo el pulgar ansioso de proyectar su perfil al viento y así volverse veterano de Irak, pero tras dos minutos de marcha esto se hace innecesario. Mis preguntas por la carretera a Duhok han apelotonado una cohorte de curiosos, y uno de ellos se ofrece a llevarme hasta un sitio más favorable en su impecable Chrysler Concorde. Aunque el auto tenga ya diez años no es la clase de vehículo que esperaba encontrar en un país que lleva casi veinte años de conflicto interno y externo. A pesar de mis preconceptos, el automóvil promedio en Kurdistán es un Opel Vectra 1991, lo que no está nada mal, pues no muy lejos de allí los sirios aún dan cuerda a Peugeots 304 y De Sotos modelo ´54 que aumentarían la colección de cualquier museo.

Mi conductor es un hombre menudo de gesto bonachón y contextura física poco atlética que no justifica en absoluto el equipo de gimnasia Adidas que viste. Es peluquero de profesión, y ha trabajado muchos años en Alemania. Mientras me lo cuenta frota las yemas del pulgar y del índice, y alza sus cejas. En lenguaje de señas universal eso significa que en Alemania se gana dinero, al menos el suficiente para ser propietario de un Chrysler Concorde en Irak. Me da más explicaciones de las que sobre estos temas se deben dar a un argentino, ser si lo hay habituado a barrenar las mareas de las diferencias cambiarias. Me deja en la autopista a Mosul, que me ha sido expresamente desaconsejada. Al parecer estoy forzado a tomarla por casi 50 kilómetros, y no me queda más consuelo que repetirme ese canon de la filosofía tanguera que dicta: "*si estás en la pista de baile tenés que bailar*". En la autopista a Mosul arrojo otra vez mis dados… A toda costa, debo evitar que un error de cálculo o comunicación se transforme en un pasaje a Mosul, ese topónimo tan acostumbrado a la contigüidad con la palabra "atentado". No ayuda que las descripciones de los conductores sean poco compatibles con las líneas trazadas en mi mapa. A

derecha e izquierda aparecen desvíos y opciones que mi mapa calla como si estuviera concebido para guiar a los caminantes según su propio capricho.

Otra vez, dos minutos. Un hombre de buen comer y talle poco acorde a su apetito congela el tránsito con su Mazda dándome el tiempo necesario para subir de un salto con La Maga y todo al asiento delantero. La Maga, reitero, no es el desvelo de Oliveira, sino mi mochila. El conductor es un comandante de la Peshmerga y va hacia Duhok, un pueblo mediano considerado seguro desde el que puedo finalmente (esta vez los juramentos de mi conductor y las líneas del mapa coinciden) empalmar con una infinita retícula de carreteras de montaña. Al costado de la carretera, niños y niñas venden unas flores silvestres amarillas llamadas *nergues*. Estiran sus brazos como queriendo tocar a los autos. Los saludo y ellos me sonríen. Aunque viajo con un Peshmerga, la policía a cargo de un puesto de control carretero me detiene para interrogarme y examina mi pasaporte hoja por hoja. A la inherente dificultad de explicar que uno encuentra atractivo hacer dedo en países al borde del colapso, hay que agregar el *bonus* de tener que explicarlo en árabe (el único canal de comunicación dado que no hablo una palabra de kurdo). Los Peshmerga tienen fama de pasar a cuchillo inmediatamente a cualquier sospechoso de ser un infiltrado del sur enviado a Kurdistán para avivar las tensiones étnicas. A esta estricta vigilancia debe la región kurda tanto su relativa paz interna como la desgracia de vivir en un estado policial. En esta parte del mundo, paz interior y estricto control de los individuos son un combo de frecuencia insalubre. En mi caso, los Pesh realizan un par de llamadas telefónicas al cabo de las cuales parecen recibir instrucciones de dejarme en paz. Después de todo tengo un permiso de viaje válido en mi pasaporte y mi equipaje parece provocarles más lastima que sospechas.

El punto más indeseable de los interrogatorios ruteros es que cuando te liberan de uno siempre hay otro milico curiosón a la salida del siguiente pueblo que sin tener comunicación telefónica con los del anterior, que ya te apalabraron, te vuelve a detener para hacerte las mismas preguntas. Así, en Duhok soy detenido otra vez por los simpáticos Pesh, quienes incapaces de asimilar que prefiero detener los autos mientras camino en vez de chartear un taxi desde el centro de la ciudad, proponen la versión militar: un soldado con una Kalashnikov detiene el primer vehiculo que pasa, un taxi compartido, me ordena subir y se sienta a mi lado. Sin haber llegado aún a Afganistán, me sorprendo bastante al descubrir que las Kalashnikov y el autostop pueden coexistir en un mismo evento. Y yo que sólo usaba mi pulgar…

Viajo con escolta armada hasta la aldea de Sarsang. El joven soldado chorrea sonrisas, ha encontrado el evento que lo rescata del tedio diario y la anécdota que lo hará el protagonista de la próxima tertulia de casa de té. Al llegar abona ambos viajes y me hace señas de bajar. Ya estoy en las carreteras de montaña, zigzagueando por verdes praderas que jamás vi en los informes de la CNN, que más bien tienden a convidar la imagen de un ininterrumpido desierto sepia donde maniobran tanques de guerra que le disparan vaya uno a saber a qué, porque nunca se muestran dónde terminan las municiones a fin de evitar la empatía en la audiencia. He comenzado a aceptar que aunque la espera máxima hasta ahora no ha excedido los cinco minutos, tendré que acostumbrarme a los puestos de control, a la ayuda policial jamás solicitada y a los interrogatorios.

El próximo tramo respeta también la relojería interna del autostop en Irak. He esperado escasos tres minutos en Sarsang cuando una Toyota doble cabina se tira a la banquina. El conductor parece cortés y genuino, y me invita a almorzar a su casa. Viste esos

tradicionales pantalones holgados que se parecen a las bombachas de campo de mis paisanos de la Pampa húmeda y que tanto le gustan a los kurdos. Su hijo recién ha regresado de la escuela, y tiene en la mano un libro de texto con la bandera kurda en la tapa. Me alegra pensar que por primera vez tiene derecho a aprender su propio idioma. Señalo la bandera y levanto el pulgar, en un intento de compartir mi sentimiento y pagar con simpatía el almuerzo que ya se huele. Lo inesperado ocurre durante la sobremesa, cuando el anfitrión toma mi mapa, y pone el dedo sobre la vecina aldea de Amediya, que la carta ilustra encaramada en una colina como una fortaleza. Propone llevarme hasta allí por veinte dólares. Al margen de que por principio pagar por el transporte sería incompatible con la finalidad de mi viaje, sé que el precio real sería más cercano a los dos dólares. Nadie podría culpar a este hombre por intentar hacer una diferencia con un gringo distraído, pero quien escribe tiene un presupuesto de cinco dólares diarios, y por eso rechaza la oferta con el dramatismo de quien ha escuchado un precio de doscientos. En general, la hospitalidad musulmana es desinteresada, pero de vez en cuando las circunstancias despiertan al gen de ese prístino vendedor de alfombras que todo Medio Oriente lleva dentro. Cuando le digo que debo irme, este vendedor de alfombras promete alcanzarme hasta la ruta, pero en cambio me lleva… ¡a una estación de policía! ¡Dejá vu! Otra vez me encuentro por pocos minutos respondiendo las preguntas habituales, y luego estoy al fin sólo y libre en la ruta.

Camino hasta una pequeña gasolinera, apoyo la mochila, y espero. El primer auto en pasar se detiene: como no podía ser de otra manera, un comandante de la Peshmerga. ¡Dios mismo debe ser un Pesh! Me tienta pensar que, o todas las fuerzas de seguridad son extremadamente amables, o toda la población toma posición en la institución. (Con el tiempo consideraría la segunda opción más realista) Resquebrajando el oropel de tanta cortesía, la hipótesis

de que toda esta gente esté, ante todo, vigilándome, cruza mi mente.

Memet, mi nuevo conductor, pasa las marchas del coche y acelera por la ruta sinuosa mientras escucha música electrónica. De otros viajes, irrumpen una superposición de imágenes emparentadas, que contienen autos veloces y música; algunas de Francia, el atardecer en la *auto-route* con "Radio Esperanza" de Manu Chao; otras de Cornwall, en el deportivo de un músico de gestos nerviosos consagrado al hachís, desde el que la campiña inglesa parecía el mero sustento de un video clip sobre la vida de alguien que corre siempre en busca de más hierba. Establecer una comunión con el camino al hacer del movimiento una experiencia musical presupone una sensibilidad cinematográfica y una actitud de laboratorio. Hablando específicamente de la época en que me toca vivir, creo que en esos momentos de flujo uno se reconcilia con la tecnología y, a la manera de los estetas del futurismo que ponían transatlánticos y dirigibles en sus altares, concede alma al frío metal de Wolfsburg, Turín o Detroit. Porque todo ello no deja de contener esa chispa primordial del primer fuego, del primer ritmo, y del primer trance.

¿Y? ¿No es hermoso Irak, quiero decir, Kurdistán?– pregunta Memet y se avergüenza de su acto fallido facilitado por décadas de ocupación. Se ríe de sí mismo mientras las primeras gotas de lluvia pronosticadas por los veteranos jugadores de dama en Zakho resbalan por el parabrisas como el esperma de una criatura etérea. Cuando llegamos a una aldea llamada Barzan, Memet toma una carretera menor. Como llueve demasiado para hacer el viaje placentero decido hacer noche aquí. Memet sugiere que podría pedir alojamiento en el "maker". Ignoro completamente lo que sea un "maker", y la definición en árabe de Memet no ayuda, pero como no tengo una idea mejor subo la empinada callejuela principal si-

guiendo su dedo índice en busca de… ¡un maker! Ante la vista del único edificio de apariencia oficial me detengo, golpeo la puerta, y me doy cuenta de que está abierta…

Dos hombres beben té dentro de una sala cuyo aspecto de cubo perfecto sólo se ve alienado en el centro por la hollinada tubería de una estufa. Como en todo Medio Oriente, se conversa y se bebe té en la superficie acolchonada que se extiende por un metro desde el muro en todo el perímetro de la sala. Al ver al ser de cabeza sin turbante e irreal estatura, los hombres se ponen de pie cual accionados por un resorte y hacen lugar para mí en el ritual como si estuvieran esperándome. Una bandera del KDP (Partido Democrático del Kurdistán), cuelga del muro. Sólo un día después entendería que estaba en la base de los Pesh encargados de cuidar la tumba de Mustafá Barzani, héroe nacional kurdo y *alma mater* de la guerrilla de montaña que enfrentó a Saddam. Como el apellido indica (la "i" como sufijo indica gentilicio) Barzani era oriundo de la aldea Barzan, donde me encuentro. Sin querer, y arriado por la lluvia, he dado con el centro espiritual de Kurdistán. Eso se vuelve más obvio cada fin de semana, cuando cientos de automóviles embanderados congestionan la mínima aldea para rendir homenaje al susodicho, por siempre reverenciado por liberar Kurdistán y también por ser enterrado en colinas verdes tapizadas con tan lindas flores silvestres, dando a su pueblo, de yapa, una excusa para el picnic patriótico.

Los Pesh me preguntan si hablo persa, que es un idioma hermano del kurdo, pero el que ignoro por completo por no haber pisado aún suelo iraní. En esas circunstancias no queda otra que pasar al árabe. Estos pesh ejecutan una hospitalidad no verbal. A diferencia de sus pares de los controles carreteros, les importa un bledo a dónde voy, y mi pasaporte no quieren ni verlo. La cena transcurre, *sine qua non*, en el suelo, alrededor de una enorme bandeja circu-

lar. Según la usanza regional, los comensales se sirven de los mismos platos, atenazando los alimentos, en este caso arroz y carne de cabra, con trozos del delgado y sabroso pan árabe. Mientras comemos, la televisión muestra videos caseros en los que los Peshmerga bajan triunfalmente de los Montes Shirin después de que Saddam fuera derrotado en la primera Guerra del Golfo. Esa imaginería es tan profusa en todo el Kurdistán que uno pensaría que los buenos hombres todavía están descendiendo, alegres y embarrados. Como cada uno de ellos haya adquirido algo de sabiduría allá en la cima, cual Zaratustra, no hay duda de que estamos ante el surgimiento de una nación de iluminados.

Patos embalsamados, el primo del presidente y los exiliados

Como siempre, las anécdotas se cosechan en desvíos involuntarios, en coordenadas totalmente laterales a los planes originales. (Y me tienta aquí arriesgar que acaso esta constante sea concéntrica de aquella postulada por Acróbatul Drumúrilor en su *Summa Vagabundensis*, de 1516, que trasciende la dimensión de los viajes, y según la cual *la felicidad sucede en los márgenes*). La mañana siguiente doy gracias a los *Pesh* por el alojamiento y la comida y salgo a la ruta, convencido de que me dirijo a Erbil, la capital de Kurdistán. Pero tras diez kilómetros de ruta me llama la atención un edificio de dos plantas y revoque marmolado. Al entrar descubro que es una biblioteca financiada por la Fundación Lovebridge, y trabo amistad con su director, Serbest Barzani, quien viene a ser, según sus propias palabras, primo de Mesut Barzani, el presidente de la Región Autónoma de Kurdistán. Claro que los Barzani son una tribu kurda compuesta por, al menos, ocho mil "primos", pero con el tiempo comprobaría que no estaba tratando justamente

con un pariente lejano. Como un flash me vuelve la imagen de mi ingreso noctámbulo en Irak. Entonces, echado a suerte por mi propia improvisación, no podía imaginarme que iba a conocer al primo del presidente.

Serbest me pasea por el edificio anticipándose a abrir cada puerta como si yo tuviera alergia a los picaportes. Si por error lo olvida o me adelanto, pide disculpas: *Sorry Mister Juan!* La biblioteca. Serbest se detiene a nombrar con ademanes de elfo el contenido de cada estante de la extensa biblioteca, que parece concebida para una pequeña ciudad más que para una aldea. En la sala de lectura es obvio que hemos interrumpido el chismerío de los empleados, quienes tienen poco para hacer porque nadie consulta los diez mil volúmenes que más bien parecen estar añejándose como vinos en una bodega. Sobre una de las estanterías hay un pato mal disecado y con las alas abiertas en inútil fuga (*Vino de Irán* – advierte Serbest) y un perro de la calle, incomprensiblemente disecado por alguien con una urgente necesidad de disecar pero poca variedad para elegir. Así, mientras comparte el destino de los faraones, el pichicho muestra los dientes a toda la sala. Buena invitación a la lectura. Serbest continúa el *tour* de la biblioteca, pero no entiende que es él sobre quien mi interés hace foco. Finalizada la visita guiada me invita a quedarme un día con su familia, en la aldea de Barzan, a doscientos metros del "maker" donde durmiera ayer.

Serbest eligió la parte más alta de la colina para construir su casa. Buena posición para defenderse de un embate enemigo, supongo. Mientras la sombra de su mujer arrima la bandeja del té hasta donde la costumbre se lo permite, suena el celular de Serbest. Lectores españoles, no hay ningún camión de la policía en la sala, en Argentina llamamos celular al teléfono móvil. Echa un vistazo a la pantalla, reconoce el número y sonríe. *Tak?* Como si el titirite-

ro detrás de las nubes se hubiera vuelto loco, el diálogo sigue en danés. No me queda más que aceptar que Serbest, quien habla un inglés fluctuante, habla fluidamente danés. Cinco años de exilio político en Copenague resultan ser la piedra de Roseta que da sentido al episodio.

Desde el otro teléfono habla Maher, quien no está llamando desde Dinamarca, como uno esperaría, sino desde Erbil, a cien kilómetros de distancia. En la tierra de las galletitas de manteca, Maher y Serbest eran amigos y coexiliados. Cuando lo interrogo sobre los motivos del exilio, se para y descuelga del muro una fotografía familiar. De los veinte hombres posando estoicamente en pantalones holgados embutidos en sus botas, sólo reconozco al ubicuo Mustafá Barzani, creador del KDP. El dedo de Serbest se posa sobre cada retratado sólo el tiempo suficiente para pronunciar la frase *Asesinado por Saddam*, y son muy pocos los rostros que saltea. Aun cuando el apellido parece significar para él sobretodo un estorbo, no caben dudas de que se hubiera unido al difunto rostrario.   Queda igualmente claro que los exiliados repatriados son un grupo numeroso en la demografía kurda. De alguna manera, todo en Kurdistán está regresando; los refugiados políticos, desde los países escandinavos; los Pesh, desde su vida ilegal en las alturas. La adición de un vuelo directo semanal entre Copenague y Erbil motoriza la implosión que lentamente revierte décadas de éxodo unidireccional.

Antes de conocer a Serbest ya relacionaba a Copenague con el exilio. Fue Claudio, un argentino escapado de nuestra última dictadura, quien me alojó en la ciudad. Lo recuerdo pensativo, algo encorvado, con su barba canosa desprolija y su bicicleta color antióxido. En su casa terminé la edición de mi librillo anterior, "Armonía del Caos", cuya venta ambulante va financiando parte de mi viaje por Asia. En los 70´ Claudio había sido un idealista. Con la llegada de las botas se había ido a Brasil, dónde abrió una fábrica de

hojotas y llaveros de goma. Un día unos policías lo sorprendieron en la esquina de su casa fumándose uno, y el pobre Claudio tuvo que elegir entre ser repatriado a Argentina o pedir asilo en Europa. Dinamarca había cometido la hermosa imprudencia de aceptar a ese loco lindo, quien desde entonces se dejó mantener por el mismo sistema que una vez había cerrado su fábrica de hojotas. *El departamento es pequeño, pero lo paga el estado danés, igual que la comida que está en la heladera y esta cerveza que te invito* - me había dicho al entrar en el caótico ambiente. Claudio, al revés que Serbest, jamás regresaría a su país. Un artesano de Quilmes, Buenos Aires, que había vivido en Copenague y a quien yo conocería en India meses después del encuentro con Serbest, me contaría de su muerte. Perdone el lector esta digresión que para mí es un humilde homenaje.

La cena ha llegado y no he perdido el apetito, pero venimos hablando de muertos, de la operación Anfals dirigida por Alí "Químico" contra su pueblo, y de cómo árabes y kurdos transportaron su mutua exclusión territorial a los campos de refugiados en Europa donde todos esperaban la aprobación de su pedido de asilo político. Y ponerme a hablar de lo rica que está la comida me parece desubicado. Con lo que ha vivido, cuesta creer que Serbest relate los hechos con la misma moderación con que relataba el contenido de los estantes de la biblioteca. Musulmán por contexto, con su atavío regional y turbante, Serbest se alinea por momentos con un perfil más universal. Incluso se le escapa una frase de Krishnamurti: *Mister Juan, quizás ahora estás pensando qué harás la semana que viene, o cuando regreses a tu país, pero cuando dejes de pensar, sólo entonces, todo el mundo estará delante de tus ojos.* Y es como si mis vértebras hicieran *crack.*

Después de la cena, Serbest me sugiere visitar a Maher en Erbil, quien puede hospedarme. Acepto, porque siempre degusté explo-

rar las concatenaciones de personas y contactos que afloran en los viajes, pero a este punto me planteo dos lecturas posibles del curso actual de los eventos.

La primera lectura es la más simplista y la que sin dudas querría aceptar: que la sospechosa frecuencia con que miembros de la Peshmerga me han ayudado ha sido sólo coincidencia, que Serbest es un buen tipo cuya lírica hospitalidad sólo quiere reconfortarme en su país, y por eso me encomienda a su amigo Maher en Erbil, donde de otra manera estaría un tanto perdido. Después de todo, si hubo algún seguimiento de mi recorrido por parte de los Pesh, acaso coordinado por los oficiales del control carretero a la salida de Zakho, este se perdió en Barzan, porque aunque allí se me sugirió que visitara a los Pesh del famoso *maker*, estos me dejaron ir a la mañana siguiente despreocupados, por lo que a Serbest no lo hubiera conocido jamás si mi curiosidad no me hubiera llevado dentro de la biblioteca de Belle.

La otra lectura posible es más compleja, un tanto más paranoica, y no menos plausible. Esta lectura acepta que la gran cantidad de Pesh que me llevaron haciendo autostop se debió probablemente a que los miembros del partido tienen mejores finanzas que el promedio y por ende más automóviles, pero duda de las filantrópicas intenciones de Serbest, quien entonces sería sólo un buen orador de la dinastía Barzani. Así ordenado el tablero, Serbest me estaría enviando con su amigo Maher para que éste, ante todo, se asegure que vea el lado rosa de la realidad. Es relevante saber que Maher también trabaja para el KDP en el área de información. Analizándolo, ¿qué mejor para un régimen emergente que agradar a los visitantes extranjeros que trabajan en los medios?

En el momento desecho esta opción, pero casi un año después encontraría en Tailandia a unos kurdos de Erbil exiliados en Lon-

dres, y ellos me contarían algunos detalles más de la familia Barzani. Según ellos, me había estado codeando con un *top mafia.* En 1995, los Barzani habrían aparentemente recibido ayuda del mayor enemigo de los kurdos, Saddam Hussein, para desalojar de Erbil a la Unión Patriótica de Kurdistán, que se había apoderado de la ciudad. Es decir, kurdos contra kurdos. Como contrapartida por el apoyo logístico los Barzani enviaron cargas de alimentos hacia el sur árabe del país, mientras que en el propio Kurdistán había déficit alimentario. Eso llevó a levantamientos en Zakho, donde Serbest y sus hombres armados habrían intervenido para proteger los camiones que llevaban las provisiones hacia Bagdad. *¿Crees en los lobos vegetarianos?* - me preguntarían los kurdos en Tailandia, refiriéndose a la incompatibilidad entre clase política y clase decente.

Relájate como si estuvieras en Cristiania

Como de todas maneras no tengo nada que ocultarle al KDP ni al emergente Kurdistán, acepto la invitación de Serbest de visitar a su amigo Maher en Erbil, o Hewler, como llaman los kurdos a su capital, y a la mañana siguiente salgo a dedo hacia allí. La despedida con Serbest es difícil. Puede que haya cometido, o no, según las fuentes, abusos de poder en el pasado, pero en el presente hemos trabado cierta amistad, evidenciada por cierta contorsión de las caras que en el adiós vedan acaso una lágrima. He acordado encontrar a Maher en el Sheraton de la ciudad, donde contratistas americanos de traje negro rozan hombros con jeques del petróleo de túnica blanca, un curioso pacto en el ajedrez, custodiado por los guardaespaldas de ambos lados, que susurran misteriosas instrucciones en voz baja al cuello de sus camisas. Cuando me acerco a los controles de seguridad con mi mochila de ochenta li-

tros repleta más allá de toda misericordia, soy perfectamente conciente de que me asemejo a la ilustración que las enciclopedias deben tener de los hombres bomba. El guardia de seguridad piensa lo mismo, y me palpa hasta el apellido. Para describir la atmósfera debería contar que un cartel pide amablemente "Por favor deje sus armas en recepción" Maher descubre fácilmente al autostopista entre la aristocracia de posguerra.

Pronto estamos rodando por la ciudad. Maher navega el caos urbano de Erbil con modales de tránsito de Copenhague. Cuando se vuelve blanco de todas las bocinas insulta en rumano. *¿Y eso?* – pregunto. *¡Cuatro años en Cluj Napoca, Rumania!* – responde con el orgullo de quien ha coleccionado exilios. La ciudad refleja mejor que nada no sólo la reactivación económica del norte de Irak, sino también la voluntad de existir de la nación kurda. La postal recuerda a Berlín en la década del 90, un muñeco de trapo zurcido a diario por un batallón de grúas amarillas. Nada es, todo está siendo. Ningún edificio está completo. Barrios enteros son construidos para ser entregados gratuitamente (aunque ya hay denuncias de que muchos especuladores que tienen una primera casa están en lista de espera) Por supuesto, nada de esto sería posible sin el dinero del nuevo aliado norteamericano. En todo caso, facilidades que en tiempos de Saddam sólo podrían ser soñadas, ahora crecen como hongos. Piletas de natación, escuelas de música, centros de rehabilitación para víctimas de las minas anti-personales. *Es la primera vez que los kurdos vemos construcción* –se emociona Maher- *antes sólo conocíamos cómo se destruía algo. ¡No lo podemos creer!* A pesar del entusiasmo hay mucho para hacer: Kurdistán es energéticamente dependiente. Los precios de la gasolina son altos porque no hay refinerías: deben vender el petróleo crudo a Turquía y luego volver a comprarlo como combustible. La electricidad va y viene: Erbil es un arbolito de navidad.

Atardece en Erbil. Maher espera visitas. Cuando llaman a la puerta hago un torpe intento de ponerme de pie, derramando mi lata de cerveza. *Escabius interruptus.* Beber no está prohibido en Kurdistán, pero sí mal visto socialmente dependiendo del círculo en que uno se mueva. Así, muchos optan por beber en sus casas. Ante la cerveza derramada, Maher me sorprende: *¡relájate como si estuvieras en Cristiania!* Que alguien en Irak esté nombrando la famosa comuna autónoma danesa no es tan curioso como que alguien haya dejado a los hippies para habitar una provincia que intenta retener la paz en un país catapultado hacia la guerra civil.

Tres golpes a la puerta, uno por cada embigotado amigo de Maher que entra a la casa. Son kurdos de Diyarbakir, Turquía, activistas del PSK (Partido Socialista de Kurdistán) apostados en Erbil en alguna misión de inteligencia. Uno de ellos, Kutlu, habla algo de inglés:

- Bien, ¿dónde aprendiste? ¿en la escuela? – pregunto.
- No, cinco años en la prisión de Diyarbakir, tenía tiempo…

Fue Wilde quien dijo que todo amuramiento paradójicamente conduce a una extensión de la visión. Es ciertamente el caso de Kutlu, quien en su tiempo tras las barras ha leído buena parte de la literatura universal e incluso ha tenido tiempo de encontrar al poeta dentro suyo, un poco como los personajes de Jack Kerouac. Manteniendo en alto la lata de cerveza turca "Efes" suelta unos versos en kurdo, que Maher traduce: *Aunque con ellos he visto morir a mi padre y a mi hermano, estos ojos pueden descansar cuando te alcanzan.*

Sólo la palabra *estigma* viene a mi mente. Después de que las armas hayan silenciado su sentencia, ¿cuánto deberemos esperar hasta poder decir definitivamente adiós a ellas? Adiós a las armas,

pero también a la memoria del arma, al arma en las banderas y en los monumentos, a las armas en los poemas y en los dibujos de nuestros hijos.

Kutlu respondería al tema con un poema de media página, pero mi intención, después de enterarme de que Maher trabaja en un ministerio, es saber lo que la gente que está en el gobierno piensa del tema. Maher lleva toda la tarde intentando contactarse telefónicamente con el Dr. Kemal, el vicepresidente del parlamento kurdo. A las 10 p.m., cuando la cerveza está comenzando a hacer efecto, el teléfono suena. *Para vos, el vicepresidente* - sonríe Maher.

Haciendo dedo dentro del Parlamento Kurdo

Acompañado por Maher, la mañana siguiente camino a través del vallado de seguridad del Parlamento de Kurdistán. Como el Sheraton, está acordonado por muros de contención de tres metros de altura, para los coches bomba. Hay tantas instalaciones en esas condiciones que el gobierno, en un psicodélico intento de alegrar la ciudad, ha ordenado a todos los muralistas lanzarse a pintar coloridos paisajes y animalitos sobre los muros. ¿La negación de la realidad como el primer paso para cambiarla? Al menos uno no tiene la constante impresión de estar paseando por Leningrado en 1944. Por el contrario, uno diría que el parlamento es un jardín de infantes.

El Parlamento de Kurdistán, o "Kurdistan National Assembly", según el cartel que lo anuncia, inauguró sesión en 1992, pero sólo a partir de la caída definitiva de Saddam empezó a ejercer algo más que presión sobre la corteza terrestre. El edificio en sí es de una

parca arquitectura que en Europa sería más afín a un edificio corporativo cualquiera. Un grupo de sofás aún sellados en nylon espera en una de las puertas laterales, otro indicador de que en Kurdistán todo está llegando. Una vez dentro, dos tiesos centinelas vestidos anacrónicamente hacen guardia junto a un retrato enorme de Mustafá Barzani. *¡Como en el Parlamento Danés!*- exclama Maher con ese orgullo cruzado propio de los que alguna vez emigraron. Mientras que las distintas instancias burocráticas se preparan para recibirnos tengo tiempo de darme una vuelta por el gran hall central, y descubro con interés una vitrina en la que se guardan regalos oficiales. En ella brilla una bandeja plateada rectangular con la bandera catalana, entre otras muestras de solidaridad de otras regiones autónomas del mundo. La bandejita de plata fue un puente hacia el recuerdo de los murales políticos del oeste de Belfast, en Irlanda del Norte, donde además de ilustrar a Bobby Sands y a los íconos de la propia lucha los republicanos irlandeses celebran a otras gestas independentistas, como la palestina, la vasca y la catalana. Mientras intentaba recordar algún mural dedicado a la lucha de los kurdos, Maher me llama.

El asesor de información del presidente es un hombre bajo, calvo y de bigotes que parecen una planta a la que se le ha retirado el cuidado. Mme extiende la mano y me pide que lo acompañe a su despacho, donde esperaré la llegada del Dr.Kemal. Seguramente alguna secretaria le ha explicado brevemente que se trata de un viajero y por lo tanto me pregunta cómo viajo. La respuesta lo va a sorprender, porque en Kurdistán "a dedo" no es mucho más significativo que responder "¡con el hombro!". Ante el misterio de mi respuesta, me pide una demostración práctica, y es entonces que tiene lugar un episodio bizarro, porque de algún pasillo ha llegado una cámara de "Kurdistán TV", por lo que no sólo me encuentro de pronto haciéndole dedo a autos imaginarios dentro del Parlamento de Kurdistán, sino también dando sin dudas la prime-

ra lección televisiva de autostop en Irak. Pongo en escena diferentes maneras de hacer autostop según la región: el pulgar para Europa Occidental, la palma de la mano en alto, al estilo ruso, o el índice mostrando la dirección en Irán, donde levantar el pulgar es un insulto. En ese momento recuerdo que con Javier Navarlatz, otro viajero argentino, decíamos que la palabra *mudra*, utilizada en Oriente especialmente por budistas y yoghis para referirse a una posición de la mano que canaliza la energía de una intención, se podría aplicar también al pulgar extendido en la ruta al hacer dedo, al menos cuando uno es conciente que además de pedir a los autos que se detengan uno está tirando los dados, ofrendando la propia capacidad de sorpresa, la propia intención de *no intención* al flujo bravo del cosmos con momentáneo cuello de botella en la ruta numerada y concreta. Claro que lográbamos que algunos nos pusieran sin perdón la etiqueta de místicos. Volviendo a mis dos minutos de autostop dentro del parlamento, es uno de esos momentos delicadamente absurdos gracias a los cuales uno luego puede tolerar la boleta de luz y la corbata. En el noticiero de las 9 p.m. me vería en la pantalla chica, haciendo dedo con el extravagante mobiliario del asesor del presidente como inusual fondo de ruta.

El vicepresidente y el vagabundo

Después de algunas formalidades somos escoltados a la oficina del Dr.Kemal, el vicepresidente del parlamento, quien me da un apretón con sus enormes manos marcadas por cicatrices, souvenir de sus años como partisano en las montañas. Fueron esas y otras heridas las que lo llevaron a pedir asilo para curarse en Austria. Tal eclipse de experiencia de guerrilla y de exilio es frecuente en aquellos que hoy ocupan puestos relevantes en el escalafón polí-

tico kurdo. Como en la Alemania de la primera posguerra, algo que los sociólogos llamaron *fronterlebnis* (experiencia del frente) parece actuar como la costura invisible en la sociedad kurda. La ilusión de que las tragedias compartidas llevan necesariamente a metas compartidas ha resultado en una verdadera confianza, al menos de la mayoría, en una clase política que antes de ocupar un asiento en el parlamento ha puesto literalmente el cuerpo. Como en cualquier otra parte, en Kurdistán también, la ilusión es el principal ingrediente de la realidad.

Cuando se le pregunta sobre cómo transitar de una sociedad de guerrilleros de montaña a una civil, el Dr. Kemal considera necesario darme una breve lección de historia. *Por dos milenios, los únicos amigos de los kurdos han sido las montañas* - sentencia. Y detalla cómo en cada período histórico los kurdos han sido el grano en el culo de distintos imperios, siempre privados de la chance de formar su propio estado. Después de cada era histórica el Dr. Kemal da un sorbo a ojos cerrados de un vaso con agua, como atragantado con algún siglo.

Su argumento sugiere que la desmilitarización está aún detrás del horizonte, sobretodo estando formalmente dentro de un país tan volátil como Irak. Hay que conceder el punto: no hay otra manera para mantener a raya el odio racial de ciertos sectores aún ligados al aparato militar del viejo régimen de Saddam. Digamos que una estrategia a lo Gandhi resultaría en olas de atentados y masacres. Hablemos entonces de la perspectiva de futuro. Rodeado de estados policiales como Siria, Egipto e Irán ¿es posible desarrollar una democracia? ¿Hay alguna posibilidad de evitar el modelo regional? Le dejo saber que, a los ojos del visitante, la manera automática en que la vacante dejada por los retratos de Saddam ha sido reemplazada por aquellos de Barzani no es un signo promisorio. La cara del Dr. Kemal se vuelve roja, parece que he

tocado un tema tabú. Por primera vez su sonrisa hacia mí parece sospechosa. Esta vez espero de él algo más que una respuesta romántica, ese lugar común del discurso político. Tal vez incluso espero una sincera referencia a la herencia común de la región, el culto a los presidentes y caudillos, que es aquí aún más acentuado que en Latinoamérica. Pero su respuesta es tan desafiante como ingenua:

- El agua dulce que el resto de Irak bebe proviene de las montañas aquí en el norte. Algún día, esperamos, la democracia también fluirá desde aquí hacia nuestros vecinos.

La profecía del Dr. Kemal no se va a cumplir fácilmente, pues el régimen de Saddam premiaba económicamente a familias árabes del sur con intenciones de instalarse en ciudades tradicionales kurdas como Kirkuk y Mosul. La mezcla étnica, hoy, hace estas ciudades ingobernables. En Kirkuk, sólo el 40% de la población es kurda; en Mosul, el río Tigris divide el territorio árabe, al sur, y el kurdo, al norte, como si fuera la única barrera que evita el enfrentamiento entre ambos. Lo que no evita, claro, que una granada de mano ruede por el piso de la casa de un juez, o que un coche bomba explote en el mercado. Panorama: Jerusalén. La estrategia del gobierno para calmar los ánimos es compensar a las mismas familias a las que Saddam pagó para que se instalasen en la zona kurda para que regresen al sur.

Mientras la historia pospone siempre las respuestas, es tiempo para mí de abandonar Irak. El tiempo corre y las visas iraní y afgana están ya en mi pasaporte, con fecha de vencimiento. Ya en Turquía, camino a Irán, tengo la sensación de haber pasado diez días habitando las viñetas de un libro de historia. A diferencia de antes, los iraquíes ya no son para mí el titular de un periódico, el objeto de una estadística o cualquier otro ente abstracto. Son rostros diná-

micos en la memoria que los evoca, y en algunos casos, amigos. ¿Cómo será la vida para ellos, para los ancianos que jugaban a las damas en Zakho, para los trabajadores de Mosul que me aconsejaban con materna preocupación que no visitara su peligrosa ciudad, o para Serbest? Como todas las persona conocidas fugazmente en viajes, hay poca probabilidad de volver a verlos. El agravante es saber que viven en una zona del mundo donde imperios globales y villanos del barrio han sincronizado sus horas del crimen. Habrá que dejar de pensar. O recordar el panteón guaraní y su flor del Irupé.

Piruetas en el Kurdistán Iraquí



Mi primer conductor en Irak. Zakho.



Los Peshmerga del "maker". Barzan.



Serbest buscando Sudamérica.



Autostop dentro del Parlamento Kurdo



El exceso de patriotismo. Erbil



Escena cotidiana. Erbil.



Un Rock para el Ayatolá

"La gente está cansada, los artistas están más cansados"

(Zohra, una chica punk de Teherán)

Las montañas y la palma del dandy

Hablar sobre Irán implica desmantelar un estereotipo. La imagen de Irán que en los últimos treinta años nos ha llegado a través de los medios es tan veraz como limitada. Mullahs (líderes religiosos chiítas) dirigiéndose febrilmente a las masas, mujeres cubiertas de pies a cabeza con su *chador* negro apretado entre los dientes, furibundos estudiantes de teología quemando banderas norteamericanas. Todas fracciones de la realidad bajo la óptica de un *zoom* interesado, repetidas con la frecuencia requerida para convencer a la audiencia promedio de que Irán es un país habitado por gente hostil y desalmada.

Especialmente después del 11-S, cualquier emblema del Islam automáticamente genera rechazo y al mismo tiempo bloquea la perspectiva sobre la imagen completa. ¿Quién sufre en Irán, y por qué? Son preguntas que normalmente no se hacen. Pareciera que Estados Unidos e Israel fueran los únicos damnificados del régimen iraní. El gobierno de este país intenta reemplazar un cliché con otro, y hace circular otra rodaja de la realidad: Irán se vuelve en-

tonces una tierra de ruiseñores y hombres que se llevan la mano al pecho y te invitan a tomar una taza de *chay* (te).

Quizás soy yo mismo portador de ambas caricaturas mientras dejo la parada de camiones en Doguzbayazit, Turquía, donde he pasado la noche, rumbo a Irán. En viaje entre Irak e Irán cruzo el frío oriente de Turquía prácticamente en un solo tramo, en el moderno Volvo de un camionero de Mardin. Bajo una fuerte nevada que hace invisible el Monte Ararat, freno una Ford Transit que se dirige a la frontera. Entrar en Irán a dedo puede sonar como un escenario improbable, pero fue una senda con mucha huella, abierta por los hippies en los años sesenta, en su camino por tierra a India, y ahora apenas salvada de la maleza del olvido por un precario flujo de dedicados autostopistas y ciclistas que se resisten a trocar el *charm* de la distancia por el atajo de las aerolíneas.

La frontera entre Turquía e Irán consiste, materialmente, en una reja corrediza. Es un pasaje tan inmediato que, pensando que simplemente entraba en otra instancia de la burocracia fronteriza turca, saludo en turco al iraní que me abre la puerta, pero no se molesta demasiado. El oficial iraní encargado de obliterar mi pasaporte, al ver las visas para Afganistán y Pakistán ya listas en mi documento, me pregunta: *¿Hasta cuándo viajarás?* Fue otro persa, Rumi, el poeta que ante la misma pregunta cierta vez respondió: *Hasta que me detengas.* Pero por miedo a un malentendido me quedo en el molde y respondo otra cosa.

Soy a continuación acompañado a una Oficina de (vigilancia del) Turismo, donde un hombre con lentes que habla inglés con una cadencia amanerada me pregunta qué opino sobre el derecho de Irán a producir energía nuclear. En esos días el asunto estaba en los titulares, el presidente iraní Ahmedinajad insistía en que sólo querían enriquecer uranio para suplir el déficit energético, pero a

seguido decía que el Estado de Israel tenía que desaparecer de los mapas y Washington ordenaba entonces todo tipo de inspecciones que los iraníes jamás consentían. Respondo un *por supuesto* poco reflexionado pero muy oportuno, de manera que el hombre de lentes salta de alegría y me señala la salida sin más interrogatorios. Irán, durante tiempo un nombre misterioso, ahora está ahí afuera, sólo tengo que salir y explorarlo.

Entre los cardúmenes de Paykan (hasta hace poco el único modelo de automóvil producido en Irán) que se lanzan en picada sobre mí al grito de *¿taxi?,* el conductor de un 206 que entiende mis intenciones se detiene. Amin es el chofer del gerente de Nokia de Tabriz, viste una impecable camisa blanca, y está aprendiendo inglés. Cuando un perro cruza la ruta, Amin dice: *His name is dog!* Pago mis kilómetros con lecciones de gramática intensiva hasta que al fin llegamos a un *A dog is crossing the road.* Hemos dejado atrás la nevada, pero el horizonte es un *continuum* de montañas cubiertas de blanco. Sus últimos pliegos se confunden con las primeras nubes, formando un limbo albeo que contrasta violentamente con el azul del cielo y con el árido sepia incultivado de los entornos más inmediatos. ¡Estoy sorprendidísimo! Siempre pensé que Irán era puro desierto, y aunque hay cierta vacuidad en el paisaje, estamos rodeados de montañas nevadas, la primera sorpresa de Irán. Llegamos a Tabriz rápidamente. Y me doy cuenta que las montañas, como siempre, me llaman…

Sentado en una plaza de Tabriz, mis intentos de causar la hospitalidad local me acercan a estudiantes universitarios ávidos de conocer mi impresión de su país. Preguntan con alegría y orgullo, saben de antemano que Tabriz, con su perfumada y engalanada ciudadanía paseando por arbolados bulevares, ofrece el máximo contraste posible con las expectativas de más de un visitante. El doble filo es que muchos viajeros, enternecidos por el ritmo pastoral de

vida y la docilidad del ambiente, compran a la primera oferta la versión oficial: Irán no tiene problemas, sólo un complot internacional en su contra. La segunda parte es verdad, pero una navegación exitosa de la realidad iraní requiere perforar la paz y reconstruir los gritos silenciados. Esa noche acampo en una plaza…

El paso más obvio desde Tabriz sería avanzar hacia Teherán, la capital del país, decamillonaria en almas, pero siento el impulso de salirme del mapa y empezar mi aventura persa en las pequeñas aldeas de la provincia de Azerbaiyán, olvidada por cartógrafos y gobiernos. La selección azarosa de pueblos fuera de las rutas mas obvias siempre fue mi *approach* a la hora de abarcar un territorio. Ahora, este ímpetu me lleva a la mencionada provincia, a tiro de piedra de la república independiente homónima. Al nativo de estas tierras se lo llama *azeri*, y su lengua está emparentada con el turco antiguo. Los picos nevados en el horizonte se amplifican tras cada curva de la ruta que, después de Hurond –la última aldea mapeada- pierde el asfalto y gambetea pueblos de adobe que anidan en las laderas.

Tres días vagabundeando en las rutas de tierra, saltando a motocicletas y tractores, dando materia de conversación en aldeas donde los hombres caminan por las calles como cofradías dedicadas a descubrir piruetas vistosas con sus collares de oración, mientras las mujeres permanecen en sus casas barriendo y planchando. La presencia de un caminante es motivo de dicha en un país donde se cultiva la hospitalidad como una virtud. Pero claro, les cuesta entender mis motivos para estar tan lejos de mi casa y mi familia si no estoy en viaje de negocios. Es que a lo largo de la historia de la región los viajes siempre fueron pragmáticos, y tuvieron que ver con caravanas y expediciones comerciales, no con el crecimiento espiritual. Mi persa no es lo suficientemente bueno como para explicarles que de donde vengo la gente no se va de viaje de nego-

cios con una mochila al hombro, sino que vuelan en primera clase y se alojan en suites.

Cada hombre que me lleva a su aldea en moto (Caspian 125) o tractor (ITMC: *Iran Tractor Manufacturing Company*), enseguida me contacta con otra persona que en su moto o tractor está viajando hacia la aldea siguiente. Toda esta gente, a la que no conozco, convierte mi progreso en su misión. Siempre sonríen, y cuando intento agradecerles, con un *motashekur* lo mejor pronunciado posible, se llevan la mano al pecho y bajan la cabeza y algunos hasta se emocionan. Me hacen tragar saliva, pues me tratan como un familiar exiliado que regresa al terruño. Sin embargo hay algo que me llama la atención, y es que los iraníes, y los musulmanes en general, no parecen ser concientes de lo hospitalarios que son. Así, el hombre que me lleva en su tractor hasta Rahimbeg se detiene en el acceso al poblado, estupefacto, porque pienso quedarme en una aldea donde no conozco a nadie. A esta altura ya estoy seguro que en la aldea encontraré gente amistosa que muy probablemente me ofrecerá alojamiento, y que lo peor que podría sucederme es tener que arma mi carpa. Pero este hombre enciende un cigarrillo y mira desconsolado el precipicio desde la curva donde ha estacionado su tractor. Está preocupado por mí, como si estuviera a punto de saltar al precipicio en lugar de entrar a la aldea. Finalmente se sonríe, invoca la protección divina con un *¡Allah Akbar!,* y se despide.

En una de las aldeas mi estadía coincide con la celebración del novruz, o año nuevo persa, exactamente el año 1385. La familia de Iraj, un jóven maestro de inglés, me adopta por esa noche tan especial. Sobre la alfombra, en un sitio preferencial, hay un cuadro con versos del Corán y, delante del mismo, toda una serie de objetos que parecen reunidos allí sólo por el capricho de un loco. Hay manzanas, te, y platos con caramelos, lo que podría interpre-

tarse como una ofrenda, pero también hay una fuente llena de agua con dos monedas en el fondo y una bandeja con césped vivo con tierra y todo, que al día siguiente, según la tradición, se botará. A las doce, estamos todos en la calle saltando sobre una fogata, y empiezo a entender que la secta chiíta del Islam conserva muchos elementos del Zoroastrismo. Intento ser un huésped entretenido, y no dejo de referir historias graciosas, sobretodo ahora que ha aparecido alguien que habla inglés y puede traducirlas a una audiencia *impromptu* que se ha acercado a la casa de mi anfitrión. Uno de los granjeros del pueblo es un autodidacta. Ha estudiado historia universal, y ante mi inmensa sorpresa, me deja saber que ha leído sobre Simón Bolívar. El tópico de la charla ha virado hacia la política. Y aquí también, por enésima vez, debo decir que me parece bárbaro que Irán enriquezca uranio, plutonio, u orégano.



Es lo que quieren escuchar. No puedo creer lo preocupada que está la gente de una aldea que produce trigo por las tensiones internacionales alrededor de la política nuclear de Teherán, más aún cuando ellos mismos se quejan de que el gobierno central tiene a sus aldeas en completo abandono.

Ninguna de las aldeas me deja seguir sin darme una vianda para el viaje, con frutas, pan, huevos duros, pistacho o aceitunas, y los paquetes se van acumulando en La Maga porque cada aldea va colaborando. De esta manera, cuando el pavimento reaparece en Qareh Agaj, las manzanas apenas me dejan cerrar la mochila. Estas montañas dan calidez a sus habitantes de la misma manera en que la palma del dandy atempera una copa de coñac. Camino de Teherán me quedo una noche en Ardabil, ciudad septentrional afamada por sus alfombras. Después de exponerme a la hospitalidad de media docena de aldeas azerís puedo apreciar la privacidad de una húmeda *mozaferkhune* sin ducha.

Teherán: un himno a las cosas que faltan

Son 700 km desde Ardabil a Teherán, que en números son seis Paykan, dos camiones Mercedes, un Kia Pride y el Peugeot 206 de un ingeniero en sistemas de circuito cerrado. Tiempo de espera promedio: doce minutos. Una de las primeras sensaciones de las que acuso recibo en Teherán, apadrinada por la homogeneidad de su parque automotor, es la de estar en la capital de alguna ex república soviética. Ocasionalmente, un Chevrolet Camaro o Buick desfila con andar de lancha por alguna de las avenidas, testigos históricos en *offside* de la época en que el Irán del Shah Palavi y Estados Unidos eran buenos amigos. Como en La Havana o Damasco, estos automóviles siguen rodando, lustrados y restaurados, no

sin incurrir en una estética que para el régimen actual debería ser políticamente incorrecta.

En el centro de Teherán está la plaza Emam Khomeini, que es más o menos el nombre que tienen todas las plazas iraníes desde el día de la Revolución Islámica, una colección de edificios gubernamentales sin alma que parecen un *tetris* mal armado. En el techo del Ministerio de Comunicaciones, antenas parabólicas de todo diámetro resumen el folclore de un régimen policial, mientras a doscientos metros de allí, en las escaleras del subterráneo, se compra y vende heroína. En un teléfono público marco el número de Zohra, que es mi contacto en Teherán y miembro de *Hospitality Club*, el sistema de intercambio gratuito de alojamiento que uso en todo el mundo. Aunque nunca uso hoteles en las grandes ciudades, especialmente en la compleja Teherán tiene sentido conocer a la gente local que pueda explicarte lo que está pasando en la calle y no sólo la historia de los monumentos.

El taxi en el que me pasa a buscar Zohra no es un taxi, sino un tobogán que me abduce de la legalidad de la Plaza Emam Khomeini y me incorpora a un mundo diferente. Estamos en el Café Photo, dentro de un centro comercial en el norte de la ciudad. Mientras el sur de la ciudad es conservador, musulmán devoto, hacinado y, en comparación, pobre, el norte fue un intento del último *Shah* de recrear las reglas del juego en Europa. Consecuentemente, disfruta de anchos bulevares y moderna infraestructura, sus habitantes son más educados y ricos que sus vecinos del sur, y notablemente menos entusiasmados en vivir en una república islámica y castradora.

Zohra integra la tripulación de ese reservorio. Como las otras chicas del café, lleva el *hejab*, esa prenda que cubre el pelo de las mujeres musulmanas y que es obligatorio en Irán, lo más atrás posi-

ble, dejando claramente visible su cabello caoba del que destaca un mechón azul. Zohra juega un poco con uno de sus tres aros y declara:

-La gente está cansada, los artistas están más cansados.

Si en un embate de la imaginación hago abstracción del hejab, la chica que tengo en frente es una punk. Pero es escasamente relevante: lo que la aliena es el simple deseo de llevar una vida normal. Desde la Revolución del ´79 hay pocas diferencias entre las reglas religiosas y las civiles. El *Komiteh*, o policía moral, se encarga de castigar a aquellos que son sorprendidos *in fraganti* bebiendo alcohol o en demostración pública de afecto. Una pareja que se besa sin certificado de matrimonio es buena candidata a una sesión de latigazos, por nombrar una de las cosas que me hacen pensar que si Shakespeare volviera a escribir, ambientaría su *Romeo y Julieta* en Teherán. Hoy día, en comparación, Verona es la tierra de los *teletubbies.* Como es de esperar, mucho sucede entre bambalinas. Volviendo a Shakespeare, él no tardaría en notar que es aquí donde los fantásticos mecanismos de la vida se velan mientras los de la muerte se celebran en murales en frente de escuelas: tanques y helicópteros que recuerdan el conflicto con Irak.

El sueño de Zohra es cantar en un grupo de rock, pero sabe que es imposible. En teoría, una mujer puede subir a un escenario si y sólo si la audiencia está compuesta únicamente por mujeres. Por supuesto que el sentido común es como la vegetación tropical, y siempre se abre paso, no importa qué peluquería ideológica pretenda cercarlo. Así, las reuniones se vuelven furtivas, y la música sucede en silencio. El vodka entra ilegalmente desde Rusia (los locales cuentan orgullosos que hasta se puede elegir la marca) y el opio se desliza en caravanas de camellos adiestrados que, sin sus curadores, cruzan el desierto desde Afganistán, donde es produci-

do. Pero nadie contrabandea sonrisas y eso es evidente. Cualquier amontonamiento espontáneo de gente está prohibido: en el 2005, cuando los iraníes salieron a festejar la inesperada clasificación de su equipo para el mundial de fútbol, podía verse a los policías boquiabiertos esperando la orden de reprimir que, esta vez sensatamente, no fue emitida.

- Falta algo – se lamenta Zohra mientras el Che Guevara nos mira fijo, como queriendo escapar del afiche que lo condena a uno de los muros del Café Photo.

Y los himnos a las cosas que faltan se cantan en voz baja. En ninguna parte como aquí he visto tanta gente hablarse al oído. En Irán, el susurro es un arte. En un país en el que invitar a una chica a salir es un acto de trasgresión, sólo queda eso, la voz baja, los mensajes de texto, y repetirse a uno mismo: es lo que hay.

Noche en Teherán: Bakunin toma etanol con cola

El amigo de un amigo, y así. Alguien confirma, ya entrada la noche, que hay un sofá disponible para mí en alguna parte de Teherán. Otro taxi, esta vez cerca; la dirección es, no me sorprende, en el norte. En Irán, para descubrir no hay que abrir puertas, sino cerrarlas. Suena el timbre, un hombre de pelo largo y barba me da la bienvenida en francés, mientras sonríe con infinita alegría:

- *C'est votre maison…*

Media docena de personas están sentadas sobre la alfombra. Todas ellas, de distintas maneras, son parte de lo que podría llamar-

se la resistencia intelectual invisible de Irán. Mientras que la CNN transmite imágenes de una sociedad homogénea y radicalizada sin oposición interna (que únicamente una intervención extranjera podría corregir) la verdad es que un gran número de iraníes sueña con una sociedad donde el Corán sea sólo un libro. Y ojo que hablo de gente que además de soñar golpea la mesa con el puño. Nada que ver con la aletargada clase media que conocí en Siria y Egipto.

Es mi primera noche en Teherán, y tengo la sensación de que un río subterráneo ruge bajo la capital. Si el Ayatolá no tiene sus pies dormidos, ya debería estar haciéndole cosquillas. Me siento dentro de un cómic, en cualquier momento El *eternauta* entrará por la puerta. La cantidad de información es tal que no sé a quien escuchar primero. Hamid dirige una revista universitaria semi-legal y un sitio de internet feminista. Hasan, el que insiste en hablar en francés (y sonríe con infinita alegría), es un director de teatro que cumple rigurosamente con su visita mensual a la estación de policía, ya sea por llevar el estandarte en alguna marcha o por estar, a secas, en una. Sólo con abrir su boca, Hasan logra darle a toda la reunión un aura de *mayo del 68*. Said y su novia, que están comprometidos con los proscriptos movimientos de izquierda, me dan su versión de los últimos treinta años de historia. La izquierda iraní fue tan responsable del derrocamiento del Shah como el partido islámico de Khomeini, pero luego se vio perseguida y, finalmente, aniquilada por éste. Sus líderes fueron encarcelados y ejecutados de manera metódica en purgas en las que, con frecuencia, facciones opuestas de izquierda cooperaban con el régimen islámico.

Hoy, el asunto ya no es izquierda o de derecha. En el Irán de hoy, la situación para cualquiera que alce la bandera de los derechos humanos, o de la emancipación de la mujer, o de cualquier tendencia laica, es calamitosa. *Para nosotros, esto es una guerra* – de-

clara Said. Le digo que eso me recuerda esa perspectiva de Foucault, según quien la paz muchas veces cristaliza la inequidad y permite una agresión sostenida mucho peor que la guerra abierta.

Cuando escucha la palabra *Foucault*, Hasan rompe el silencio con un extático *Oui!* (Y sonríe con infinita alegría). Sus amigos se quejan de que hubiera respondido con la misma euforia ante cualquier otro bocado de francofonía, sea Foucault, Peugeot, o Gerard Depardieu.

Las sonrisas se acaban cuando Hamid explica lo imposible que es hacer política focalizada, incluso a nivel universitario, sin terminan en prisión. Le pregunto qué piensa de la agenda nuclear iraní. Mientras en los medios occidentales el tema es percibido únicamente como una amenaza a Israel, los disidentes iraníes piensan que tienen tanto o más que temer que el "pueblo elegido" si alguna vez los ayatolás tienen acceso al botón rojo, a la gran patada cósmica teledirigida, al patatús sin retruco.

- Es algo psicológico –piensa Said- el gobierno necesita la bomba para controlar a las generaciones futuras. Ahora, los símbolos de la libertad están en todas partes. Pero tan pronto como tengan la bomba estarán jugando al ajedrez con dos reinas. Y nosotros somos los peones.

La soledad de quienes hoy pelean por la libertad política en Irán me parece absoluta. Incluso los regímenes socialistas sudamericanos como Chávez o Lula, que deberían criticar a un régimen que ha perseguido siempre a la izquierda, son lo suficientemente ingenuos como para demostrar simpatía por el régimen islámico, sólo porque ambos se oponen al imperialismo norteamericano. La presión es tal que los intelectuales han comenzado a migrar hacia el ciberespacio, permitiéndole a Irán tener una de las comunidades

de *bloggers* más grandes del mundo, llamada *Weblogistán*. Por supuesto, Weblogistán también ha comenzado a recibir el embate de la censura. *De hecho, toda la red está filtrada* dice Hamid, y me muestra como al escribir la palabra "mujeres", "BBC", o incluso "diversión", en un buscador emerge el mensaje: "El objeto de la búsqueda está prohibido". Mi pulso queda acelerado.

Suena el timbre, dos de los ítems prohibidos por el Ayatolá ingresan a la casa y se quitan sus *hejab* como si de pronto hubieran descubierto que tienen un gato sobre sus cabezas. Una de ellas saca dos botellas de una bolsa negra. La botella más grande es una gaseosa cola. La etiqueta de la otra dice "Etanol", entre decenas de incomprensibles garabatos en persa. Prohibida la cerveza, el whisky, o cualquier otra bebida alcohólica, no queda otra que beber *Rocket Fuel*, es decir, alcohol puro con cola. No importa que proporciones uno ensaye, el resultado tiene invariablemente gusto a quirófano. Bienvenidos a la noche en la capital de la República Islámica, una ciudad *negativa*, donde sucede (en voz baja) lo que *no está sucediendo*. Sobre la mesa, un billete de dos mil riales con la efigie de Khomeini hace de señalador en un libro de Bakunin. Etanol-cola, Bakunin, Woody Allen, Khomeini. Foucault tenía razón: lo que pasó en Irán después de la revolución islámica forma parte del movimiento posmoderno.

Irán: detrás de los titulares



Montañas nevadas abundan en Irán.



Locales peleándose por ayudar. Hurond.



Hospitalidad al costado del camino.



Las mezquitas de Esfahan.



Noche y pensamiento en Teherán.



Desierto Dasht-e-Kevir.



Un pie en Afganistán

En la ruta del opio

La senda abandonada por los hippies

Concientemente o no, todo viajero evoca una breve plegaria cada vez que calza su mochila al hombro, y pide a la rosa de los vientos que no permita la simetría del otro lado del horizonte. Inversamente, cuando la sorpresa está garantizada, le pide algo de normalidad. Tal es mi caso cuando inicio mi marcha hacia Afganistán.

En los años '60 y del '70, Afganistán era una sección tradicional de la ruta hippie, el peregrinaje por tierra entre Europa e India seguido por miles de jóvenes hastiados de Occidente. Era un buen lugar donde conseguir un hachís muy decente e ir precalentando para la iluminación agendada para India. En esos buenos viejos días, viajar era más un proceso activo que implicaba la exploración del mundo que la pasiva obediencia de una guía de viajes. De regreso a casa, los aventureros hablaban con entusiasmo sobre ese país de gente hospitalaria y paisajes extremos. Dervla Murphy, la irlandesa que en 1963 unió Irlanda con India en bicicleta, sin auspiciantes pero con una nueve milímetros, dedicó su libro a los pueblos de

Afganistán y Pakistán, y describió al primero como una nación de hombres inteligentes y sensibles a la música, la poesía, y la belleza natural. Por entonces Kabul, la capital, tenía su propio mundillo de cafetines frecuentados por la siempre rotante legión de pelilargos visitantes. La Revolución Islámica en Irán y la invasión rusa de Afganistán marcaron el fin de esa era en los tempranos 80s. Cuando Nick Danziger hizo su legendaria jornada en 1984 (retratada en el libro *Beyond Forbidden Lines*) ya era algo retro.

Desde entonces mucha agua ha pasado bajo el puente. Veinticinco años de continuo conflicto - ocupación rusa, fratricidio afgano, fundamentalismo talibán e invasión norteamericano- han tensado hasta la hipérbole los conflictos tribales preexistentes. Al momento de mi visita, el gobierno del presidente Hamid Karzai y las fuerzas de la OTAN se esfuerzan en mantener la paz en medio al *revival* talibán. Aunque logran proveer algo de estabilidad en Kabul, Herat, y las provincias del norte, la mitad meridional del país está bajo casi total control de los talibanes, quienes manejan la industria ilegal del opio y su transformación en heroína. Las autoridades policiales locales, que manejan rústicos jeeps UAZ de fabricación rusa, tienen pocas posibilidades alguna de acechar a los barones de la droga, que se mueven en el último Toyota 4x4. Muchas veces no hay persecuciones, ya que los bajos salarios de la policía alientan el colaboracionismo con la mafia. La resaca de los mencionados conflictos es una sociedad civil librada a su propia suerte, carente de educación y sanidad, y con una economía basada en el opio y la caridad internacional.

Dentro de dos siglos estos eventos parecerán pintorescos y las agencias de turismo alternativo promocionarán la Ruta del Opio de la misma manera que ahora se le da cuerda a la Ruta de la Seda, pero ahora el riesgo de ser tomado como rehén o decapitado es realista, especialmente lejos de los caminos principales. A pesar

de las historias referidas por el famoso autostopista ruso Anton Krotov, que atribuye la mala fama de Afganistán a rumores infundados, comienzo a caminar en Mashhad, la ciudad más oriental de Irán, con expectativa, lean miedo. Me he ahorrado aquí el relato de buena parte del viaje por Irán, junto a Alba, una documentalista catalana de rastas (cuando intentaba cubrir su cabellera con el *hejab* parecía que estaba contrabandeando un pulpo) y Steven, un amigo holandés que había conocido años atrás en Tafí del Valle. Juntos presenciamos un terremoto cerca de Qom, admiramos los puentes de Esfahan y dormimos en la central eléctrica de Shiraz, antes de acampar en el desierto de Dasht-e-Kevir y efectuar el primer transplante de rastas en Irán, en el patio de una mezquita de un pueblo llamado Damghan…

Desde Mashhad, vuelvo a viajar solo. Los primeros dos tramos los hago en motocicletas, que cuando uno hace dedo, al menos en Asia, son muy útiles para salir rápidamente de los suburbios y llegar a la ruta abierta. El último de los conductores transporta una sandía en cada alforja, y debo insistir para no heredar una de ellas. Hospitalidad iraní hasta la mismísima frontera. Al final encuentro a Abdul, quien maneja su viejo Paykan hacia Herat, la primera ciudad del lado afgano, donde vive su madre. A dos kilómetros de la frontera, sin embargo, la policía detiene a Abdul por no tener los papeles de su coche, debo continuar a pie.

Boulevard of broken dreams

Tiempo atrás solía considerar a las fronteras simplemente como sitios donde pasar con prisa. Ahora creo entender que son lugares *per se*, puertas entre fichas de domino, pistas para el amor y el contrabando, el ostracismo y la repatriación, puntos de convergencia

de profetas, mercaderes, taxistas, vendedores de divisas, madres en llanto y oficiales corruptos. En el caso particular de la frontera afgana de Islam Qaleh, este lienzo humano está enmarcado por acoplados de camiones confiscados oxidándose en la banquina.

Viniendo desde Irán, el súbito encuentro con multitudes de hombres con barbas de longitud profética y turbantes haciendo juego es un contraste más que un shock. En los últimos meses he transitado muchas de las variaciones posibles de una sociedad musulmana, y todos los elementos del paisaje ya han sido anticipados por los países precedentes. Una serie tan larga que el primer elemento se le asemeja al siguiente, pero donde el primero y el último difieren completamente. Afganistán es sin dudas el superlativo al final de la línea. Las barbas se vuelven más largas; los desiertos, más grandes. El pobre luce más pobre, los malos caminos se vuelven intransitables. El peligro está más presente; las mujeres, más ausentes. Adiós Medio Oriente, bienvenido a Asia Central, mi primer "stán".

Es relevante recordar lo fácil que había sido obtener la visa afgana en la embajada de Ankara, Turquía. Sin el más mínimo interés en los motivos de mi viaje, el amable cónsul había emitido mi visa en tres días, y con la misma sonrisa había aceptado los treinta dólares por el servicio. Lo que es más había intentado, a su manera, alentar mi visita diciéndome que *no siempre se escuchan disparos cuando uno está en Afganistán.*

Volviendo al presente, mi presencia en la desprolija aduana de dos por dos despierta más sorpresa que preguntas. A través de un afiche en el muro, el Ministro de Defensa de los Estados Unidos (aún) ofrece una millonaria recompensa por pistas sobre Osama Bin Laden. Es tan similar a todos los hombres que van y vienen por todas partes que supongo que se esconde en la abundancia. El oficial ingresa en un ordenador los detalles de mi visa, una oblea de

color verde, y estampa mi pasaporte con un nuevo sello, rojo y triangular. Después de casi un año de viaje, este cuadernillo azul ya está lleno de coloridos polígonos con karma.

Al hacer mis primeros metros en el país, un hombre cuya barba parece una estalactita intenta venderme *afghanis*, la moneda local, pero apenas ofrece cuarenta de ellos por dólar, por lo que sigo caminando. *No problem* dice, y continua alisando su arbórea barba con un peine. Por la banquina, algunos hombres avanzan en sentido contrario empujando carretillas en las que llevan todas sus pertenencias. Al cruzarnos, nuestras vistas coinciden durante ese particular segundo que le toma a dos extraños de culturas distintas el mutuo escrutinio. Hay que ponerle etiquetas conocidas a esa otredad que irrumpe en el mundo rutinario. Estos hombres abandonan el país para intentar refugiarse en Irán, cosa que los afganos vienen haciendo desde hace décadas. Su vista está tan comprometida con su tarea como si estuvieran introduciendo un culto prohibido. Es, a la vez, una expresión que no quisieras ver nunca en otro ser humano. Muchos de ellos terminarán mendigando en las calles de Teherán. El tramo de ruta entre Irán y Afganistán es, con derecho propio, un bulevar de los sueños rotos.

Un cartel lo hace oficial: "Bienvenido a la República Islámica de Afganistán." Son las cinco de la tarde, demasiado tarde para intentar llegar a Herat, que dista ciento veinte kilómetros de mis talones. Decido caminar hasta la aldea de Islam Qaleh y ver qué pasa. Un taxista me ofrece su servicio hasta Herat. *¡Tengo un Corolla!* Lo dice con orgullo y me señala el maletero del auto, que es rural, donde ya hay dos pasajeros apretujados. Afganistán es, hablan los números, el país con menos automóviles per cápita del mundo, uno cada mil. Fuera de la convulsionada frontera, temo que esperar por un vehículo sea como aguardar que una estrella fugaz repita su curso.

Llegada a Afganistán



Refugiados en la frontera.



Niños recolectando chatarra.



Amistosos locales me examinan…



Mis primeros anfitriones. Islam Qaleh



Mujer con burka en las calles de Herat.



Bazar y fortaleza de Herat.

La aceptación del miedo

Camino hacia Islam Qaleh, el pueblito cercano a la frontera, junto a dos niños que transportan una batería de automóvil usada en una carretilla. A seguido, un jeep de la policía de frontera se detiene a mi lado para advertirme que tengo por delante un viaje muy peligroso. No escucho. Quizás debería, pero hasta el momento le doy a Afganistán la oportunidad de revelarse un país seguro, al menos en los caminos principales. Los locales, por ahora, parecen más sorprendidos que hostiles. Cuando me doy media vuelta para salir del comercio de adobe donde he comprado agua mineral, encuentro la superficie de la puerta saturada con caras atónitas como un tatetí terminado en empate.

Un taxista (sí, también conducía un Corolla) que regresa a su casa e intenta acertar un ultimo viaje se apiada de mi falta de techo y me invita a su hogar en Islam Qaleh. El pueblo está hecho de casas de adobe con techos abovedados y mínimas ventanas cual hornos de barro. Hay plena solidaridad cromática entre las casas, las calles, y el llano desierto circundante, porque todos están hechos de la misma elemental sustancia. Dentro de la casa de Karim, sólo la alfombra roja quiebra la hegemonía del adobe. Sobre esa alfombra jugamos a las cartas con los tres hermanos de mi anfitrión. Pronto, un maestro de escuela que se ha enterado de mi visita golpea a la puerta. Se presenta como maestro de dari, la variante del persa que se habla en Afganistán, matemáticas, y alfabeto inglés. Respira hondo y empieza a recitarlo, como si le estuviera tomando lección, *ei, bi, ci, di...* y todos sus amigos, orgullosos de él, le dan palmadas en la espalda. Además, puede dominar las preguntas del tipo *wátsiornéim*. El juego de cartas se llama "veintiuno", y va lento, porque cada vez que le toca a Karim él está ocupado explorando todas las opciones de su teléfono móvil. Tomad nota, historiadores contemporáneos, en todo el mundo musulmán los

hombres se reúnen a hablar sobre sus teléfonos, los que rara vez usan porque las tarifas están por las nubes.

Cuando le confieso a Karim que aspiro a llegar a Kabul siguiendo la ruta central, en lugar de las rutas principales asfaltadas que van por Mazar-e-Sharif, en el norte, o Kandahar, en el sur, piensa que soy un retardado. El no tiene dudas de que la única manera de llegar vivo es tomando un autobús directo a Kabul. Es un viaje de veinticuatro horas, que incluye una noche en Kandahar. Aunque los talibanes son más poderosos en esa ciudad, al pernoctar sólo una noche, nadie tendría tiempo de advertir mi llegada, al menos mientras no salga del hotel. En la solitaria ruta central, según él, estaría más expuesto al bandidaje genérico propio de esas provincias lejanas, y toda la región sabría de mi presencia, porque me tomaría al menos una semana cruzarla, siendo optimista.

Afganistán es el primer país que se considera a sí mismo peligroso y lleno de gente malintencionada. En otros países, la gente piensa eso de sus vecinos. Los turcos tienen miedo de los iraníes, los iraníes dicen que los afganos son ladrones harapientos, y los afganos se temen a sí mismos. Mientras abarca todos los territorios centrales con su dedo sobre mi mapa, Karim es categórico: todos los habitantes de esos valles son piratas y criminales. Qué ánimo…

Puedo recordar noches mucho más serenas que mi primera noche en Afganistán. Aunque no tengo motivos concretos, el miedo a haber confiado en las personas equivocadas me mantiene alerta toda la noche, duermo mal y de manera intermitente. Mi cortaplumas está abierto en su uso más filoso, junto a la almohada. Si tuviera que usarla, de siciliano no tengo más que algún gen, y amodorrado. Karim y su familia no han hecho nada para merecer mi sospecha, pero esto es Afganistán y mi instinto de auto-conservación ha leído las noticias, las malas, quiero decir, extranjeros que

son vendidos a los talibanes por gente no directamente involucrada con su causa pero con necesidad de dinero rápido. He venido hasta aquí con la misión de ampliar el espectro y poder salir del país contando mis buenas noticias. Pero a esta altura aún no sé si me voy a salir con la mía. No puedo evitar sentirme culpable por dudar del honor de mis benefactores. Sería un sentimiento –el miedo y su culpa asociada- recurrente durante el mes que duraría mi viaje por el país.

Hacer dedo con un fusil no siempre perjudica tu imagen

Cuando me despierto, Karim ya ha salido con su taxi. Su padre, un hombre de interminable barba blanca, me trae te, mientras sus nietas juegan bajo sus brazos como gorriones que esperan que se les tire miguitas. La naturaleza generosa y pacífica de este hombre se hace ostensible en cada uno de sus gestos. Recuerdo mis temores nocturnos, y me siento más culpable aun. Es sólo una de las extraordinarias personas ordinarias cuya hospitalidad propulsa mi periplo. Antes de salir, me aconseja hacer dedo junto al puesto policial al extremo este del pueblo.

Camino al mismo, encuentro un niño jugando sobre un vehículo militar ruso abandonado y cubierto de *grafitties.* Los rusos se retiraron de Afganistán en 1989, dejando detrás todo tipo de juguetes en ruinas con los que los niños del aséptico primer mundo sólo pueden soñar. Hay que buscar el lado positivo. Pienso también en el karma de la máquina, que como si estuviera purgando su pasado, ha terminado cumpliendo un fin mucho más digno que aquel para el que fue concebida. Pasa en todo el mundo. En Vietnam se usan las carcasas de las bombas norteamericanas sin estallar como

material de construcción. Las locomotoras a vapor bolivianas se dedican ahora a atraer a los turistas al cementerio de trenes del Salar de Uyuni y, hasta hace poco, los jubilados de Fontana, cerquita de Resistencia, en Argentina, iban a cobrar su jubilación en un Ford A modelo '30 adaptado para desplazarse sobre rieles, que hoy se oxida en una vía muerta. Claro que, en Sudamérica, es el boicot estatal sin agresor externo el que permite esa elegante decadencia ferroviaria.

El puesto policial es un cubo de adobe con una bandera afgana deshilachada como cereza de postre. Cuando explico mis intenciones de hacer dedo hacia Herat uno de los efectivos considera necesario agacharse al lado mío, usando su fusil AK-47 como apoyo. Sonrío y estrecho mi pulgar detrás. Como casi no hay tránsito, el policía se aburre y comienza a matar hormigas con el calibre de su arma. Más que la disparatada situación, me sorprende mi indiferencia autista hacia ella. Será que luego de Irak he llegado a aceptar que hacer dedo junto a alguien que sostiene un fusil es un escenario lógico. Como éste es mi primer acto de movimiento a dedo en el país, no puedo negar que me siento más seguro.

Es un moderno Land Cruiser, propiedad de dos acaudalados comerciantes de Herat el que, al cabo de treinta y cinco minutos de espera, se detiene. Dos horas más tarde aparecen en el horizonte cuatro espigados minaretes, que los siglos y los terremotos han dejado en pie en ángulos imposibles. Son lo que queda del Complejo Musallah, destruido en 1885 por la artillería británica para tener visibilidad hacia una ofensiva rusa que nunca llegó, y marcan la entrada a la ciudad. En el cruce de las avenidas principales, un policía ordena manualmente el tránsito. Aunque caótico, el mismo parece navegable, ya que la mayoría de los vehículos son bicicletas, pequeñas motos, *rickshaws*, o carros tirados por caballos, con pocos automóviles y camiones.

Herat: un bazar frecuentado por fantasmas

En Herat, vida y bazar son sinónimos. Vendedores de ascéticas barbas acomodan mercancías mientras sus hijos gritan los precios con tono de soprano. Si alguno de estos hombres me jurara que es un santo viviente que acaba de regresar a la ciudad luego de meditar ocho años en una cueva, yo le creería al instante. Los panaderos sacan con palas de madera largas como remos los panes que minutos antes han adherido a los muros curvos de sus hornos subterráneos (hay que decirlo, en Herat los panaderos custodian la entrada del infierno, hasta me pareció ver al silencioso Cervero hociqueando por ahí). Hay toda una calle consagrada a los vendedores de kebab, quienes asan las mínimas porciones (que serían el aperitivo de un cliente turco) tan cerca de las mesitas destinadas a los comensales que parecen querer fumigarlos. Un hombre exhibe Rolex falsos y rollos de euros y dólares manoseados dentro de una caja de vidrio. Cerca hay lo que parece una orquesta mecanográfica, media docena de hombres con su mesita y su sillita en medio de la vereda, dándoles teclazos a viejas Remington negras. Son notarios públicos. ¡Y vaya que son públicos! En fin, alguien también vende mi estimada *Zam Zam Cola*, la sucedánea iraní de la innombrable global, lo que me pone feliz: podré llenarme el estómago de gas de manera políticamente correcta.

Pero hay algo más en el bazar de Herat. Son sus fantasmas. Es que las pocas mujeres que salen de sus casas solas lo hacen envueltas en su *chadorí* (en occidente conocido como *burka*) color celeste cielo. *Chadorí* significa, como primera acepción, carpa. Y con justicia el vocablo extiende su significado a este atavío que cubre a la mujer hasta sus tobillos, permitiendo sólo una fina red a la altura de los ojos. Después del casamiento, sólo el marido y la familia pueden ver a una mujer sin su *chadorí.* Esta práctica parece haberse originado hace siglos, cuando los príncipes locales podían reclamar cualquier doncella que les apeteciera. Entonces a alguien se le ocurrió cubrir

por completo a las mujeres, de manera que el príncipe también corriera el riesgo de llevarse a su palacio lo que en Argentina se conoce como bagallo. Los príncipes lascivos y déspotas se han ido. Lo que es más, hacia 1950 la práctica sólo había sobrevivido en las zonas rurales del sur pashtún. Pero hace poco, con la radicalización de la sociedad forzada por los talibanes, el *chadorí* se ha vuelto una obligación para gran número de mujeres afganas. Se lo usa también en el vecino Pakistán, y es posible observarlo incluso en las calles de Londres o Manchester, a causa de la inmigración. Como consecuencia, el bazar de Herat parece un bazar popular entre seres de otros planos y galaxias, acaso provenientes de *Erks*, esa ciudad que según los esotéricos existe bajo las Sierras de Córdoba, de la que el Cerro Unitorco es el portal, y cuya existencia aceptarás luego de haber ingerido el hongo correcto, o equivocado... Tal es el aura espectral que el *chadorí* confiere a estas mujeres.

Mientras todo Herat sigue girando conforme a esta austera y fascinante astronomía de bazar, comienzo a buscar una pensión, tiempo de buscar mi lugar en el nuevo sistema planetario.





En valles prohibidos I

Té en el campo minado

La Ruta Central:
El ángel de la guardía trabaja horas extras

En primer lugar, les aterroriza mi intención de tomar esa ruta. Cuando menciono que pienso viajar a dedo, me consideran digno de una camisa de fuerza. *Estás jugando con tu vida* – me dice Hamid, el recepcionista de mi pensión en Herat, acentuando cada palabra. La ruta central, con sus 800 kilómetros de ripio, cruza el país de Oeste a Este, uniendo Herat con Kabul, y paseando su precaria huella por alguna de las áreas más remotas del país. En un país de rutas malas, la peor.

Hamid es un estudiante de química que habla inglés con elegancia y me presta su ordenador portátil para cumplir con mi corresponsalía. Durante mis tres días en Herat hemos trabado una de esas breves amistades con fecha de vencimiento que uno entabla cuando viaja. Hemos pasado noches conversando, y él me ha contado sobre su infancia en Irán, donde su familia se exilió para escapar de las guerras civiles. Odio Irán –dice- *En mi primer día de escuela, a los seis años, la maestra dijo que si había en clase*

algún afgano que levante la mano. Desde ese día en adelante me hicieron sentir distinto. Hasta ahí no podía más que estar de acuerdo, pero luego tocamos el tema de la religión y la situación de la mujer.

A Hamid le gustaba explicar didácticamente su punto de vista con un ejemplo llamado "El escenario del caramelo". Para él, un hombre que tiene muchas mujeres en su vida termina perdiendo su capacidad de asombro ante la belleza femenina. *Es como empalagarse con caramelos* – afirmaba como todo un *playboy*. *¿Y qué hay de la mujer que tiene muchos hombres en su vida?* – le preguntaba yo, pero Hamid no tenía un a respuesta porque, si en el Islam el vicio masculino es condenable, el vicio femenino es directamente inimaginable. Me hizo pensar que las mujeres musulmanas la debían tener muy fácil a la hora de engañar a sus maridos gracias a la naturalidad con que estos aceptaban que la mujer era una criatura demasiado santa para sentir deseo. Por eso, según él, tenías que esperar a que las nubes se abrieran y un rayo de sol iluminara la frente de la mujer de tu vida, y luego había que ir a preguntarle a su padre, y luego simplemente tenías que llevártela a tu casa, porque lo que interesaba era la opinión de su padre, no de ella…

La perspectiva de Hamid sobre gustos, a pesar de su cultura y educación, estaba, como la de todos los hombres musulmanes que conocí, influida por la imagen de Occidente que muestran las películas norteamericanas. *Si pudieras elegir, ¿con cual te quedarías?* - me preguntó una noche, a la vez que su tono de voz me sugería la respuesta que él creía correcta- *¿Con una mujer con su cabello cubierto por un velo, tranquila, inocente, y silenciosa… o con una payasa que se ríe a carcajadas y que con un vaso de cerveza en la mano se tira encima de cualquier hombre?* Me tentó contarle que, cuando era estudiante, más de una vez era yo el que andaba con

el vaso de cerveza a las carcajadas tirándose encima de cualquiera chica. Pero callé. *Pero esos son dos extremos* –protesté en cambio, pero sin dejar de reír por el pensamiento autocensurado- *No todas las mujeres occidentales son payasas, también las hay tranquilas y muy fieles, y también he conocido a muchas chicas musulmanas que, bueno, eso del velo y la santidad… sólo de puertas para afuera.*

Volviendo a la Ruta Central, desearía que el mal estado de los caminos fuera el único factor involucrado. La gente de Herat, con la notable excepción del cocinero del hotel, piensa que enfrento un alto riesgo de ser atracado. *Yo soy afgano y no me atrevo a ir allá* –Hamid saca sus últimos ases con la sincera intención de amedrentarme. Así, mis días en Herat son estigmatizados por la lucha entre mi mente, que escucha cuidadosamente el consejo local, y mi fe en el ser humano, que traduce tal consejo como el prejuicio de la gente de Herat que nunca ha salido de su propia provincia.

No hay, como aclaré, necesidad de tomar la Ruta Central, que de hecho es la manera menos práctica de cruzar el país. Repasemos las otras opciones. Es posible tomar la Ruta Sur, pavimentada, vía Kandahar, epicentro de la *movida* talibán, a través de un interminable y llano desierto. A dedo, sería una elección suicida, pero en autobús la exposición al factor secuestro sería tan fugaz que la transformaría en la opción más segura –y rápida- para llegar a la capital afgana. La Ruta Norte, vía Mazar-e-Shariff, para seguir con esta breve taxonomía vial afgana, vendría a ser la más segura del país, sin focos de actividad insurgente ni picos de tres mil metros de altura. Las fértiles tierras que atraviesa nutren al sector de la población afgana que menos ha debido convivir con la violencia del último decenio. Cuando abro el mapa, sin embargo, siento que *mi* ruta es la Ruta Central. Por el complicado relieve que franquea, y las minorías étnicas que aloja en sus valles, intuyo que es ella la que

me va a brindar el contacto más íntimo con el pueblo afgano. Como consecuencia de la lejanía de las autoridades centrales, algunas de sus comarcas tienen fama de anárquicas, y esto es lo que agrega adrenalina a la cacerola. Ahora bien, ¿cuál es el precio que estoy dispuesto a pagar por éste adrenalínico contacto íntimo con las poblaciones más aisladas de Afganistán? Soy conciente que después de un año de viaje he llegado al peligroso de creer que todos los finales serán invariablemente felices.

Tales dilemas no me dejan disfrutar plenamente de Herat, de su bazar con cabezas de cabras orbitadas por moscas y ofrecidas como oferta del día. Si uno se pone puntilloso podría decir que Herat huele a orina, o que algunas de sus avenidas son un único y continuo taller mecánico (hay pocos autos, pero cientos de talleres), pero es la ciudad más limpia y culta de Afganistán. Por siglos parte de la Gran Persia que se expandía hasta la bella Samarkand, en el actual Uzbekistán, Herat es hoy una sobreviviente, y exhibe la belleza violada y ultrajada de una gloria de la que es huérfana.

Tres días en Herat son suficientes para reunir la información que necesito antes de pisar banquina. Alexey, mi compañero de viaje en Egipto, me ha enviado desde Moscú un reporte de las experiencias de los viajeros de la AFT (*Academy of Free Travel*) en la misma ruta. Los rusos se quejan del poco tránsito, de diez a treinta vehículos diarios, y de los caminos intransitables, pero callan toda referencia a problemas de seguridad.

Mirando al mapa que mi amigo Steven me ha enviado desde Holanda (es imposible encontrar buenos mapas *in situ*) puedo ver a la ruta como una delgada línea blanca que se desprende hacia el este desde Herat, a veces casi desvaneciéndose, y siempre siguiendo el valle del río Harirurd en un terreno que va incrementando su altura, lo que el mapa denota con tonos de marrón cada vez

más oscuros. A intervalos de cincuenta o cien kilómetros hay diminutos círculos blancos. Son pueblos. El primero se llama Obweh; el que le sigue, Cheshter-e-Shariff. En la calle se dice que los siguientes 200 kilómetros hasta Chaghcharan, ya en la provincia de Ghor, son los más miserables. Quiero creer que simplemente están demasiado lejos de esa zona como para tener alguna referencia concreta y por ende piensan que se trata de tierras temerarias. Internet me arroja el interesante dato de que hay allí una base de las ISAF (Fuerzas Internacionales de Asistencia a la Seguridad), lo que debería traducirse en algo de estabilidad.

Pero Chaghcharan es sólo la mitad del camino a Kabul. Más allá, en los pasos montañosos que llevan a la provincia de Bamian, es donde parece haber acuerdo sobre la naturaleza anárquica de las tribus locales, al menos hasta llegar a los gloriosos lagos de Band-e-Amir, los únicos en Afganistán. Entre los lagos y Kabul está, finalmente, el pueblo de Bamian, tristemente famoso desde que en 2001 los talibanes destruyeran las estatuas de Buda más grandes del mundo, que allí se emplazaban. Es todo lo que tengo a la hora de la partida: un mapa, un puñado de rumores negativos y una fe de imbécil. Esta fe es, debo confesar, fluctuante: cada vez que miro el mapa y veo a la tenue línea blanca perdiéndose entre las montañas, me cuesta imaginarme llegando sin inconvenientes, o con vida, a Kabul.

Coexistiendo con el 5%

A pesar de que es abril, la mañana de la salida el termómetro marca treinta grados. Después de dos o tres tramos en rickshaws (taxis motocicleta) que me empujan hasta los límites de Herat, una Toyota doble cabina se amansa unos cincuenta metros delante de

mí, y se empareja marcha atrás. Zobair, su conductor, habla perfecto inglés. Se dirige a Karokh, a 50 km de Herat, pero sobre la Ruta Norte. Cerca de allí, en una mínima aldea llamada Sangur, está supervisando la construcción de una escuela financiada por Green Helmets, una ONG alemana. Me ofrece quedarme un día con su equipo, y promete devolverme a mi rumbo central a la mañana siguiente. Una oportunidad para repensar mi decisión sin desertar a mis planes.

Zobair es afgano, pero ha vivido en Heidelberg desde que tenía dieciocho años. Allí fue donde se graduó en la Facultad de Ingeniería. A pesar de sentir lazos más fuertes con Alemania, ha decidido regresar a su país natal para tutorar la construcción de nueve escuelas. El resto del equipo es Joachim, otro alemán, ingeniero agrónomo. Con su larga barba, sus lentes de sol, y su morral naranja, Joachim parece un hippie que se extravió camino a India y lleva aquí, digamos, unos treinta años. Más que supervisando, parece estar meditando.

En un punto nuestra conversación es interrumpida por el jefe de la aldea. Está nervioso, se puede deducir del hecho de que no se toma el presupuesto temporal que la etiqueta afgana requiere para saludar a un extraño. Por el contrario, ha cruzado toda la habitación con cuatro largos pasos hasta encontrar el oído de Zobair. Le murmura algo y se desvanece como un genio. Zobair nos traduce: nómadas pashtunes han acampado en los alrededores. El hombre teme que los nómadas ataquen la aldea pensando que los extranjeros guardan dinero allí, y propone que Zobair y Joachim armen las valijas y operen desde Herat con visitas diarias. En una aldea vecina dos trabajadores extranjeros resultaron heridos cuando una granada de mano penetró en su vivienda mientras dormían. Puede decirse que el 5% de los afganos percibe la ayuda extranjera como una invasión no distinta de la intervención armada,

haciendo muy difícil la logística de la ayuda. Como agravante, hay gente que no tiene una opinión sobre el tema pero siempre está lista a tirar del gatillo a cambio de un billete con la cara de Franklin. A pesar del miedo, Zobair y Joachim no abandonan la aldea. Tampoco yo abandono mis planes de tomar la Ruta Central. Tendremos que aprender a dominar la tranquilidad a pesar del cinco por ciento…

Dentro de la tapa de un disco de Pink Floyd

A las ocho de la mañana del día siguiente, los chicos de la aldea llegan puntualmente a clases. Mientras la escuela es construida las clases se dictan en tiendas donadas por la UNICEF. Cuando termina de pagar el sueldo de los jornaleros Zobair me conduce hasta el inicio de la Ruta Central, allí donde ésta parece un inofensivo desvío de ripio hacia alguna aldea lateral. Ni pista de su profundidad. En el cruce hay un control policial, Zobair les explica mis intenciones y puedo ver cómo los uniformados se alarman y se miran unos a otros.

- Los policías, que conocen la zona, dicen que hasta el gobernador tiene problemas cuando toma esta ruta, ¡y él va con escolta armada! Dicen que siempre hay tiroteos, que quizás te secuestren, o te maten para robarte.

Claramente, Zobair está más asustado que los policías, y se esfuerza para encausarme en la segura Ruta Norte. Además, pienso, se debe sentir responsable por mi seguridad, y esto me pone en una encrucijada. Parezco un rey acosado en los últimos instantes de un jaque, con todos los casilleros a su alrededor vedados. Si tomo la Ruta Norte dejo conformes a Zobair, a los policías, y a mi lado

conservador, pero sólo siguiendo la Ruta Central evito defraudarme a mí mismo. Todos me miran y esperan de mí una respuesta.

Cuando la alianza entre Zobair y mi paranoia va ganando la pulseada, un 4x4 conducido por extranjeros se detiene a solicitar orientación. Son dos técnicos residentes en Kabul, que están de vacaciones en la provincia de Herat, ¡y preguntan por la Ruta Central! Planean explorar el valle del río Harirurd hasta Obweh, y luego volver a Herat. Le prometo a Zobair que regresaré con ellos y tomaré la Ruta Norte, pero he entendido la señal de la ruta, y la decisión de intentar llegar a Kabul por la Ruta Central está tomada. Esta decisión ha sido, hasta el día de hoy, la más difícil de mi vida.

- No confíes demasiado en la policía –me aconseja Zobair- Son los talibanes de hace cinco años. Ya no hay sistema en Afganistán, el último sistema fue Allah, pero ahora es la ley de la jungla.

Mientras nos damos un apretón de manos un helicóptero italiano sobrevuela la escena. *Ya ves cómo terminan las cosas* – añade Zobair como si el helicóptero fuese de por sí una confirmación de su argumento. Alguien deberá pagarle a mi ángel guardián las horas extras. Saludo a Zobair y subo a la 4x4.

Thomas y su esposa son dos ingenieros agrónomos que trabajan desde Kabul intentando generar alternativas al cultivo de opio. *Es difícil hacer que los granjeros locales comprendan que no hay beneficios a largo plazo con el opio.* A Thomas, que es europeo, le cuesta entender que la gente priorice el dinero en mano por sobre la planificación y la… La discusión se ve truncada por un evento: banderas blancas y rojas han aparecido a ambos lados del camino y un hombre de overol azul que sostiene un detector de metales nos está haciendo señas desesperadas de que bajemos la marcha. Una de las banderas dice: "MINE AREA". ¡La ruta cruza un campo

minado! Justo cuando buscábamos un lindo sitio para hacer un picnic. En medio al campo minado, en un espacio demarcado como seguro por piedras blancas, el comandante de la escuadra barreminas nos recibe con té y pistacho. La imagen es digna de una tapa de Pink Floyd. La primera perla obsequiada por la Ruta Central. Ahora estoy sé que es *mi* ruta.

En Malwah, poco más que un caserío junto al río, frenamos a almorzar. Ante el espectáculo un policía emerge de un puesto tan miserable como el que había visto a la salida de Herat. Es la imagen de un perro hambriento que olfatea comida. Thomas le explica todas nuestras intenciones en ingles, zarandeando su pasaporte alemán como si lo estuviera abanicando. El oficial no comprende ni jota, pero se siente satisfecho con que le hayamos dado alguna explicación y vuelve orgulloso, y como arrastrando una pata, a su rancho oficial. Ahora creo entender por qué las autoridades afganas gozan de poco respeto entre su propia población.

Hospitalidad en la delgada línea blanca

Mi última oportunidad de regresar a la civilización se va con la Toyota de los alemanes. Me han dejado junto a una escuela que, como toda edificación que no es de adobe ha sido financiada por alguna ONG y tiene colgada alguna bandera extranjera. Al fin, solo con la ruta central. Me reclino sobre *La Maga* a esperar algo. Intentaría interrogar mi suerte con una moneda, pero Afganistán no acuña semejante cosa, sólo se usan billetes. Siento profunda empatía con el Pacman y sus delirios persecutorios. Fiel a la doble naturaleza del momento, una moderada mueca de excitación coexiste con la vulnerabilidad y la certeza de saber que jamás he toreado en una plaza peor.

Primeros pasos en la Ruta Central...



Zobair, Joachim y yo. Karokh.



Niños en la escuela provisoria. Karokh.



Al costado del camino…



La ruta atraviesa un campo minado.



Los maestros de Shahrak.



Camino a Chaghcharan en un Kamaz.

Veinte minutos pasan, un camión Mercedes naranja que carga planchas de madera se detiene y *¡voilá!* me indica que me trepe a la carga. El conductor es un *hazara*, como se llama en Afganistán a los descendientes de las legiones de Genghis Khan que invadieron la zona siete siglos atrás. Viajar sobre planchas de madera en un camión que parece dar con cada bache de la carretera no es una experiencia de *spa*, pero al menos hay cuatro de nosotros para conmiserarnos. Dos trabajadores de Herat parecen acostumbrados a la vibración, que nos hermana con cada tuerca y elástico de la suspensión del Mercedes. Un tercer pasajero de turbante azul sostiene una pava dorada como si la continuidad del planeta dependiese de su quietismo. Van todos a Cheshter-e-Sharif, donde se está construyendo una nueva municipalidad. Somos, casi, el único vehículo en la carretera. Un par de veces fuimos adelantados por motocicletas ligeras conducidas por hombres que llevaban a sus mujeres enfrascadas en su *burka* en el asiento trasero. Notablemente, recuerdo un segundo camión que transportaba un refrigerador en su caja, asegurado con sogas como un Minotauro cautivo.

No por saludarme el jefe de policía de Cheshter-e-Shariff va a dejar de oler la rosa que lleva en su ojal. Cuando decide que soy un buen pibe me deja ir con el grupo del Mercedes, que está cenando dentro de la municipalidad en construcción. Creo que podría sobrevivir sólo a base del perfumado y crocante pan afgano. Entre la docena de trabajadores hay un hombre que insistentemente toca su barba y me mira, intimidándome un poco. No entiendo su intención, hasta que me doy cuenta de que le gusta que tenga barba como ellos, ya que en teoría es un distintivo de los musulmanes. Empiezo a jugar con mi barba yo también, la que no he afeitado en dos meses, y resulta ser una buena manera de romper el hielo y generar humor. La portación de barba, en Afganistán, reduce el impacto de la extranjería.

El maestro de inglés del pueblo es, a la mañana siguiente, quien me señala el camino a la ruta, y me advierte –no sería el último- que no me acerque a los nómadas kuchí que se ven ocasionalmente desde la ruta. *Son pashtunes, todos ellos ladrones* –dice con énfasis- *¡Aquí somos tajiks!* La división entre el sur pashtún y el norte multiétnico (con fuerte presencia tajik) es una ancha grieta en la historia afgana. Los pashtunes -no exactamente los nómadas- han ostentado el poder regional por siglos. Los tajiks están resentidos por ello y, además, rechazan su fundamentalismo religioso. Es por eso que sólo por la fuerza pudieron los talibanes, que son pashtunes, controlar cualquier territorio al norte de Kandahar o al oeste de Kabul. Los nómades Kuchí, que migran cada primavera a los templados valles centrales de las desérticas provincias de Kandahar y Helmand son, por ende, doblemente segregados, por nómadas y por pashtunes. El maestro de inglés aporta otro dato: según él la zona a temer sería precisamente entre Chaghcharan y Lal. Es un progreso notable desde que salí de Herat: el infierno se va haciendo más angosto.

Todo el bazar de Cheshter-e-Shariff deja de trabajar unos minutos para echar un vistazo al forastero se ha sentado en el suelo en vez de salir en su 4x4. Lo primero que pasa, levantando polvo en la ruta, es un niño pastor con un formidable rebaño de burros. Como cincuenta. Después de él, un ingeniero indio que dirige la construcción de la represa de Band-e-Salmé. Me invita a subir a su camioneta. *La represa es muy importante para Afganistán* –me dice inicialmente. Pero se queda pensativo y agrega: *bueno, hasta una cajita de fósforos es importante en Afganistán.* En ese momento es imposible darse cuenta que la muerte ronda por allí. Al llegar a Kabul me iba a enterar de que un ingeniero indio había sido asesinado por talibanes en esa fecha en esa misma zona. Nunca supe si se trataba o no de mi conductor.

En la aldea de Dikhan espero casi dos horas por un vehículo. Nada se mueve en la carretera salvo escarabajos y helicópteros de la OTAN, ninguno de los cuales debería llevar mochileros, si queremos que el universo siga preservando el mínimo orden necesario. Los que sí me van a llevar son cuatro enfermeros de Chaghcharan que se dirigen a Kamenj, allí donde la ruta se aleja del río por varias horas, no muy lejos del Minarete de Jam. Cuando la sucesión de caseríos de adobe y cráteres en la ruta está a punto de hipnotizarme, cruzamos una patrulla de las ISAF. Es mi primer encuentro con las tropas de la OTAN. Cuando el conductor baja el vidrio, queda a la vista un parche con la bandera lituana. ¡Las tropas de la base de la OTAN en Chaghcharan son entonces lituanas! Dado que escribo semanalmente para un diario de ese país, la noticia me alegra.

Antes de dejarme en Kamenj, uno de los enfermeros, el Dr. Nasser, me sugiere que me ponga en contacto con ellos si alguna vez llego a Chaghcharan, pues en su ONG hay tres voluntarios extranjeros que estarán contentos de ver a otro *cara pálida.* Estoy otra vez en la ruta, que ahora mantiene precariamente su integridad sobre el río gracias a improvisadas defensas de piedras. A 20 kilómetros está el Minarete de Jam, un enorme minarete esculpido que conmemora una batalla peleada y ganada hace siglos, y cuya grandeza reside en la soledad de su emplazamiento. Siendo el único sitio en Afganistán declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, había decidido visitarlo, pero a último momento sucede algo de lo que alguien con racionalidad analítica podría reírse. Cuando comienzo mi caminata en dirección al minarete, tengo un mal presentimiento, como si algo me acechara. Como me he acostumbrado a súbitas irrupciones de miedo injustificado, sigo la marcha, pero cuando un perro en sus últimos días de rabia me bloquea el paso, entiendo perfectamente el mensaje del camino. Revierto la marcha, hacia Chaghcharan, a donde de todos modos

me iba a dirigir tras la visita al minarete, que era un desvío. Seguí las señales del camino cuando tomé la Ruta Central, y debo también ahora acatar las señales cuando éstas me incitan a levantar la guardia.

Como si estuviera relevando todos los sectores de la sociedad afgana, después de los enfermeros llega un grupo de maestros de Kabul, que está dirigiendo los programas de perfeccionamiento para maestros rurales. Me ofrecen pasaje hasta Shahrak, bien arriba en las montañas. Viajamos de noche y nos detenemos a cenar en una aldea. Sobre la carretera, lámpara de kerosén en mano, nos recibe el maestro local, quien nos guía hasta su casa por entre los enmarañados recovecos de la aldea sin luz. Se come arroz con cordero, con las manos. Luego se bebe té, reteniendo entre los dientes el terrón de azúcar hasta que la dulzura cúbica termina diluyéndose. A juzgar por la débil luz artificial, que alumbra desigualmente la cavernosa vivienda, las barbas y los atavíos, estimo que sería muy fácil convencer a los televidentes de que se trata de la última cena de Bin Laden. Llegamos bien entrada la noche a la Oficina de Educación de Shahrak, donde los maestros me invitan a pasar la noche.

El cuarto día esconde otra extravagancia. Mientras me alejo, a paso poco atlético, de la aldea de Shahrak, me encuentro con una columna del ejército afgano en plena marcha. Un comandante les marca el paso con curiosos gritillos. Cuando el comandante ve mi cámara, les ordena a los soldados, sin perder ese tierno tono castrense, que se detengan, den media vuelta para mirar a la cámara, y sonrían. Los hombres cumplen sin cuestionamientos. No pueden decir whisky, es un país islámico. Dos cosas. Primero, en caso de guerra, esa gente no tiene posibilidad alguna, a juzgar por las contexturas físicas, la escoliosis, el desgano, y la edad avanzada que observé. Segundo, y principal, ¡ojalá todos los ejércitos del mundo

fueran como ellos! Las guerras terminarían, a lo sumo, en golpizas, y pronto los exhaustos contendientes se pedirían perdón y volverían a sus siestas.

En un Kamaz a través de pampas nómadas

Poco después de despedirme de la brigada fotogénica encuentro un camión Kamaz verde que, cargado de barriles de gasolina y a la increíble velocidad de 10 km/h, cruza los Montes Bayan hacia Chaghcharan. El chofer lleva un rifle sobre el instrumental por si los bandidos, y un chico de quince años que endosa un mameluco engrasado por si las piedras en el camino. Y hay que ver cómo trabaja el pobre pibe, saltando cada cinco minutos para evaluar la profundidad de un pozo, y reincorporándose al camión ya en movimiento sólo para ser reprendido a los gritos porque hizo todo el *laburo* demasiado lento. El camionero considera al joven como un dispositivo del camión, algún prodigio tardío de la industria soviética.

Si hubo algún acuerdo entre todos los imperios y tiranos que dominaron Afganistán, éste fue la firme convicción de no construir jamás un solo puente. El conductor debe tener plena conciencia del destino de cada rueda para no destrozar el camión o terminar bajo un precipicio. La velocidad máxima no llega nunca a 30 km/h, lo que me hace rebautizar al Kamaz como "*Jamás*". Somos como una gárgola tramitando el infinito. Las aldeas que dejamos en el camino me hacen suponer que en alguno de los charcos de lodo que el *Jamás* cruzó heroicamente y con cada uno de sus caballos de fuerza ronroneando al unísono, latía algún agujero temporal. Poco me sorprendería toparme con uno de esos relojes derretidos que pintó Dalí. Las casas son cubos de adobe junto a los riachos. No

se ven cables, ni motocicletas o autos, ni, por primera vez, antenas de televisión. Tampoco hay escuelas, banderas, o cruces rojas: esta gente está librada a su suerte. El drama humano rebobinado hasta el episodio uno. Si aparece alguna mujer, y nos ve, automáticamente cubre su rostro como si se le fuera a caer. Los hombres continúan arando la nada con bueyes. Es en puntas de pie que han pasado por aquí los últimos veinte siglos. Para ellos, a la inversa, los camiones son apariciones periódicas pero fantasmales, inmensos burros neumáticos que pasan de largo porque pertenecen a otro mundo. Cuando no lejos de los caseríos comienzan a verse campamentos nómadas, la contigüidad me hace pensar en la presencia de los últimos como un gran signo de interrogación junto al extraño experimento sedentario de sus necios vecinos. En Afganistán Central, aún está por verse cual sistema prevalece.

Al revés que los beduinos árabes, que han abrazado rápidamente la TV satelital y los camiones, los nómadas Kuchí, a quienes les he presentado antes, sólo atesoran las alfombras que los separan del suelo, bidones amarillos donde conservan el agua, y sus cabras. Como la carretera es meramente una doble huella donde la hierba no crece, tengo la sensación de estar cruzando una gran estancia. Me tienta bajarme de un salto del camión y socializar con los nómadas, como hice en el desierto sirio con sus beduinos, pero los prejuicios que me fueron inoculados pueden más.

Aunque Chaghcharan se acerca con cada segundo, el día muere antes, y dormimos en una *chaykhana* (casa de té). Allí, mi conductor le cuenta a todo el mundo que soy musulmán. Estoy por corregirlo cuando se me ocurre pensar que puede estar diciéndolo por nuestra seguridad. Habiendo viajado en países musulmanes por siete meses puedo repetir el *kalima* (credo musulmán) y con toda probabilidad hablo más árabe que ellos. Pero sinceramente espero que no haya necesidad de demostraciones.

Por la mañana rodamos los 20 km restantes, cruzamos un control rudimentario compuesto de una soga tensada por dos postes, y entramos en Chaghcharan, 15.000 habitantes, capital de la Provincia de Ghor. Le pido a la muchedumbre perpleja que me oriente hacia la casa del Dr.Nasser, aquel enfermero que me había llevado hasta las vecindades del Minarete de Jam. Es gracias a esta muchedumbre que Quentin, Michael y Robert, tres voluntarios norteamericanos a quienes el Dr.Nasser había advertido de mi inminente llegada, me detectan, y pasan a buscar en su camioneta. Mis tres nuevos amigos, que viven aquí en medio de Afganistán organizando campañas de prevención de la tuberculosis, no están habilitados para llamarme loco. Contentos de conocer a otro extranjero, me invitan a su "cuartel", donde incluso tengo oportunidad de lavar mi ropa. El lavarropas es una baraja que sale muy cada tanto en el tarot del mochilero, y uno termina a veces fantaseando con jabón en polvo.

El primer día no hago más que descansar. Después de cuatro días a los saltos en camiones rusos sobre rutas afganas (la peor combinación), el hecho de que el suelo no se mueva es toda una novedad. Además, debo prepararme para mañana. El pueblo conmemora la victoria de los *mujahiddin* (defensores del Islam) locales sobre el ejército soviético en 1989. El centro de la fiesta será el torneo de *bushkashi*, deporte nacional afgano. Asistirán al evento, se rumorea, el gobernador de la provincia y el comandante lituano de la base de las ISAF estacionadas en el pueblo. También se teme la infiltración de insurgentes talibanes del sur con intenciones *non sanctas*. Aunque Quentin, Robert y Michael, hacen todos los días sus compras en el bazar, sus amigos afganos nos aconsejan a todos meternos en el ropero por el fin de semana. Y sólo mitad de camino a Kabul.



En valles prohibidos II

Un cartero en el Hazarajat

La batalla diaria de los civiles

Como si la vida no fuera lo suficientemente dura en Chaghcharan, la cacofónica capital de la provincia de Ghor, una nube de polvo barre el pueblo cada día antes del crepúsculo con la puntualidad de un cometa. A esas horas sus calles de tierra se vuelven puro éxodo: Land Cruisers, hombres enturbantados y perros huesudos apuntan su trompa, cara u hocico a sus refugios, al ritmo metálico de portazos asestados por el viento.

En medio del caos, Quentin, Robert y Michael se disponen a bendecir la mesa, que consiste en parte de pan untado con *molases* (un jarabe derivado de la caña de azúcar y del masoquismo, que en Argentina llamaríamos miel de caña) En Irlanda del Norte había ya aprendido que los protestantes le hablaban a dios como si le estuvieran hablando a Axel Rose "*…y gracias, loco, por estos alimentos tan copados que nos das, sos realmente un gran tipo…*" Y así. El mismo dios que creó el molases había reservado lugar para mis anfitriones en el Afganistán contemporáneo.

- ¿Saben que los talibanes estuvieron atacando Ghazni la semana pasada? – le pregunto a Quentin, intentando elucidar la materia prima de su coraje.

No sabían nada. *Desde que llegamos aquí intentamos no escuchar las noticias. No queremos vivir con pánico.* A los ojos de las tropas norteamericanas destacadas en Afganistán, Michael y sus compañeros son una manga de locos. Mientras que los uniformados reciben U$S 3.000 mensuales por su sacrificio, mis amigos están aquí por su propia voluntad. Nadie los ha enrolado, sólo reciben un salario simbólico de U$S 650, y pasean sus pálidos rostros pecosos por el bazar local sin chalecos anti-balas. Todo el conflicto político es para ellos un tema de fondo, frente a la pregunta central: *¿estamos produciendo una diferencia aquí?* Es lo que se pregunta Quentin mientras escrutamos el bazar en escéptica y metafórica búsqueda de tomates que no estén podridos.

Es extremadamente difícil ayudar al pueblo afgano. Tras 30 años de pelearse con sus invasores y entre sí, este pueblo ha desarrollado una ética de "cada hombre para sí mismo". Contra todas mis expectativas, los afganos se muestran ostensiblemente apáticos frente a la cruzada de asistencia humanitaria organizada en su favor. Claro que en parte la crisis es tan profunda debido a la acumulación de irresponsables intervenciones extranjeras del último siglo. Sobretodo en el centro del país, donde la gente quería desesperadamente librarse de los talibanes, el resentimiento poco tiene que ver con la intervención militar estadounidense. Es algo más básico y menos político. Generalizando, los locales parecen dedicados a manipular a la comunidad internacional, a extraerle el mayor provecho posible a corto plazo antes de que se vaya o de que otro fundamentalismo comience a afilar sus sables. Si se les da un presupuesto para construir una ruta, la construirán mal, para que así un segundo término de empleo quede garantizado. Cuando

técnicos extranjeros diseñaron un esquema según el cual cada familia de una aldea vecina debía pagar un dólar mensual para financiar la compra de un generador eléctrico, el jefe de la aldea desechó la idea y pidió al técnico que comprase el aparato de su propio bolsillo, ya que tenía más dinero que ellos. Si se piensa en la urgencia en que la sociedad afgana vivió sumida en las últimas décadas, el panorama no debe sorprender a nadie. No hay pensamiento a largo plazo ¿Y por qué habría de haberlo si aquí la vida es corta y termina sin aviso? Aunque llegué a Afganistán con el prejuicio de que sentiría sólo empatía por su gente, mis sentimientos se han complejizado, al descubrir cuán activo es el rol que cumplen en su propia desgracia. Hoy, la economía del país se basa en la caridad internacional y en el tráfico de opio.

La arquitectura casi feudal de la sociedad también atenúa el impacto potencial de esta ayuda internacional. En muchas aldeas, los jefes tribales exigen a las ONG que paguen por el derecho a mejorar la vida de la gente bajo su "protección". Por supuesto, estos hombres son nobles musulmanes que oran a los gritos en público y son dignos de toda reverencia. Para sumar animosidad, aquellos afganos empleados por agencias extranjeras son acusados de colaboracionismo por los sectores más radicales de la sociedad. En una ocasión caminaba yo con Waheed, el intérprete de la base local de las ISAF, cuando cruzamos a un grupo de *mullahs* (líderes religiosos). Estos conocían a Waheed desde pequeño, pero ahora le han retirado el saludo. A sus espaldas es llamado *kafir*, o infiel, probablemente el peor insulto existente en el mundo islámico.

Estos son algunos de los mayores obstáculos que los trabajadores civiles enfrentan a diario en Afganistán. Se ha dicho que no hay identidad nacional en el país. Hay que ser más precisos. No la hay porque los últimos diez siglos han sido una pasarela de invasores puntuados por breves períodos de estabilidad interna. Safavides,

kushans, pashtunes, uzbecos, hazaras, el imperio de Durrani y el Persa, ingleses, soviéticos, talibanes y yankees, todos conocieron aquí la miel y la derrota. Cada período ha sido tan efímero que la bandera afgana debería lucir una mariposa. Si Heráclito hubiera sido afgano, habría sentenciado que *una persona no puede despertarse dos veces en el mismo país.* Ante tanto cambio, no sorprende que el sentido de identidad de las personas se asocie a nociones más fieles, como la raza, la ciudad, o el valle de nacimiento.

El bushkashi y el gobernador de la luna

El viernes es un gran día en Chaghcharan, el aniversario de la retirada de los rusos en 1989. De cada valle desciende un creciente caudal de hombres ansiosos por presenciar el centro de las celebraciones, el *bushkashi.* En este juego, merecidamente deporte nacional afgano, intervienen cuarenta jinetes, que se pelean por asestar una carcasa de cabra decapitada. Desde Marco Polo (acaso el primer occidental en presenciar un juego de bushkashi) en adelante se ha vuelto un lugar común el decir que este juego es un retrato del alma afgana debido a su brutalidad. Estoy parcialmente de acuerdo: la brutalidad me parece secundaria. Yo diría que el bushkashi es afgano porque los 40 jinetes no forman equipos, sino que compiten los unos con los otros, expresando esa aprensión tan afgana al trabajo en grupo.

El bushkashi es sin dudas un favorito de multitudes, y el llano junto al río se ha transformado en una especie de feria. La gente, apretada como polímeros, está pidiendo el fin de los menos que coordinados espectáculos de apertura. El público femenino, gracias al chadorí celeste que viste cada mujer, es una mancha de color cielo en medio de la colina erosionada. Por donde uno camine, en

el ahora revolucionado pueblo, allí hay dos o tres jinetes luciendo con orgullo el comando de sus bestias en trotes de precalentamiento. Me fascinan las múltiples maneras en que cubren sus cabezas. Hay de todo, turbantes enrollados en espiral, abultados pakols, gorros peludos al estilo cosaco… ¡parece haber mil formas de accesorizar un jugador de bushkashi!

No muy lejos del espectáculo, alcanzo a ver algunos vehículos militares abandonados, y, como siempre, niños jugando sobre ellos. Hay tanques, piezas de artillería, camiones, todo de procedencia soviética, lo que simboliza al enemigo vencido. Bajo una luz algo turbia, un niño juega a sostenerse con sus brazos de un cañón mucho más alto que él. Aplica toda su fuerza, y pronto sus piecitos quedan en el aire y su sonrisa a la altura de la boca del cañón. Entonces me detecta, y sonríe, lo hace tan cerca de esa máquina de escupir muerte, que quedo pasmado por la imagen de dos cosas tan opuestas y tan próximas. Pienso en que ese cañón habrá apagado la sonrisa de más de un niño, y luego me doy cuenta de que ese niño, allí trepado, y sonriendo, encarna sin saberlo un mensaje, y contesta una injusticia. Es un mensaje de esperanza y, a la vez, un ajuste de cuentas al estilo budista quizás. Contestar a la violencia con sonrisas, solamente un niño podía ser tan sabio.

Unos aplausos provenientes de la arena principal indican que han llegado las autoridades. Me acerco y veo, en el centro de todo, en una imagen que hubiera podido tener lugar 300 años atrás, a Gintaras Azubalis, el comandante lituano de la base de las ISAF, sentado de piernas cruzadas junto al gobernador de la provincia de Ghor, Shah Abdul Afzali. Como tal exposición pública no es normal, hay quienes temen un ataque talibán. Hemos sido advertidos, pero lo mismo estamos aquí para espiar el inusual evento. Entre el comandante lituano y el gobernador local parece haber poca o nula conversación. Me pregunto como se siente, Don Gintaras,



rodeado por cinco mil afganos y, más preocupantemente, por cuarenta jugadores de bushkashi. A cien metros de ellos hay un grupo de soldados lituanos armados hasta los dientes. Prestan apoyo logístico mientras mascan chicle en el techo de sus camionetas y se quejan de la falta de mujeres sin velo. Conociendo las calles de Vilnius, comprendo perfectamente lo que quieren decir.

Hasta 1989 Lituania y Afganistán compartían su *status* de territorio ocupado por los soviéticos. En un cómico giro del destino, tropas lituanas patrullan ahora Afganistán. Desde cierta perspectiva puede decirse que el pequeño país báltico está pagando su deuda histórica con el asiático. ¿Cuál deuda? Son muchos los que en parte atribuyen la caída de la Unión Soviética (y con ello la independencia lituana) a la catastrófica campaña rusa en Afganistán. Claro que desde otra perspectiva se podría decir que tal deuda

no existe, teniendo en cuenta la inmensa cantidad de soldados lituanos que fueron enviados por los rusos como carne de cañón en dicha campaña.

Visitante, sin escolta

Varias veces durante el partido de Bushkashi quedé a merced de esa inevitable caballería centrífuga en el intento de fotografiarla. Claro que los ocho megapíxeles de mi cámara jamás darán cuenta de mi susto, del salto de último momento y esas cosas. Cuando el juego termina me acerco al comandante lituano, me presento como corresponsal de un diario de su país, y pronto soy invitado a visitar la base. Llego a pie, justo cuando un avión de carga C-140, un verdadero mamut alado, despega de la pista de la base. El primer control es afgano: si llega un tipo cargado de cinturones de dinamita y explosivos plásticos haciendo tic tac, tic tac, ellos son los que la ligan. Después el control lituano, los soldados encargados de palparme de armas no pueden evitar sonreírse al verme llegar a pata. Atenazan a mi pecho una credencial plástica que dice "Visitor Unescorted" (Visitante sin escolta) que aún está conmigo, mientras escribo este volumen, a diez mil kilómetros de distancia y tomando mates amargos, pues olvidé devolverla a la salida, cosa que está bien prohibido.

Lo primero que me llama la atención dentro es un poste con flechas que declaran la distancia y dirección de algunas ciudades lituanas. "Kaunas 3800 km" apunta más a la nostalgia de los uniformados que al ocasional automovilista despistado. Toda la base consiste en tiendas. Soy asignado un guía y éste me acompaña hasta una donde hay seis personas escribiendo en sus computadoras portátiles. Uno de ellos es el representante del gobierno de los Es-

tados Unidos, un hombre con una barba apostólica que más bien parece un escritor retirado. La pucha, el representante de Bush. Se me ocurre golpearlo, pero usa lentes. A su lado está el jefe de la policía lituana en el exilio, quien tiene pinta de desayunar tabletas de aminoácidos, y puede que en cualquier momento se desinfle. También está el representante de las tropas danesas, que me convida tabaco para mi pipa, y la (sí, una mujer) de las tropas islandesas. Luego se me muestra el camino a una segunda tienda, donde el comandante me espera con su café humeando. Es un hombre de Alitus, una ciudad que noté en mi mapa mientras bajaba a dedo por la E-67 que une las tres capitales bálticas, hacia Polonia, pero la que no tenía motivos para visitar. Ahora, en los desiertos montañosos de Afganistán Central, conocía a un hombre de Alitus. Persona taciturna, de más pensamiento que expresión, se limita a comentar cuánto le desagrada el título oficial de la base, que es "Equipo de Reconstrucción Provincial". Pone el grito en el cielo:

- Estamos aquí para reconstruir las instituciones del país, no sus puentes.

El comandante está acompañado por Aleks y Danius, quienes son misericordiosamente más comunicativos. Aleks está a cargo del Departamento de Ayuda Humanitaria, y casi derrama lágrimas mientras relata, con voz suave y musical, la donación de juguetes a un orfanato local. Confusamente, como una orquesta con dos directores, Danius, el jefe de asuntos políticos, lo interrumpe con un tono a la vez serio y jocoso:

- Eso es un show lateral para ganar algunos corazones. Estamos aquí para proveer seguridad.

Cuando termina su café el comandante sonríe, y muestra orgulloso un parche en su hombro que dice "Bienvenido a la luna". Me

pregunto si le mostraría con la misma jactancia el parche al gobernador de la provincia, quiero decir, de la luna, a cuyo lado se sentó ayer durante el juego de bushkashi. Sobretodo porque algunos afganos creen que la luna es una mujer y como tal, no es correcto tocarla, ni hablar de un alunizaje.

Antes de salir soy guiado a la cantina, donde los camareros afroamericanos sirven comida occidental que no he visto en meses. Los soldados pasan con su bandeja, reciben su porción, y se sientan en mesas que tienen en sus extremos ranuras para colgar los rifles. A un lado, una inmensa heladera de múltiples puertas exhibe cantidades industriales de helados, *gatorade, gaseosas, snickers,* y todo tipo de deliciosas porquerías que se me obsequian. *Aprovechá la oportunidad, todo está pago* – me dicen. ¿Cómo no aceptar si el mismísimo Buda se hubiera malcriado con tantas golosinas? Además, en los cientos de kilómetros que faltan hasta Kabul, no espero encontrar más oferta gastronómica que arroz y galletitas.

Un cartero en el Hazarajat

Inicio mi marcha hacia Bamian, un pueblo que se hizo famoso cuando los talibanes dinamitaron las estatuas de Buda más grandes del mundo, que databan del siglo I a.C. Michael, Quentin y Robert me han dado el número telefónico de Justin, un voluntario norteamericano que trabaja en Bamian en proyectos de reforestación. Llevo para él dos cartas, una enviada desde Nueva York y la otra desde Taipei, en Taiwán. Las cartas llegaron a Herat dos meses atrás, pero a falta de un sistema postal creíble han quedado allí encajonadas esperando que algún amigo viaje de Herat a Bamian. Desconozco quién hizo el primer tramo, hasta Chaghcharan, pero me tocó en suerte hacer el último. Mientras mis padres siempre

habían esperado de mí un abogado, yo quería ser cartero. Los abogados me parecían, salvo casos contados a los que admiro, seres rudos, tristes y llenos de ojeras. Ojo que yo no usé la palabra avinagrados. Había algunos en la familia, y otros que querían serlo. Los conocía bien. A veces incluso la gente a su alrededor se llenaba de ojeras. No, nada de *abogados a la vinagreta*, yo quería ser cartero, darle el ultimo empujoncito a esos mensajes plegados que cambiarían vidas al ser leídos, y que, como las cartas que tengo ahora en mi mano, vienen de una maratón mundial de camiones postales, avionetas, estafetas, matasellos y…eslabón final impredecible, autostopistas. Ahora, en Afganistán, me saco las ganas. He diseñado mis propias estampillas, que dicen *Correo a dedo*. Tener una misión me alivia de saber que estoy a cuatro días de viaje de Bamian.

A pie, llego hasta la aldea de Pozelek, sin que pase un solo vehículo. Me siento al costado de la carretera a fumar mi pipa con el tabaco gentilmente cedido por el representante del ejército danés. Recuerdo a mi amigo Matías Ouvrard, quien estudiaba filosofía en La Plata, y quien en la peor de las crisis supo conservar en su alacena una botella de gin *Bombay Sapphire* y queso *camembert*, y con quien hablando de la actitud sibarítica decíamos que era una cuestión de actitud: uno bien puede ser un dandy con agujeros en el pantalón. Como si estuviera armando un collar de memorias, deslizo otra por el hilo, un tema de Fito Páez, y empiezo a tararearlo. *Me gusta estar al lado del camino, fumando el humo mientras todo pasa.* En ese momento, tres vacas negras y su niño pastor entran en escena. Luego un hombre en motocicleta con un rifle al hombro. La vista del arma me recuerda que el comandante lituano me ha advertido sobre enfrentamientos tribales entre Chaghcharan y Lal. Estoy, de hecho, en una zona teóricamente más jodida, como decimos en Argentina. Todas las opiniones que he escuchado desde que entré al país, condenan una zona y recomiendan

otra, pero todas coinciden en que ésta es peligrosa. Salteo estrofas y sigo tarareando la misma canción: *la brisa de la muerte enamorada ronda como un ángel asesino.* Y en simultáneo al miedo tiemblo de felicidad, o acaso estoy mal sentado.

El enésimo camión Kamaz finalmente me devuelve al movimiento. Es una manera de decir, ya he dicho que los Kamaz andan tan rápido como una lengua de lava. Nos toca cruzar anchos ríos sin puentes, los que atravesamos con el camión a toda máquina y con el volante amagando a una diagonal que la fuerza de la corriente corrige, de manera que cruzamos en línea recta. Las luces del camión apenas están sobre el nivel de flotación, como los ojos de un hipopótamo.

Al atardecer llegamos a Dowlat Yar. Alguien interrumpe al maestro del pueblo en plena plegaria para decirle que *un americano* ha llegado al pueblo…

Visitante sin escolta...



El juego de bushkashi. Chaghcharan.



Soldados de la OTAN. Chaghcharan.



Azís, valiente maestro de Dowlat Yar.



Escuela al aire libre. Dowlat Yar.



Nómadas kuchí, en Dowlat Yar.



Aldeanos hazaras, en Sadbarg.

Azís es un hombre de Kabul, culto y calmo, quien no sólo me hospeda, sino que me da una lección de historia en buen inglés. Le pregunto por qué la mitad de las casas en el pueblo están destruidas. Según él, la gente de la ribera sur del río era educada, mandaba a sus hijos a la escuela, y recibía apoyo de las autoridades rusas durante la ocupación. La gente del otro lado, en cambio, recibía apoyo de los norteamericanos, por intermedio de los servicios secretos pakistaníes. El trato era que debían destruir a sus vecinos de la ribera sur. *Las escuelas eran objetivos especiales* -se lamenta Azís- *ya que la gente del otro lado, y millones en todo Afganistán, habían sufrido un lavado de cerebro y creían que estudiar implicaba abandonar el Islam.* Una muestra microcósmica de cómo la irresponsable intervención occidental fomentó con esmero el surgimiento talibán. Hasta el día de hoy, los maestros de Dowlat Yar dan clase junto a las ruinas de sus escuelas, con alfombra, pizarrón, bomba de agua y bandera como todo equipamiento.

Otro punto interesante de Dowlat Yar es su bazar. *¿Por qué hay tantos depósitos cerrados con persiana y candado?* – es mi pregunta a Azís. *Es que aún no es tiempo de la cosecha de opio* – responde mientras se toca con el índice su muñeca sin reloj. En un par de meses, contrabandistas de Helmand y Oruzgan llegarán en suntuosos 4x4 a negociar los precios de esta cosecha declarada ilegal desde Kabul y floreciente en el resto del país. Aquí inicia la lenta caravana hacia las calles europeas, donde el kilo de heroína se vende a U$S 50.000. Cabe recordar que, a diferencia de los países andinos, donde la cultura de la coca lleva siglos de arraigo, aquí el opio fue introducido por puntuales sorbedores de *Twinning's* desde la India Inglesa en el siglo XIX.

La lección de historia de Azís casi me hace olvidar que exactamente un año atrás abordé un velero en Belfast con destino a Escocia, iniciando así este viaje. Imposible hacer mucha pompa: lo más cer-

cano a la indulgencia que encontraría en el bazar local sería un paquete de galletitas de frutilla. Mejor seguir aceptando el siempre fluyente té de Azís. *¿Cuándo regresarás a tu casa?* –me pregunta. A veces pienso en regresar, o para ser más exacto, en apropiarme temporariamente de un lugar, al menos hasta volver a sentir la necesidad de descentrarme otra vez. Es un vaivén, una respiración. Porque cuando despliego el planisferio descubro que Kirguistán o Groenlandia están allí esperando ser explorados y siento esa cosquilla en el estómago que sólo cede cuando hago kilómetros y las hojas de ruta se me hacen añicos en la mano. Antes de agotar mis palabras sobre Dowlat Yar, debo recordar a Norul, otro maestro local, quien me tocó el corazón cuando al escuchar que era argentino, nombró el Río de la Plata, el Paraná, los Andes y el Chaco.

Norul y Azís me acompañan, a la mañana siguiente, a visitar la escuela local, que como me anticiparon funciona al aire libre. Aquí ni siquiera hay tiendas de UNICEF como las que observé en Karokh, sino sólo inmensas alfombras, tan grandes que caben entre 30 y 40 niños sentados. Detrás se ve la bandera, y una bomba de agua. No hay suficientes maestros, por lo que mientras éstos rotan, un los niños de grados mayores cuidan a los más pequeños. Algunas de las niñas tienen las bolsas de los ojos inflamadas, como si tuvieran inmensas ojeras. Es algo que también he visto en personas mayores, pero en éstas niñitas el efecto es un rostro infantil con un elemento de vejez que la hace casi atemporal.

- Es por el polvo que hay en el ambiente – me explica Azís- Es un problema, mucha gente queda ciega por cataratas a los cincuenta. Por eso en Afganistán todos nos cubrimos el rostro con turbantes.

Otro camión, lento y grande como una galápagos me saca de Dowlat Yar, al día siguiente, y me arrima hasta la aldea de Kirmun. Allí los locales me dicen que el Paso de Shatu está bloqueado por

nieve, lo que descarrila mis planes hasta que alguien asegura que es posible cruzar por otro paso desde la aldea de Sadbarg. La carretera de la que hablan no figura en mi mapa. Debe ser una senda o huella. Ante todo pregunto, con insistencia de detective, si hay algún tipo de camino. Porque también es posible que se refieran a rutas de pastoreo, que sólo se encuentran siendo pastor afgano o teniendo un buen mapa. *¿In rahe Yakawlang?* – pregunto también si ese camino lleva a Yakawlang, la aldea al final del valle, que en mi mapa no se conecta con Sadbarg. Cuando me lo juran por Allah me doy por satisfecho y emprendo la caminata.

Pronto me encuentro chapoteando en ríos sin puente, cruzándolos, a veces en cabras prestadas por pastores ocasionales, otras veces a pie, con las botas atadas de los cordones a La Maga. El camino sigue estando allí, cada vez que accedo a una nueva perspectiva de horizonte. Lo único sospechoso es que el valle parece cerrarse sobre el horizonte ante un anfiteatro de torres de granito nevadas. También recuerdo que ese es siempre la apariencia en este tipo de terrenos, y al final siempre hay una cuesta y un paso. En un momento escucho el mágico ruido de un motor, porque escucharlo en medio a tal desamparo universal es realmente glorioso. Una mini van *Hi Ace* viene bamboleándose, cargada de pasajeros. Van hasta la aldea de Nodros, e inicialmente piden dinero, pero pronto me dicen que suba lo mismo. En Nodros, un enjambre de niños sale a recibir al vehículo en estampida. Nunca había visto a un vehículo ser recibido con tanto alboroto. Y cuando un extranjero que es mitad tortuga y mitad jirafa sale del mismo, su entusiasmo es tal que un hombre ya entrado en años debe mantenerlos a distancia con su *lunghi* (turbante) extendido como si estuviera espantando moscas. Hay algo extraño en los rostros de los niños, en sus ojos, son bastante achinados. ¿Quizás el atajo que me recomendaron en Kirmun me llevó a Mongolia? O más bien había llegado a mi primera aldea *hazara.*

Bienvenidos al Hazarajat, el territorio de los *hazara*, literalmente *el pueblo de los mil*, apodo que nos recuerda a todos que estos pastores de cara aburrida fueron antaño parte de la caballería invasora de Genghis Khan. Por su ferocidad pasada nunca lograron hacerse querer demasiado, y hoy están en el fondo del ranking étnico afgano. Lo que los talibanes hicieron con los hazaras cuando tomaron el poder, ilustra lo antedicho de manera no apta para cardíacos. En un moroso y alegórico ajuste de cuentas, los talibanes transportaron a mil hazaras a Kabul, los hacinaron en camiones sin ventilación, y condujeron hasta que último de ellos murió sofocado. Los cadáveres fueron luego apilados en parques públicos, sin demasiada ceremonia. El principal pecado de los hazaras ante los ojos de los talibanes era pertenecer a la secta chiíta del Islam. Eso explica por qué Irán, único país islámico de mayoría chiíta, jamás apoyo a los talibanes.

Ahora la palabra "*Hazarajat*" se expande en letras itálicas sobre mi mapa, designando el desnudo paisaje habitado por este pueblo aislado. Cruzo los valles del Hazarajat literalmente a pie, con las dos cartas para Justin en mi poder. Tras haber dormido en Nodros en casa de una familia local, emprendo una marcha que se prolongará en sostenida soledad, salvo un breve tramo compartido con dos maestros cuya motocicleta se ha quedado sin gasolina. Seguirle el ritmo a los maestros no es fácil –los locales siempre caminan más rápido- pero su escolta aminora el impacto cultural en una zona poco acostumbrada a las novedades. Después de zigzaguear una empinada cuesta, llegamos al paso, desde cuya cima se observa todo un horizonte de cumbres nevadas con el que jamás hubiera asociado a Afganistán. Del otro lado, la aldea de Sadbarg nos espera con el té listo.

En 1954, cuando el explorador inglés Wilfred Thesiger hizo su viaje en el Hazarajat, encontró a los locales un tanto indiferentes a su

presencia. Siendo que me han alojado y dado de comer siempre que hubo ocasión, no me puedo quejar de la hospitalidad hazara, pero no quiero seguir la tendencia actual de viajeros que sin importar lo que encuentran, dicen que la gente en los países pobres es siempre encantadora. Muchas veces escucho tales exclamaciones irreflexivas de parte de gente que no ha llegado al punto de tener que recurrir a la hospitalidad del país en cuestión. En una o dos casas de té, al verme entrar, la gente empieza a pronunciar la palabra *dólar* cada diez segundos. Entiendo que es la primera vez, para muchos, que conocen a alguien de ese mundo exterior que lentamente estipula sus estándares y les enseña las nuevas palabras sagradas. Pero por un momento me parece que los altavoces de la mezquita podrían entonar *¡Dolar Akbar!* (El dólar es grande) en lugar de *¡Allah Akbar!* sin que nadie lo note.

Repito que tanto en Nodros como en Denikoch fui alojado por locales, pero su hospitalidad carecía del tono alegre de sus vecinos tajiks o pashtunes. (Una excepción sería quizás ese joven granjero que se ha instruido a sí mismo en inglés y transforma la sala de espera de la mezquita en una habitación para este caminante). Claro que sólo se puede decir que los hazaras son poco hospitalarios por el contraste con sus vecinos. Aunque no recordaré a los hazaras por su calurosa bienvenida, mi retina aún retiene su orgulloso porte. Un grupo cualquiera de aldeanos reunidos en una casa pasaría por una asamblea de jefes de clanes. Con respeto y empatía se aferra mi memoria a esos huérfanos de Genghis Khan, cuyo abandono aún parecen estar lamentando.

Sadbarg es la última aldea en mi mapa. Desde allí camino unos 15 km por una huella intermitente, a veces a duras penas distinguible en la hierba, para la cual los cartógrafos holandeses que confeccionaron mi mapa no reclutaron ni siquiera una mísera línea punteada. Yakawlang aparece de pronto cuando menos lo esperaba, pro-

bando la exactitud del consejo de los aldeanos de Kirmun. Paso de largo el pueblo, dirigiéndome directamente a Bande Amir, el único grupo de lagos de Afganistán. La emergencia de cuatro lagos turquesa en el árido paisaje es un espléndido regalo a mis ojos sedientos de color. Como sucede a menudo en países desérticos, la manifestación de cualquier color gana propósito e intensidad. Desde Bande Amir, ningún azul ha vuelto a ser el mismo. Sergi, un catalán que conocería más tarde en Gilgit, Pakistán, me contaría que en este lago aún hay patitos a pedal de la época en que los hippies venían de paseo. Pero conste que no vi ningún patito.

Cuando llego a Bamian son las 9 p.m. y el pueblo está desierto y a oscuras. Ante la pregunta de *¿Dónde puedo conseguir un teléfono?* (Necesito llamar a Justin), los policías locales susurran entre sí en la oscuridad: *Quizás los neocelandeses tengan uno*. Parece que las tropas de la OTAN asignadas a Bamian son neocelandesas, y nosotros vamos a *manguearles* el teléfono.

Me suben a uno de sus jeeps, y aceleran rumbo a la base. Las luces altas iluminan el letrero "Kiwi Base", cuya redacción parece señalar más una playa que una base militar. Aclaro que encuentro absolutamente ridícula la idea de golpear las puertas de una base de la OTAN para preguntar si alguien tiene un celular, y sólo por ello aplico el *laissez faire.*

Los policías de barba golpean en vano el disco plástico en el centro del volante. La bocina no funciona, por lo que salen del coche y comienzan a gritar en dari. Es una inusual serenata para el casi adolescente soldado neocelandés que está de guardia, y quien visiblemente no entiende ni jota de lo que le dicen. Avanza nerviosamente hacia los policías dedo en gatillo, y hay gritos cruzados. Los afganos no entienden que no los entienden, y el volumen de la escena va subiendo. El soldado sólo se tranquiliza cuando le ex-

plico en inglés lo que pasa, también a los gritos porque es la única manera de entenderse. Jamás sabré que tan cerca del tiroteo estuvimos, pero el neocelandés me felicita por hablar inglés, mientras intenta volver a respirar normalmente. Llegó a Afganistán hace dos semanas y aún no entiende el idioma, y por poco nos manda a todos al infierno. Y me olvidaba: no tenían un teléfono.

De regreso, los policías afganos se ponen a cantar con la mejor intención, pero durante el clímax del coro el jeep termina de alguna manera sobre los árboles, con una de sus ruedas sin tracción girando residualmente sobre una acequia vacía. Les agradezco su ayuda profesional y parto a buscar una pensión. Llamaré a Justin mañana, con luz y sin tiroteos ni autitos chocadores. La brigada policial escasamente advierte mi partida, están ocupados pateándose el trasero unos a otros con notoria reciprocidad. El encargado de una pensión con el auspicioso nombre de Marco Polo me indica una de las habitaciones disponibles. Todo el mobiliario es una colchoneta y un almohadón. Suficiente para proporcionar descanso al más exhausto de los carteros.



En valles prohibidos III

Cowboy y Gaucho viajan a Kabul

Empatía entre desertores

Se pueden leer las bases de la personalidad de Justin, el voluntario oriundo de Oklahoma, a quien he venido a visitar, con echar un vistazo a su alacena. En el estante de la izquierda: conservas, arroz, albahaca, pimienta, cardamomo. A la derecha, libros. Alimento para el cuerpo y para el alma. Todavía ignoro hasta que punto mi nuevo amigo es sensible a la metáfora mientras espero que abra las cartas que tanto ha esperado y que le he traído desde Chaghcharan. Termina la lectura de las breves cartas con una sonrisa y, manteniéndola, vacía dos tazas de arroz en una olla. Luego expresa su himno: "*un buen arroz de grano corto de Japón, tabaco de pipa decente y un buen libro, con eso puedo ser feliz*" Es la chispa inicial de una empatía que se vuelve más fuerte cuando me cuenta que ha rechazado una beca de U$S25.000 para estudiar fotografía artística en EE.UU y en cambio ha venido a reforestar los valle afganos por dos monedas. Los desertores, parece, se agradan unos a otros.

Mientras relato a Justin los momentos trascendentes de mi viaje por tierra desde Europa a Afganistán, (sin olvidar la ocasión en que

científicos noruegos me confundieron con un cormorán y me anillaron, a orillas del Mar del Norte, después de haber aliviado mi hambre con sándwiches de langosta) noto que Justin hace preguntas distintas de las que habitualmente surgen de la lisa y llana curiosidad. Le cuesta creer cuán poco dinero he necesitado para viajar alrededor del mundo por un año. *Menos de lo que hubiera gastado de haberme quedado en Argentina por un año* - le explico. Cuando el arroz está listo Justin lo sirve en pequeños platos hondos, y va al grano: por años ha fantaseado con una vuelta al mundo en bicicleta. Cuatro días antes del llamado de Michael desde Chaghcharan anunciando mi visita, Justin, quien es creyente, había orado pidiendo una señal para saber qué debía hacer. Y la señal había llegado, con suficiente mugre como para darle materia un nuevo mundo y dos cartas en la mano.

Es curioso pensar en todas esas personas que no son nuestros amigos simplemente porque viven en ciudades y pueblos de países que jamás hemos visitado. Con Justin pronto asumimos una terapéutica rutina de atardeceres con pipas encendidas bajo la luz de la vela (el generador se apaga a las seis de la tarde) A medida que Justin comienza a tomar su sueño seriamente, sintonizo de manera más fina con mi propio pulso de movimiento continuo. Como si las bocanadas de *Captain Black* exorcizaran con su incienso achocolatado a los demonios de la bicefalía (entendida como capacidad de sobrellevar una vida distinta a la deseable), los miedos se vuelven palabras, dejan al descubierto su estrato interno de mandamiento social, y convidan su magnitud reconvertida en confianza. El miedo de volverse un vagabundo sin tarjeta de crédito, un Diógenes contemporáneo pidiéndole a Bill Gates que se corra del sol, tiene que ser tan prestado como propio debería ser el deseo de lo mismo. Con la ayuda de la matemática, por el contrario, postulamos una trashumancia sustentable. Con cinco dólares por día, libros de poesía o fotografías para vender, la fecha de venci-

miento de cualquier viaje es cualquier cosa menos financiera. Al principio Justin se ríe cuando le digo que una vez que uno aprende las reglas del juego, vivir de viaje es más fácil y económico que asentarse.

Confrontado con una perspectiva tan viable, con los mandatos sociales ya desmitificados, Justin nombra otro demonio: *¿Cómo continuar siendo uno mismo a pesar de la exposición constante al cambio?* Habiendo notado que la mitad de su biblioteca constaba de bibliografía cristiana, intento ser lo más diplomático posible, y respondo: *¿y cómo saber quién es uno mismo sin haberse expuesto primero al cambio?*" Viajar implica poner a prueba a diario la propia identidad. Y eso es deseable.

El peor escenario posible

Desafío. Esta palabra es totalmente excedida por las circunstancias de un norteamericano viajando a dedo hacia Kabul en la primera década del siglo XXI. Poco conmovido por lo que yo llamaría el peor escenario posible, Justin ha decidido hacer dedo conmigo hacia la capital afgana. Es la primera vez que hace autostop. *Si podés hacerlo acá* –le digo- *podés hacerlo en cualquier lugar del mundo, pero acordate que tu pescuezo tiene más recompensa que el mío, ¡sos norteamericano!*

La mañana de la partida, como siempre, Justin viste la larga túnica gris local con un chaleco marrón. Aunque de lejos se diría que es afgano, la bolsa de supermercado blanca donde lleva sus cosas lo hermana, afgano o gringo, con el linyera universal. Camino a la ruta nos detenemos a digerir nuestra cuota de la tristeza irradiada por los nichos vacíos donde solían estar los Budas de Bamian.

Cuando cohetes y artillería no fueron suficientes para destruir los Budas, otrora los más grandes del mundo, los talibanes convocaron a un experto en detonaciones de Medio Oriente para que completara la tarea, y en una demostración de vandalismo cultural sin antecedentes pulverizaron al mayor ícono de la tolerancia, confirmando de paso su estirpe infrahumana. Tras un poco de marcha y una parada a beber agua de un arroyo, previo tratamiento con pastillas potabilizadoras, llegamos a un sitio razonable para hacer dedo. Estos somos nosotros, un hombre de las *Great Prairies* y uno de las Pampas, *cowboy* y gaucho, camino a Kabul.

Un picnic en territorio talibán-positivo

La idea de que Justin se vistiera como local encontraba base en la errada suposición de que el tránsito consistiría ante todo de camiones locales. En cambio empezamos a comer el polvo de vehículos de las Naciones Unidas, del ejército neocelandés y de varias ONG. Hay que cambiar de estrategia, por lo que Justin se va detrás de unas rocas y regresa con un par de jeans y una remera rayada como una cebra. Ahora que ya parece un honorable embajador del *American Way of Life*, seguimos caminando, pues nos hemos aburrido de la desmoralizante cercanía de Bamian. Poco después de un puesto de control (hay que decir que encontré muy contados controles en mi viaje por el país, en comparación, por ejemplo, con los que viera en Irak) la carretera se desdobla. Ambas variantes desembocan en Kabul, luego de sortear distintos pasos de montaña. Como en el mapa es claro que la opción sur es más corta, no le damos mayor importancia al asunto y caminamos por esa vía. Tendría que habernos llamado la atención que todos los vehículos de las ONG e incluso los militares viraban a la izquierda.

El primer vehículo en detenerse, luego de una hora de espera, es un viejo jeep UAZ de la policía afgana, y al hacerlo nos envuelve en una vía láctea de polvo y pedregullo. Cowboy, quien habla fluido dari, nos presenta como dos trotamundos. Cuando el policía que parecía tener más rango nos indaga sobre nuestra nacionalidad, Justin se las arregla para esconder su ciudadanía norteamericana sin tener que mentir, y afirma muy convencido: *Mis abuelos nacieron en Checoslovaquia*. Qué cierto es entonces lo que decíamos mientras fumábamos nuestra pipa, aquello de que el viaje es un desafío constante a la propia identidad… ¡de ingeniero forestal norteamericano a trotamundos checoslovaco en cinco minutos!

El hombre que hace las preguntas es el comandante de la policía provincial de Bamian, quien con su chofer y su escolta armado viaja también hacia Kabul. El comandante, un hombre de barba color jengibre, alto y de ojos azules, podría pasar por local en Hamburgo, sin dudas, un uzbeco puro. Sin demasiada meditación concluye que estamos locos, y por un motivo adicional al que teníamos en mente: *Los talibanes están atacando todas las semanas* –se exaspera- *¿Qué están haciendo acá? La semana pasada uno de nuestros vehículos voló por el aire, le dispararon con un lanzacohetes portátil desde la montaña*" Demasiado tarde entendemos por qué todo el tránsito tomaba el desvío norte. Y por qué el cadete casi adolescente se aferra a su Kalashnikov y escanea el paisaje con ojos nerviosos.

La opción es nuestra. Podemos ir con el comandante hasta Kabul, en cuyo caso nos volvemos blanco nosotros también. O podemos regresar a pie al desvío y tomar la ruta norte. Es el tipo de situaciones en que pienso que si llegué hasta aquí, un poco de riesgo extra no causa daño alguno, sino que suma coherencia al conjunto. Nos miramos para comprobar el acuerdo, pequeño ritual que

es acompañado por distintas contorsiones de labios, aperturas antinaturales de ojos hasta el punto huevo frito, y manos desplegadas en el aire como si el dilema nos hubiera transformado en árboles. Parecemos una pareja indecisa en el altar, pero al final damos el sí, y el comandante hace lugar para nosotros en el asiento trasero, y desplaza cajas de municiones y herramientas en el portaequipaje para dejarle su trono libre a *La Maga*. En todo caso, es una muerte que podría aceptar en mi biografía.

Ya no somos simples pasajeros, tenemos que estar alertas y decirle al comandante si vemos algo extraño, aunque para nosotros todo sea extraño. A pesar de la tensión subyacente no hay dentro de ese jeep un minuto de solemnidad, ya que al comandante le gusta comparar las montañas que tenemos de frente con dos pechos de mujer. A su vez, el conductor sugiere que el comandante sólo puede mantener la seguridad de zonas como esta porque *aquí no vive nadie*. Del paso en adelante hay aldeas cuyos habitantes dan ocasionalmente guarida a talibanes que llegan desde el sur para perpetrar atentados en la carretera. Sobre el mismo paso, aún en territorio seguro, el motor del UAZ empieza a echar humo, y mientras el escolta sacia la sed de los tornillos rehidratando el radiador, el comandante saca un mantel, una gaseosa cola del baúl, y busca lugar para un picnic.

Sí, leyeron bien: picnic, el más bizarro de nuestras vidas, con la inusual compañía de tres policías afganos, sobre un prado en el que flores silvestres violetas forman constelaciones, y donde los fusiles descansan su muerte de acero. Después del paso, todo es incierto, por lo que el picnic es el último momento de relax antes del tramo de ruta más peligroso de nuestras vidas. La preocupación que me causa ver al comandante orar en dirección a Meca pidiendo protección (de quienes alegan defender el Corán) contrasta con la risa que me da pensar que éste es el primer viaje a dedo de Justin.

Son dos horas hasta Kabul, y el miedo es dispersado por las historias que cuenta el comandante y que Justin traduce. A la edad de 19 años nuestro amigo ya peleaba al lado del *mujahiddin* Massoud (héroe nacional de la lucha anti-talibán), y dice que los dedos de las manos no le alcanzan para contar los talibanes que ha matado en combate. Mientras pasamos por las temidas aldeas, noto que el escolta armado pone su peor cara de perro, para intimidar a los locales. Yo he quedado traumado con la hipótesis de un ataque a distancia con cohetes. Mantengo la vista en los techos y, muy en vano, tengo bien entrenado el movimiento necesario para abrir la puerta y saltar. Pero los talibanes están hoy de paro, y nadie se molesta en matarnos. Poco antes de llegar a destino, el miedo ya se ha dispersado, y otra sensación, que ya había olvidado, me sorprende: la suavidad, el jeep comienza a rodar por una ruta de asfalto. Atrás 800 km de ripio con sus nómadas, camiones Kamaz, campos minados, maestros hospitalarios, pelotones fotogénicos, voluntarios extranjeros, hazaras, soldados de la OTAN y jugadores de bushkashi. No se cuál hubiera sido la experiencia de haber tomado la Ruta Norte, pero nunca me sentí más lejos de mi mundo conocido como en los desolados valles de Afganistán Central. El mito de la lejanía era algo que no había dejado de reencarnar en nuevos horizontes desde mi primer viaje a dedo. En aquella ocasión había viajado 115 km desde Mar del Plata, mi ciudad natal, hasta Villa Gesell, a presenciar el programa radial de Alejandro Dolina. Entonces, claro, Villa Gesell quedaba lejísimos. Ahora recordaba ese día y cómo la lejanía había ido invistiendo nuevas metas y disfraces, para caer cada vez presa de la experiencia actual, siempre los puntos anónimos en el mapa volviéndose anécdota. Quizás, incluso, sentía la tristeza primogénita de tal dicha, el miedo a no volver a sentirme tan lejos y descentrado.

Llegamos a la gris Kabul poco antes del crepúsculo. Dormimos en casa de unos amigos de Justin, una pareja norteamericana que ex-

plota la única agencia de viajes del país. Son ellos quienes me dan el contacto de la familia Leiva, mis futuros anfitriones en la ciudad. A la mañana siguiente Cowboy y yo tomamos caminos distintos. *Nos vemos algún día, en Oklahoma o Buenos Aires.* Recuerdo con dicha esos atardeceres en Bamian, fumando nuestras pipas y ahuyentando miedos, sobretodo porque mientras termino la edición de este libro me escribe desde Nicaragua, a donde ha llegado en bicicleta desde Estados Unidos, tras haber terminado su plazo en Afganistán y regresado a Oklahoma



Típica aldea hazara



Justin abre su correo…

Bamian y Kabul...



Los nichos vacíos de los Budas de Bamian.



Niñas de Bamian.



Justin y el comandante, camino a Kabul.



Chicken Street, Kabul.



Kabul, una ciudad en reconstrucción.





La heroica Familia Leiva. Kabul



Historias mínimas de Kabul

Sweet home Kabul

Me pregunto si la misma fe en el ser humano que me impulsó a través de los valles centrales afganos me serviría para poder *vivir* en Afganistán, como lo hacen mis anfitriones, la familia Leiva. Fabián y Bety son argentinos, y mucho antes de formar una familia sintieron individualmente el llamado de ir a Afganistán a ayudar a tan lejanos prójimos. Actualmente viven en Kabul, con sus cuatro hermosas, ruidosas, y bilingües hijas. Me quedo cinco días en su casa, que como la del resto de los extranjeros que viven en la ciudad está rodeada de muros. Uno pensaría que es el búnker del jefe del Cartel de Calí. *¿Y… qué tal Kabul?* – le hago a Bety la más estúpida de las preguntas mientras tomamos mate. *¡La pasamos bomba!* – me responde con envidiable sentido del humor. Llevan nueve años aquí y, no hay necesidad de preguntarlo, estaban también durante el régimen talibán. ¿Querés leche o té con leche? – le pregunta Bety a su hija Abigail, de ocho años. Su respuesta es sorprendente: *I want leche only mami…* Sus hijas asisten a un colegio internacional, junto con los hijos del resto de la comunidad extranjera. Abigail y sus hermanitas no sólo hablan dos idiomas, también los hablan simultáneamente.

Cuando Fabián regresa del trabajo, y ve al huésped en condiciones de post-ruta, le pregunta: *¿Te viniste de hippie? Estás loco, te podrían haber cortado la cabeza.* Le recuerdo que él vive con sus cuatro hijas en Afganistán, y me tiene que conceder, entre risas, el punto. Hace un mes dos bombas explotaron en la escuela internacional, una a cada lado, sin que hubiera heridos. Antes, en la época de los talibanes, todo era más seguro –cuenta Fabián- al menos hasta que llegaron los Turbantes Negros. No me queda otra que admitir mi ignorancia. *¿Quiénes eran los Turbantes Negros?* –tengo que preguntar. Porque obviamente, he llegado a la mitad de la película.

Turbantes Negros, exilio y bacanales

Fabián comparte conmigo sus archivos de experiencias personales en Afganistán durante el régimen talibán. No es la versión de la CNN, sino la de un enfermero de Buenos Aires.

- Los talibanes eran tan brutales y literales en la interpretación de la ley islámica, que pocas personas estaban dispuestas a arriesgar sus brazos o manos por cometer un robo. Antes de que la gente llegara a entender que los talibanes realmente cumplían lo que predicaban, las prisiones ya estaban llenas de gente esperando amputaciones. En aquel tiempo, viajar en los bastiones talibanes de Kandahar, Oruzgan y Helmand era totalmente seguro, y la ruta que vos tomaste ahora era intransitable, porque se resistían al dominio talibán, como hoy a su resurgimiento, y eran el foco de la tensión. Mucha gente en esta época era feliz. Vos pensá que los talibanes eran originariamente una facción armada de los estudiantes de teología de Kandahar que proponían un regreso al Corán, a la fuente del orden moral y político. Ese es el problema del fundamentalismo islámico, que el Corán explica como matar una cabra

y cómo organizar un país con igual detalle, y cualquiera que se base en él se vuelve por definición totalitario. Pero hay que decir que en el inicio evitaron incluso la corrupción.

- ¿Y qué pasó después?

- Que el Corán fue escrito en el siglo VII, y los talibanes no tenían mejor receta para gobernar el país. Para mantener el orden interno pronto tuvieron que recurrir a despiadados mercenarios conocidos como Turbantes Negros, para diferenciarlos de los talibanes locales que usaban el turbante blanco. Estos mercenarios provenían de todo el mundo islámico, de Marruecos a Chechenia. Financieramente se pidió asistencia a Al Qaeda, a cambio del vía libre para alojar a los más buscados terroristas. Entonces se volvió normal ver a un miliciano talibán en cada esquina, pero si era un turbante negro había que correr.

Bety silencia a Fabián con un mate y continua: *Una vez uno de ellos me agarró del pelo, me levantó en el aire y me gritó "¿Chadorí Koyá?" (¿Dónde está el chadorí?) Como soy latina y de piel oscura me confundió con una local, y alguien tuvo que explicarle que era extranjera…*

- ¿Pidió disculpas entonces?

- ¿Disculpas? –se ríe- No, me tiró al suelo y escupió con precisión. Era una época oscura en todo sentido. El comercio era inexistente, ya que el país había sido declarado oficialmente un sultanato, y la comunidad internacional, salvo algún que otro emirato del Golfo Pérsico, no reconocía al nuevo experimento talibán. Todo lo que había en las estanterías había entrado de contrabando. Alquilar una casa como esta costaba U$S25 por mes, pero un Toblerone costaba U$S50. Una vez me regalaron uno para mi cumpleaños, a mí que no me gusta el chocolate, ¡hubiera preferido la plata! Los talibanes condenaban la tecnología más que los neohippies europeos:

TVs, videocaseteras y computadoras eran confiscadas y aplastadas por tanques de guerra. Radio Kabul fue rebautizada Radio Sharia, y se limitaba a transmitir el Sagrado Corán. ¡Hasta las universidades se cerraron!

Mientras Bety habla recuerdo *el saber es poder* de Foucault. Evidentemente no integraba la ética talibán. Como la iglesia en la Edad Media, los talibanes habían decidido embestir contra todo lo que no cupiese en los versos coránicos. Toda la generación que durante la ocupación de los "ateos" rusos no había recibido instrucción religiosa alguna, ahora era internada en *madrasas* (escuelas de religión) donde lo más sofisticado que aprendían era cómo lavarse los pies según la manera prescripta por el Islam. A las niñas se les negó al acceso a la educación. Más allá del machismo imperante, el derecho a estudiar es respetado por casi todos los países musulmanes. En Irán, Egipto, Siria, Irak, en todas partes conocí mujeres arquitectas, periodistas, o empresarias. Serán de la clase más alta, pero allí están. Aquí, en cambio, con un plumazo de la *loya jirga* (asamblea pashtún) de Kandahar, los talibanes habían circunscripto a la mitad femenina del país a la cocina por siempre jamás. Este regreso al pastoralismo pronto causó problemas al propio régimen: cuando una multinacional llamada Bridas inició negociaciones con los talibanes para construir un gasoducto, estos estipularon que todos los contratos debían ser traducidos al dari, ya que entre la élite talibán nadie hablaba inglés. Y más peligroso aún, para revisar los aspectos técnicos de dichos contratos sólo disponían de un graduado en Ingeniería Civil sin experiencia laboral alguna.

¿Hasta qué punto, en un país donde una exégesis particular de un texto religioso ha alentado la ignorancia, es el relativismo cultural una excusa para no intervenir? Fabián piensa que los talibanes sufren su propia cultura, y que eso del relativismo es un invento europeo. El súbito tropezón entre este universo mágico y la realidad

como nosotros la aceptamos (recordemos que hablamos siempre del mismo indescifrable acto de magia) puede ser gracioso. Alguien todavía debe explicar a gran número de afganos que Alejandro Magno, quien marchó a través del país, no era musulmán, y que ciertamente no fue quien introdujo el Islam en la región. Personalmente presencié otro ejemplo, cuando una mujer que había quedado intrigada por una TV exhibida en la vidriera de un centro comercial se cubrió repentinamente el rostro y apuró el paso cuando en las veinte pulgadas apareció un hombre mirándola directamente a los ojos, y presentando las noticias…

Mientras exploro Kabul es imposible dar con un edificio completamente libre de orificios de bala. Algunos parecen trozos de queso gruyere. El teatro de la ciudad, que había sido construido por los rusos, representa eficientemente la ira del alma tribal talibán hacia el ímpetu urbanístico soviético. Aquellos que vivieron aquí durante la ocupación rusa cuentan que se podían ver mujeres en minifalda paseando por las calles. Esto deja claro por qué los talibanes aspiraban a destruir la ciudad más que a ocuparla. Al día de hoy, Wazir Akbar Khan, el centro de la ciudad, donde funcionan las embajadas, las sedes gubernamentales y el complejo de la ONU, se está lentamente recuperando de 30 años de guerra civil. Hasta hay un edificio completamente revestido de vidrio, obra de algún empresario con mucha fe en la paz. Es un centro comercial y según Sergi, mi amigo catalán, que es músico, dentro venden hasta guitarras eléctricas. Taxis, y vehículos de las ONU manejados por hombres de lentes negros comparten la calle con vehículos blindados norteamericanos y hombres que venden coco en puestos ambulantes montados sobre carritos.

Los extranjeros en Kabul llevan una vida entrópica, ya que múltiples condiciones culturales traban la fluidez del contacto humano. Durante mi estadía en Kabul tuve oportunidad de asistir a uno de

esos eventos organizados por extranjeros para extranjeros, una barbacoa dedicada a celebrar un nacimiento. Entre salchichas y ensaladas Fabián me presenta a Georg, un alemán de 56 años que tiene un puesto ejecutivo en Shelter Now, una ONG que trabaja con refugiados. A mi pregunta de *¿Cuándo llegaste a Afganistán?* la respuesta me toma por sorpresa: *¿La primera vez? En el '65, en un autobús de dos pisos que habíamos comprado entre veinte.* A mis espaldas, otro hombre de cabellos emblanquecidos por la caducidad de los calendarios se da vuelta, y se engancha: *¿En serio? Yo llegué en el ´67 en una combi VW. Íbamos camino a India, pero por un problema de papeles no pudimos conducir más allá de Lahore, en Pakistán.* Son hippies de la vieja guardia. Ante ellos me saco el sombrero. Camino a India, muchos se habían involucrado con la problemática local afgana, y habían permanecido para ayudar. Eso me hizo a acordar a más de un ingeniero agrónomo que me había llevado en mis viajes a dedo por la Provincia de Buenos Aires, y que me preguntaban si no me parecía que viajar era algo improductivo. Claro que hablo de un extraño país en donde la noción de productividad está definida por una logia de vendedores de fertilizantes como la capacidad de generar quintales de soja para exportación. Bah, todos los países son extraños.

En el caso de Georg, dedicar su vida al pueblo afgano casi resultó en perderla en manos de ese mismo pueblo al que intentaba ayudar. Dos meses antes del atentado de las torres gemelas, Georg y otros 5 miembros de Shelter Now fueron arrestados por los talibanes bajo cargos de proselitismo cristiano. Mientras paseaba por la prisión se ganó el peligroso apodo de "George Bush", quizás no el mejor del que hacerse en Kabul a finales de 2001. Salvó su vida milagrosamente.

Dedico mi última tarde en Kabul a curiosear los comercios de artilugios locales de Chicken Street (donde abundan alfombras con

la cara de Massoud y mapas de Afganistán formados por piedras de lapislázuli) y camino por el río Kabul hasta una plaza delante de una mezquita en donde la gente se dedica a tirarles miguitas a las palomas. Es bueno ver que la cordialidad hacia la más global de las aves ha sobrevivido a los sacrificios éticos de la guerra. Me han contado que en Herat los talibanes habían prohibido la costumbre local –muy popular entre los ancianos- de sacar las aves enjauladas al atardecer para escuchar su canto, ya que la música también iba, según ellos, contra el Islam…

A mi caminata kabulense se han sumado Gerome y Adrián, dos franceses que también entraron al país por tierra. Son los primeros viajeros que encuentro en el país, con excepción de Marcus, un alemán que encontré en la pensión Marco Polo de Bamian y que intentaba visitar todos los países del mundo (llevaba, por entonces 114, pero el número actual ha de ser mayor porque la semana pasada llegó a mi pensión una postal desde Somalia). Con los franceses recorremos mercados, uno de ellos precisa un par de zapatillas. Pasamos por una caótica parada de autobuses urbanos, y allí descubrimos otra de las torvas condensaciones afganas: los autobuses son viejos Mercedes donados por Alemania en los años setenta. Algunos de ellos aún revisten inscripciones originales, como "Berlin Reise Bus", a las que se han agregado otros anuncios y frases, para no perder la costumbre, pero sí para mantener la estirpe, en idiomas foráneos. No olvidaré jamás ese desafío a la gramática que es "*Welcome to Benz. Good your journey*" (Bienvenido a Benz. Buen su viaje). Otros autobuses exhiben imágenes de actrices de Bollywood. La desnudez de rostro es algo reprochable a las mujeres locales, pero loable en la mujer extranjera. Pensándolo bien, no todo el mundo acata tales reglas de castidad en Kabul. Gerome y Adrien me cuentan que el fin de semana pasado fueron invitados a una fiesta de la comunidad francesa, muy distinta a aquella barbacoa que me tocó a mí. Según Gerome, había un bowl

con preservativos compartiendo la mesa con el vino y el delicado menú a base de sushi. ¿Autoafirmación de los vicios occidentales en condiciones de minoría o alevosa celebración dionisíaca? No lo sé bien, pero mis amigos aseguran que desde el Mundial del ´98 no sentían semejante orgullo de su linaje.

La ruta hacia Jalalabad y la frontera paquistaní está considerada una de las más peligrosas del mundo, ya que se interna en el Pashtunistán, un área transnacional pashtún de tradición autonomista y tribal, donde realmente nadie tiene el control sobre nada. Hacia allí salgo a la mañana siguiente, y no tardo en darme cuenta de que la tensión está en el aire. Mientras hago dedo soy pasado por un convoy militar del ejército alemán. Sus contornos hexagonales emergen gradualmente de la nube de polvo que ellos mismos liberan, y pronto veo la cara perpleja de los soldados tratando de interpretarme desde sus fortalezas rodantes. No soy de los que caminan mientras hacen dedo. Por lo general busco un sitio favorable, con buen tránsito y amplia banquina, descargo la mochila y espero. Esta vez, sin embargo, prefiero caminar, moverme para evitar que la tensión se focalice en mí.

El primer tramo del día lo hago en un pequeño camión que transporta bolsas de semillas. Le alcanzo mi mochila a un hombre que viaja con la carga y me siento adelante, pero pronto le ordeno al conductor que se detenga y me bajo: por la luneta trasera he podido ver perfectamente cómo el sinvergüenza abría los cierres de mi mochila. Sin perdidas pero con mucha bronca sigo caminando. He dejado atrás Kabul pero el paisaje dista de ser rural, un continuo de viviendas se apuntala a ambos lados del camino, como si todos quisieran vivir con vista a la olvidable carretera. A continuación se detiene un *Tata 4x4*, de fabricación india. El conductor es un chofer a sueldo de las Naciones Unidas, y me deja unos veinte kilómetros más adelante, antes de perderse en un desvío lateral

que lleva a alguna base operacional aliada. Abordo luego a un camión *Hino*, que baja la marcha sin tirarse a la banquina y cuyo conductor me indica que suba. Los tramos son breves, pero también lo son las esperas. He aceptado, y no me avergüenzo, mi anhelo de pasar esta franja de terreno afgano a las zancadas, tan rápido como los camiones lo permitan. No me faltan ganas de conocer a los habitantes de este suelo, al pueblo pashtún, pero tengo la certeza de que en el vecino Pakistán podré acercarme a ellos en condiciones menos belicosas.

El *Hino* me deja en lo que parece ser una cantera y se mete en un predio del que otros camiones salen cargados de piedras enormes. Vuelvo a caminar por la banquina, cruzo una bandada de niños quienes, al verme, comienzan a dar brincos y a dispararme con pistolas invisibles. No es buena señal, y no sé bien por qué recuerdo, algo apenado, a Kutlu, el kurdo amigo de Maher que había aprendido inglés en la cárcel y que escribía poemas tristísimos, donde siempre dejaban caer su sombra la guerra y las armas. Por lo general, lo que me apena de estos incidentes no es su repercusión en mi propia suerte, sino más bien la evidencia que aportan a favor del mundo amenazante que intento desmentir. Viajo para retratar la hospitalidad humana, sobretodo porque creo que el retrato de los episodios de hospitalidad tiene en nuestra época un carácter político, que quiere subvertir el orden del discurso aceptado de mundo = peligro. Claro que sé perfectamente que hay gente envilecida en todas partes, victimas victimarios, gente que rumia el odio que el sistema produce. Cuando me encuentro con esas señales, sin embargo, no puedo evitar entristecerme.

Tras cinco minutos de marcha llego a un control carretero. Todos los camioneros se bajan allí de un salto y entregan rápidamente dinero a un policía que lo recibe sin emitir reacción en un escritorio ubicado bajo una tienda. Me acerco al control con algo de te-

mor. Y entonces, una sabrosa dislocación de expectativas. ¡Estos policías resultan ser auténticos caballeros! Me señalan una silla y me hacen las predecibles preguntas de rigor. Le cuento al que parece el superior que intento dar una vuelta al mundo haciendo dedo, y él enseguida lo traduce a los gritos a sus colegas, y todos uno a uno comienzan a sonreír con una fascinación tan genuina que me emociona. A seguido me obsequian galletas e incluso algo de rupias pakistaníes que serán útiles hasta que pueda cambiar dinero del otro lado. Ninguna de estas cosas me es imprescindible, pero la hospitalidad de los dignísimos policías, que saben muy bien que me encuentro lejos de casa y en una zona de riesgo, me hace lagrimear. Otra vez, no se trata tanto del beneficio, de las galletas y de las pocas rupias, que no llegan a un dólar, sino más bien del gesto, uno de esos que te hacen sentir orgulloso de pertenecer a la especie humana. Juzgo en silencio que la alegría de los policías al conocer mi misión tiene un origen similar. Como ya he observado incontables veces en el año que llevo viajando, a la gente le agrada saber que hay otra gente –en este caso yo- que de distintas maneras se embarca en la quijotesca cruzada de mostrar un mundo mejor, y por eso te apoyan, te alojan, ponen el hombro y te dan lo que no tienen, porque sienten que es necesario que sigas haciendo lo que estás haciendo, precisamente por lo quijotesco el asunto, acaso porque sienten que tu sueño es también el suyo. Así logro digerir, aunque no olvidar, la triste imagen de esos niños jugando a asesinar.

- ¡Mi amigo! ese camión va a Jalalabad, y se ofrece a llevarte – anuncia el capo de la" tienda de los policías buenos" con un tono casi maternal.

Hago noche en Jalalabad donde son otra vez los policías los que me alojan, en su estación. Compartimos la cena sentados en el suelo, y luego preparan una colchoneta en la mismísima oficina del

comisario. Se supone que estando en una de las zonas más problemáticas del país debería temer a los talibanes, pero en cambio no quito la vista de los mosquitos que descansan en la blanca pared. Desde que salí de Kabul la carretera ha descendido, hace cada vez más calor, y con ello aparecen los mosquitos y también el riesgo de malaria. Por la mañana salgo decidido a cruzar la frontera hacia Pakistán, que está a menos de 100 kilómetros de distancia. En otro control policial soy embarcado en un camión paquistaní. Tengo pasaje asegurado hasta la frontera.

Los camiones paquistaníes son una prueba de que lo funcional puede coexistir con lo bello. En Pakistán los camiones no sólo son pintados con colores chillones, sino que por tradición los viejos Bedford son además decorados con una compulsión barroca que hacen del trasto una ecléctica catedral rodante. Como en un esbozo psicodélico se funden ojos, pavos reales, peces, mezquitas, corazones, fileteados e incluso logotipos de Pepsi. Del paragolpes cuelgan cadenas que rozan el suelo, y por sobre la cabina hay siempre una estructura de madera que hace pensar en una proa y que sostiene aún más figuras policromáticas. Los locales confían en que esta superposición de amuletos protege mejor a su vehículo que cualquier seguro. A mí se me ocurre pensar que en alguna medida estos camiones habrán inspirado a los primeros hippies, que pasaron por aquí camino a India, y que al regresar a casa construirían sus famosos autobuses de colores. También recuerdo un cacofónico Bedford que en el año 2000 me llevó de Necochea a Mar del Plata, en Argentina a 40 km/h. Verdadera orquesta de desperfectos, aquel vehículo era un autobús escolar destartalado y cubierto por una pátina de óxido al que unos muchachos de Río Negro habían despojado de su justa parcela en algún desarmadero para obligarlo a circular por toda la república vendiendo manzanas de pueblo en pueblo. Manejaban en chancletas y con la barriga al aire, dándole apasionados sorbos a una caja de vino tinto.

De pronto me los imaginé arriba del otro Bedford, el paquistaní, que podría ser la estrella de cualquier desfile de carrozas.

Llego pronto al Paso de Khyber, la frontera. Casi estoy afuera. Un oficial de serviles gestos añade un sello negro rectangular a mi pasaporte. Es 17 de mayo de 2006 cuando salgo oficialmente de Afganistán. Entré exactamente un mes atrás, y he utilizado hasta el último de los 30 días de mi visa. No dejo de dar gracias, no sé bien a quién, por poder ver en el retrovisor un Afganistán amable y calmo, y por tener el privilegio de poder contar anécdotas de hospitalidad sobre una tierra con frecuencia víctima de las rapaces plumas interesadas de los medios. Me gustaría poder contarle a Karim, el taxista que fuera mi primer anfitrión en el país, o a Hamid, el recepcionista de la pensión en Herat, de todas las personas que, sin haberme visto nunca antes, ofrecieron todo lo que tenían a su alcance para empujarme kilómetro a kilómetro por esa ruta en la que ellos sólo pronosticaban mi desaparición. Recuerdo cuando estaba parado en el inicio de la Ruta Central, observando en el mapa la delgada línea blanca que debía seguir, incapaz de imaginarme llegando a Kabul con vida. Y también recuerdo otra capa de la cebolla, cuando en 1998, durante mi primer viaje a dedo, caminaba hacia la salida de Mar del Plata pensando que nadie me iba a llevar a Villa Gesell, ¡a… 115 km de distancia! Es la enésima exposición a la belleza de esta humanidad, y a la armonía del devenir. Sorprendido como la primera vez, se me pianta una lágrima y le doy una palmada a la mochila ¡Nunca me sentí tan vivo!

Pienso que salí a pie desde Belfast un año atrás, y veo de pronto, concatenados, a cada persona que en este viaje me ofreció un sitio donde dormir o un plato de comida. Sin conocerse entre sí, pero con una sensibilidad común, fueron pasándose la posta el uno al otro, quedando de esta manera hermanados por mi azaroso vagabundeo. El viaje continúa, pero yo no soy el mismo: después

de haber cruzado Afganistán haciendo dedo me sobran los motivos para creer en la bondad del ser humano, y me siento más convencido que nunca de seguir de seguir conociendo nuestro planeta. Me río y lloro cuando me doy cuenta de que tengo un secreto que gritar, una fantástica noticia, la del buen Afganistán. Si me preguntan, debo decir que ojalá –*imshallah*, como se dice aquí- el resto del mundo se vuelva por arte de magia tan hospitalario, magnánimo y protector como la gente que vive en el erróneamente llamado Eje del Mal.



El jefe de la policía de Jalalabad, mi último anfitrión afgano.



Reflexiones posteriores

Es el fin de mis pasos por la región. Irak, Irán y Afganistán están ahora a mis espaldas. Los nombres de estos países, que por años significaron para mí poco más que lontananza y tragedia, ahora activan en mi mente recuerdos precisos, anatomía humana en movimiento en contexto de lucha, momento de una especie en el tránsito de sus propias posibilidades. La empatía abstracta ahora se dirige a personas concretas con las que he conversado. Es remarcable como los simples actos cotidianos pueden calibrarnos con la unicidad humana. Cosas simple, tal como jugar a los naipes con un grupo de camioneros o quejarse de la tormenta que se viene con un granjero.

Esta operación de conocimiento del sustrato humano de las tragedias recicla y aumenta la ira abstracta. Cuando veo niños y niñas asistir a clase en escuelas hechas de palos y bolsas, me pregunto qué necesidad tenían las grandes potencias de alentar la destrucción de sus escuelas originales, que ahora yacen en ruinas a un lado. Ira contra la gente de ancha sonrisa y elegante proceder que dirige el negocio de las concesiones petroleras, contra los contratistas de la "reconstrucción" que han previamente coordi-

nado meticulosamente la destrucción, y contra una Organización Mundial de Comercio que fomenta los intereses de grandes corporaciones mientras deja a los humanos volverse nido de gusanos. Cuando en Teherán, Aleppo, o Cairo conozco a personas creativas, vitalistas y entusiasmadas con la vida que se ven forzadas a llevar una existencia subterránea, la ira la generan los tiranos locales que parapetados en la devoción religiosa de una clase pobre fuerzan a todas las almas bajo su mandato a calzar en el Corán.

Como viajero, convivo con la certeza de que he tomado más de lo que he dado. Siendo meramente un vasallo del camino, mis posibilidades de cambiar algo son más bien reducidas. Un profesor de inglés que conocí en Qamislo, en la zona kurda de Siria, alguien que debía trabajar como sastre porque el estado le prohibía ejercer su profesión, me dijo: *necesitamos tu pluma*. Quizás entonces mi única manera de ayudar sea compartiendo esta indignación con el lector anónimo, y este libro es mi medio para ello.

La indignación de la que hablo, adquirida durante nueve meses de viaje en los países musulmanes, y un año en el resto de Asia, se basa en la, primero sospecha, ahora certeza, de que los estereotipos mediáticos son derogatorios de la dignidad de la inmensa mayoría de los habitantes de estos países. Cuando menciono que he viajado por Siria, Irán o Afganistán, la gente me pregunta si no he tenido problemas, si no he sido robado o atacado. Esto sólo es un indicio de que todos hemos llegado a creer que los musulmanes son gente peligrosa que esconde cuchillos bajo la manga o armas de destrucción masiva en el garaje. Hemos perdido todo cable a tierra con la realidad cotidiana, con el hecho de que allí, antes que nada, hay gente ordinaria que tiene pereza de ir a trabajar por las mañanas, que hinchan por un equipo de fútbol, y que por la tarde disfrutan tomar exageradas cantidades de té con sus amigos. Este

libro aspira a acercarte algo de esta humanidad silenciada, para que bases tu bronca en casos tangibles.

Una semana después de dejar Kabul llegué a Daramshala, en los Himalaya Indios, previa carrera a través de Pakistán, país que retomé más tarde. Daramshala es un sitio espiritualmente significativo para millones de personas alrededor del globo desde que allí reside el Dalai Lama, premio Nóbel de la paz, y líder de los tibetanos en el exilio. Ahora es uno de los puntos de encuentro y socialización de los miles de mochileros que visitan anualmente India en busca, en mayor o menor grado, de espiritualidad y saberes alternativos. Después de meses de viajar en relativo aislamiento cultural, no pude más que festejar ese reencuentro con la omnipresente caravana de exiliados, de arqueólogos de su propia alma, de la que formo parte. Aquella vez, sin embargo, me sentí decepcionado por su ignorancia entorno a las tierras de las que acababa de salir. La mayoría consideraba a todo el mundo islámico como un hostil bloque de territorios bajo candado que, en muy pocos casos, aparecían en su mapa mental de mundos posibles de ser visitados. Bastaba con nombrar al vecino Pakistán, para que los tonos de voces asumieran la cadencia de la incredulidad y se escuchara un *¿pero se puede ir a Pakistán?* Entendía esa pregunta cuando versaba sobre Irak o Afganistán, pero la niebla de la desinformación se expandía formando una línea isomítica que enhebraba todos los países que terminaban en 'stan'. A diferencia de los viajeros de los años sesenta y setenta, la mayoría de los actuales llegan a India en avión desde sus países nativos, lo que les veda toda posibilidad de comparación y acceso a una percepción más balanceada de nuestro planeta.

En los cafés de McLoed Ganj, entre el constante despacho de licuados de banana y panqueques, la conversación se focalizaba en el Encuentro Rainbow Mundial que tendría lugar en Tailandia en fe-

brero de 2007. Estos encuentros, más conocidos como Arco Iris en Latinoamérica, nuclean a personas con una visión humanista y pacifista, y que de distintas formas busca emigrar del paradigma occidental a través de la revalorización de los saberes ancestrales, del yoga, del vegetarianismo, del reiki y un ecléctico etcétera de filosofías. Aunque estos encuentros me parecieron siempre espacios valiosísimos, ahora el tono del discurso me parecía, sin dejar de ser bien intencionado, un tanto etnocéntrico. Estaba básicamente esta falacia de que al organizar el encuentro Rainbow en Tailandia estábamos llevando amor a esa gente. Sonaba como si hubiéramos inventado el amor. Pero lo que más me llamaba la atención era que en todo caso esa gran cruzada por el amor parecía querer limitarse a los más populares destinos Lonely Planet. El mundo que merecía amor terminaba en la frontera con Pakistán. Mi punto es que será imposible enmendar la armonía en nuestro planeta si primero no desarrollamos una homogénea empatía hacia todos sus habitantes. Y ya hablando en la jerga arcoirisense, ¿qué sería más importante en este momento histórico que visitar esos países bajo constante ataque de la gran Babilonia?

A India le siguieron Pakistán, el Tíbet, China, Laos y Tailandia. Cuando regresé a mi país, el 20 de julio de 2007, sentía que necesitaba un monasterio medieval en dónde recluirme a digerir la primera etapa de esta vuelta al mundo en autostop. Ya de este lado del océano, el continente americano tiende su infinita Panamericana y me espera. Yo también l0 espero, y me espero, desde la pensión en que habito en la ciudad de Resistencia, en el Noreste Argentino. El movimiento continúa siendo la flor de mi pulso agazapado. Simplemente el vector se ha invertido, y la saturación de los lapachos ampara la introspección. Ahora es tiempo para mí de resistir en Resistencia, esta posta en mi línea de fuga. Pero ojo, que por las noches hay mapas que se despliegan con la vehemencia propia de las conspiraciones, y mercurios que estallan tras los finos labios de

una mujer en cuyos ojos destellan, con densidad de perla, viajes concéntricos. Uno de esos viajes remontará la cordillera vertebral de nuestro fabuloso continente. Un continente híbrido, en raza y realidad, en cuyos valles coagulan los sueños petrificados, el hábito de la explotación y el fulgor del arte comodín que se escapó de las galerías para acunar balas y andar en zancos por las plazas de los pobres. Como dije, hay otro viaje, pero de éste ya no les puedo hablar. Apenas lo comienzo.



El taco de la bailarina loca

He establecido domicilio donde el viento y el albatros,
y protegido cada rosa de los vientos del vacío.
El pasaporte –chasis del alma- jamás dará cuenta
del acento perdido, del amigo ganado.
Sólo la distancia, cruza centáurica entre voluntad y hechizo,
acaricia los pies llagados del caminante,
mientras cada horizonte reencarna en otras huellas.

Cuando el movimiento se vuelve jaula
los gorriones condenados al vuelo dejan de archivar catedrales.
La realidad evanesce en asépticos ojos de nómada,
y el terciopelo del puerto reflejado en la tormenta
funda la reverberante producción de la nostalgia.

Aun así bailamos,
al ritmo del taco de la bailarina loca,
cediéndonos a la armonía del caos,
¿Recuerdas un autobús llamado "Further",
las combis VW, o aquel quijotesco autostopista bajo la lluvia?
Tal vez nos has conocido.
Estuvimos, estamos, y estaremos
EN LA RUTA.



